



M. C. ANDREWS

UN DÍA MÁS

El esperado desenlace de la exitosa «Todos los días»

 esencia

M. C. Andrews

UN DÍA MÁS

NOVENTA DÍAS - 3

Porque no existe nada más erótico que el amor

PRIMERA PARTE

RENDICIÓN

De cómo un hombre es capaz de todo cuando ama a una mujer. Su mujer.

PRÓLOGO A LA PRIMERA PARTE

Daniel Bond

Siempre que pienso en mi padre, me lo imagino tumbado en la mesa del quirófano antes de morir. Veo su rostro cubierto de sangre y de cristales, la camisa destrozada, las manos inertes a los costados. La alianza en el dedo anular y el reloj de acero en la muñeca izquierda.

Es perturbador que la primera imagen de él que aparece en mi mente sea completamente falsa e inventada.

Yo era un niño cuando sufrimos el accidente de coche y a mí también me llevaron inconsciente al hospital, junto con mi hermana. Nuestros padres fallecieron casi al instante. No habían podido hacer nada para salvarlos. Ésa es la frase exacta que nos dijeron entonces y que nos repitieron durante mucho tiempo. El coche había volcado y se había deslizado por la carretera durante varios metros. Era un milagro que Laura y yo hubiésemos sobrevivido. Sí, sobrevivir fue lo que hicimos durante mucho tiempo, hasta que mi hermana un día se rindió. Yo, por mi parte, me convertí en un monstruo.

Tuve que hacerlo para seguir adelante y sin embargo ahora ya no tiene sentido. Pero ¿cómo puedo cambiar yo si mi pasado sigue siendo el mismo? Podría imaginarme a mi padre sentado tras su escritorio o leyendo frente a la chimenea, o discutiendo con mi madre.

Podría imaginármelo alejándose de nosotros. Pero en cambio me lo imagino cubierto de sangre y a punto de morir encima de una fría mesa de acero.

¿Qué pensó durante esos últimos instantes?

¿Sabía que el accidente había sido provocado?

¿Sabía quién lo había orquestado todo y por qué?

¿Se arrepintió de lo que había hecho?

¿Qué habría sucedido si no hubiese muerto, qué habría sucedido conmigo?

Esta última pregunta es la que de verdad me atormenta.

Aparto las sábanas con cuidado y me siento en la cama. Respiro despacio para obligar a retroceder la ira que me quema por dentro. Es una sensación nueva para mí, o tal vez una que había olvidado y que estoy empezando a recordar: la maldad avanzando por mi interior, susurrándome al oído para que vuelva a ella. Antes todo era más fácil, sabía quién era, qué quería y cómo lo quería. Ahora tengo pesadillas y miedo. No por mí, yo en realidad nunca me he importado demasiado, sino por Amelia. Maldita sea, sin duda era mucho más fácil no sentir nada.

Me levanto y salgo del dormitorio. Todavía es de noche, las luces de la ciudad entran por la ventana del salón y me acerco hacia allí.

Las calles de Londres están igual que siempre, la silueta del puente se halla en el mismo sitio, el río sigue fluyendo. Pero todo es distinto. Apoyo la frente en el cristal y suelto el aliento.

No puedo seguir así.

La imagen de mi padre reaparece en mi mente y aprieto los párpados para ahuyentarla.

Intento razonar. El fin de semana ha sido intenso, llevaba años sin visitar Hartford o el cementerio. Y al lago no había vuelto desde antes del accidente.

Tendría que haber ido antes a la tumba de Laura, por mucho que intente escudarme en mi dolor, o en mi complicada agenda, tendría que haber visitado antes la tumba de mi hermana. Está enterrada junto a nuestros padres y siempre me he encargado de que tenga flores.

Rosas como las que teníamos en el jardín de casa cuando éramos pequeños.

Dios, ¿por qué tengo que sentirlo ahora todo de golpe? No voy a poder soportarlo.

Cierro el puño de la mano derecha mientras con la palma de la izquierda toco el cristal. No está frío, a pesar de que fuera es de noche y de que estamos en invierno, o quizá sí lo está y yo no lo siento.

Cuando he recibido el mensaje del inspector Erkel, se me ha helado la sangre en las venas y una garra que todavía no me ha soltado se ha cerrado alrededor de mis pulmones.

La muerte de mis padres me cambió la vida, igual que el suicidio de Laura. Sufrí tanto que luego me negué a volver a darle a otra persona esa clase de poder, el poder de destruirme. Pero a Amelia no se lo he dado, ella me lo ha arrebatado con cada beso y con cada caricia.

—Vuelve a la cama, Daniel.

Nada más oír su voz, el corazón me late distinto.

Suelto el aliento despacio y flexiono los dedos contra el cristal. Le he mentido a Amelia y por eso, además de por tantas otras cosas, no puedo dormir. Y voy a seguir mintiéndole.

—Iré en seguida —le digo sin mirarla.

No me doy la vuelta. Cierro los ojos, apoyo la frente en el cristal y suelto el aliento muy despacio. Noto su mano en la espalda y mis hombros desnudos, en vez de tensarse y apartarse, se mueven en busca de la caricia.

A pesar de que he desafiado a la misma muerte para estar con Amelia, sigo sin reconocerme y una parte de mí teme no ser yo de verdad.

¿Quién soy en realidad?

—Deberías acostarte —susurra ella, antes de inclinarse y depositar un beso en mi espalda—. Ha sido un fin de semana muy intenso.

—Sí, iré en seguida —repito—. Sólo quiero estar aquí un rato, he tenido una pesadilla.

—Daniel...

—La noche antes de conocerte... —la interrumpo y me aparto de la ventana.

Cuando la miro a los ojos, tengo que reprimirme para no abrazarla—. La noche antes de conocerte también tuve una pesadilla. Me desperté y vine aquí mismo. —Levanto una mano y le acaricio suavemente el pelo—. Me gusta mirar la ciudad, me ayuda a pensar.

Amelia me sostiene la mirada y, aunque le tiembla la respiración cuando la toco, sé que está pensando, buscando la manera de convencerme o de averiguar con certeza si le estoy ocultando algo.

—Está bien. De acuerdo.

Da un paso atrás y se vuelve lentamente. Echa a andar hacia el dormitorio, el mismo donde no me atreví a dejarla entrar durante semanas; y con cada paso que ella da, alejándose, regresa la frialdad a mi interior.

Podría llamarla, decir su nombre y pedirle que vuelva a acercarse, que me bese, pero opto por dar yo también media vuelta y fijar la vista en las calles que se entrecruzan silenciosas en medio de la oscuridad.

Amelia se detiene, lo sé porque su respiración suena de un modo distinto. No tendré que pedirle nada, ella sabrá lo que necesito.

—Creía que conmigo no tenías pesadillas. Deberías contármela.

Aprieto los dientes. Le he hablado de parte de los errores de mi pasado, ella me habría abandonado de no haberlo hecho, y sin embargo no parece bastarle. Lo peor es que durante un segundo tengo que morderme la lengua para no explicarle lo que he soñado. Pero no, esa pesadilla no va a acercarse a Amelia.

—Esta noche no.

Mi respuesta no le ha gustado. Noto su decepción y su enfado como algo físico, como una especie de caricia helada deslizándose por mi espalda.

—Visitar la tumba de Laura ha sido muy difícil —digo, soltando despacio el aliento y obligándome a darle algo—. No habría podido hacerlo sin ti. Vuelve a la cama, por favor. Yo iré más tarde.

Los segundos se alargan sin sentido. Me siento la piel tirante y noto el sabor de la sangre en los labios. Me los toco y descubro que me he mordido sin darme cuenta.

Tengo ganas de vestirme y marcharme de ahí, de comportarme, aunque sólo sea

durante lo que queda de noche, como el hombre que era antes; un hombre capaz de no sentir y de olvidar su pasado por completo.

No me resultaría difícil, en realidad sé que es tremendamente fácil. Un par de llamadas, una dirección y una mujer más que dispuesta a seguirme el juego. Todo volvería a ser igual. Me noto el corazón acelerado y sigo sintiendo el sabor de la sangre en los labios.

—Sí habrías podido, Daniel, pero me alegro de que me pidieras que te acompañase. Ha significado mucho para mí. Te espero en la cama.

Quiero ir con ella. Me odio a mí mismo por quedarme ahí parado, por haber pensado durante un segundo que volver a ser el de antes era preferible a seguir luchando. Miro la ciudad. Londres siempre ha sido mi refugio, pero hoy no me reconforta. Si vuelvo a la cama con Amelia me perderé en su cuerpo, en sus besos, en sus caricias y me olvidaré de la pesadilla y del mensaje de Erkel.

Me quedo frente a la ventana.

La noche antes de conocerla supe que mi vida iba a cambiar, lo presentí en todos y cada uno de los poros de mi piel. Evidentemente, no hice caso de esa premonición, o de cómo diablos pueda llamarse. Esta noche ha sido mucho peor, las imágenes de mi padre con el rostro destrozado por los cristales se han colado en mi mente y me he despertado empapado de sudor. No voy a ignorarlas, hay demasiado en juego.

Es extraño que el único accidente que me atormenta sea el que sufrí cuando tenía once años y apenas recuerde el que casi acaba con mi vida hace unos meses. De este segundo me han quedado huellas en el cuerpo y en el alma. Una larga cicatriz me recorre el muslo y la rodilla izquierda y cuando desperté del coma y vi a Amelia a mi lado supe lo que significaba sentir dolor en el alma.

Respiro despacio y mis latidos se van calmando.

Aflojo los dedos después de flexionarlos un momento y me aparto de la ventana. Me acerco a uno de los muebles de la entrada y cojo mi móvil. Leo de nuevo el conciso mensaje del inspector Erkel y luego lo borro.

Me espera mañana. Solo.

Miro la escalera que conduce al piso de arriba. Me siento tentado de subir y acostarme en la cama que aún sigue allí, acompañada ahora de un saco de boxeo y de

los aparatos de gimnasia que me aconsejó comprar Brian, mi fisioterapeuta, entrenador y torturador personal.

Pero no, sería una cobardía dormir en esa cama.

Cojo aire y me dirijo al dormitorio. Falta poco para que amanezca y la luz de la ciudad ha empezado a cambiar lentamente, pero todavía le quedan unos minutos a la noche. Abro la puerta y me detengo al notarme de nuevo el corazón en la garganta. Amelia está dormida en mi lado de la cama. Mis pies reanudan la marcha casi por voluntad propia y levanto la sábana para tumbarme a su lado. La rodeo por la cintura y noto que mi respiración se acompasa a la suya.

Me busca con la mano y entrelaza los dedos con los míos.

No sé de dónde salen estas reacciones, pero mis labios se acercan a su cuello y le doy un beso.

Amelia suspira y desliza un dedo de la mano que tiene libre por la cinta de cuero negro que me rodea la muñeca.

No puedo decirle nada, se me ha cerrado la garganta de tan fuerte como me late el corazón, pero me juro que por ella derrotaré cualquier pesadilla y amenaza de mi pasado.

Prefiero morir antes que perderla y volver a ser el de antes.

Medio dormido, noto un cosquilleo en la frente que me obliga a despertarme. Me resisto, no quiero que la caricia termine. Si abro los ojos, tendré que ser yo de nuevo y no me permitiré disfrutar de algo tan tierno e inocente como ese leve gesto de cariño. Amelia me aparta un mechón de pelo y después me pasa suavemente la palma de la mano por la mejilla.

Ayer no me afeité, lo habría hecho, pero en el hotel nos distrajimos y... Un calor líquido sustituye a la sangre que corre por mis venas al recordar cómo ella y yo nos entregamos el uno al otro en ese hotel.

—¿En qué estás pensando?

Mi incipiente barba debe de hacerle cosquillas en la mano y Amelia me dibuja con un dedo la sonrisa que sin darme cuenta ha aparecido en mi rostro.

—En ti.

Esa respuesta es cierta cualquier segundo del día.

Aparta la mano y, antes de que yo pueda abrir los ojos o preguntarle nada, cubre mis labios con los suyos.

Es un beso lento, tan inocente como la caricia que lo ha precedido, y sin embargo me excita tanto que cierro los dedos sobre las sábanas para contener las ganas que tengo de sujetar a Amelia y tumbarla sobre la cama. Su lengua se desliza despacio entre mis labios y busca la mía.

Mientras, con la otra mano me sigue acariciando la mejilla. Tiembla un poco, como le sucede siempre. Y a mí también. Es como si ninguno de los dos fuese capaz de contenerse, de esperar los segundos necesarios para poder entregarse al otro.

Amelia se apoya ahora en mi pecho y se incorpora al terminar el beso. Pero no se aparta de mí, sino que sigue acariciándome la mejilla.

Abro los ojos y la encuentro sonriéndome. No está enfadada por lo de anoche, pienso, y vuelvo a dar gracias porque ella no sea en absoluto como yo esperaba.

Es la única mujer para mí.

—¿Estás bien? —pregunta, sin dejar de mirarme.

—Por supuesto.

—El corazón te late muy de prisa.

—Estás tumbada encima de mí y acabas de besarme.

Me sonrío levemente y vuelve a inclinarse. Contengo la respiración a la espera de otro beso, pero se detiene a escasos milímetros de mis labios.

—Suelta la sábana —susurra.

Cuando lo hago, desliza la lengua por mi labio inferior. Después me besa el cuello, la clavícula, el pecho y no se detiene hasta besarme justo encima del corazón.

Debería poder abrazarla, los músculos de los brazos me tiemblan del esfuerzo de mantenerse inmóviles y mis dedos se flexionan lenta y dolorosamente. Amelia se detiene y me mira, sabe que esta clase de intimidad me resulta desconocida y no me lo recrimina. De hecho, se puso furiosa cuando en el hotel de Hartford le dije que yo nunca la haría feliz, que nunca podría ser un hombre normal.

Antes nunca me había preocupado la felicidad de otra persona, ni siquiera me preocupaba la mía. Antes de Amelia, mi vida consistía en acumular el máximo poder posible, en el trabajo, en la cama, en cualquier parte. Lo único que quería era no volver a sentirme indefenso nunca más ante nada ni ante nadie. Y lo conseguí. Levantando unos muros tan altos a mi alrededor que estuvieron a punto de asfixiarme.

Amelia me muerde el cuello justo donde éste se une a la clavícula y yo suelto despacio el aliento. Noto su lengua acariciándome una a una las marcas que han dejado sus dientes. Después sube lentamente los labios por mi cuello y los detiene sobre los míos.

—Bésame, Daniel, como si fuera lo único que necesitaras de mí.

Me humedezco los labios y levanto la cabeza para atrapar su boca y darle el beso que necesito darle más que respirar. Es una locura y a la vez es lo único que ha tenido sentido en toda mi vida. Mi lengua recorre el interior de su boca, no dejo ningún rincón por explorar, y mis gemidos se unen a los de Amelia, mientras nuestros labios se niegan

a apartarse de los del otro ni un segundo.

Flexiono los dedos sobre la sábana y Amelia me sujeta del pelo de la nuca y tira. Me niego a soltar la sábana y sigo besándola. Ella tira con más fuerza.

No puedo respirar y me enloquece todavía más cuando me besa justo debajo de la oreja y sigue descendiendo. Se detiene un segundo en la marca que me ha dejado antes y deposita allí otro beso mientras suelta despacio el agarre de mi pelo.

Se incorpora y me mira. No me toca, tiene las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza. Su pelo negro cae entre los dos y su perfume llena mis pulmones. Lleva un sencillo camisón blanco, una prenda en la que nunca me habría fijado antes y que ahora me resulta más erótica que unas esposas de cuero. Está sentada a horcajadas sobre mí, con la piel desnuda de sus muslos contra la tela del pantalón de algodón negro que me he puesto para acostarme, pero puedo sentirla de todos modos. La tengo grabada en mi ser.

—Necesito más —reconozco con voz ronca—. Siempre necesito más.

El torso de ella tiembla como si le costase respirar.

—Yo también, Daniel.

Maldita sea, Amelia no se refiere a los besos, lo sé con absoluta certeza. Y me está matando no poder darle lo que quiere. Sin embargo, antes de que pueda decir nada, vuelve a inclinarse hacia mí y me besa de nuevo, muy despacio.

—Voy a ducharme —dice al apartarse, con los labios todavía húmedos de nuestros besos—. He quedado con Marina para desayunar.

—De acuerdo.

Se levanta de la cama y camina hacia el baño anexo al dormitorio. Uno de los tirantes del camisón le resbala por el hombro y Amelia levanta los brazos para atusarse el pelo.

—Recuerda que Brian vendrá a las doce y no le mientas diciéndole lo mucho que te duele la pierna.

El tirante del otro lado también se desliza sobre su piel. Ella se detiene en la puerta del baño y se da la vuelta lentamente para mirarme.

—¿Te parece bien si nos vemos a la hora de comer?

Tardo varios segundos en responder. A mi mente le cuesta procesar el fuerte deseo que Amelia siempre me despierta, incluso durante la cotidiana conversación que ella pretende mantener. Para mí es sencillamente imposible. Cuando por fin encuentro la voz, las palabras que salen de mi garganta me traicionan una vez más.

—Quédate donde estás. No te muevas. —Amelia enarca una ceja y, tras tragar saliva, añade—: Por favor.

Me levanto despacio para ver si esos segundos de más consiguen aminorar la velocidad a la que el deseo corre por mis venas. Me detengo frente a ella y mis ojos se pierden en los suyos.

—Bésame —le pido.

Amelia sonrío levemente, se aleja de la puerta y se acerca a mí. Lo primero que noto son sus manos en mi cintura y después la tela del camisón pegándose a mi torso. Se pone de puntillas y desliza la lengua por la herida que tengo en el labio. Su aliento me acaricia el rostro y mi boca se rinde a la suya. Entonces me sujeta por la cintura con fuerza y me clava las uñas en la espalda; un calor se extiende por mi columna vertebral hasta llenar todo mi cuerpo. No puedo contenerme y muevo las caderas, entonces ella me muerde el labio inferior.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la pared.

—¿Quieres que vuelva a besarte?

—Sí.

Siento su sonrisa contra mi boca un segundo antes de notar su sabor. Me sujeta las caderas contra la pared. Es obvio que soy mucho más fuerte que Amelia, pero cuando ella me toca, lo único que parece calmar el tumulto de emociones y fuego que invade mi cuerpo y mi alma es rendirme a sus deseos. Su lengua está conquistando hasta el último rincón de mi boca, un leve gemido de placer escapa de sus labios y yo lo engullo hambriento.

Despacio, lleva una de sus manos hasta la cinturilla de mis pantalones de pijama. Los músculos de mi estómago tiemblan y se me cubren de una fina capa de sudor.

Amelia sigue dispuesta a torturarme y posa ahora la mano en mi erección, que se

estremece al sentirla a pesar de la tela.

—Anoche tuviste una pesadilla —susurra, apartando los labios de los míos, mientras presiona la palma contra mi sexo.

Mi cuerpo está completamente entregado al placer que sólo ella es capaz de hacerme sentir, pero su velado reproche se cuela en mi mente y me pone furioso. Tal vez sea porque anoche, durante un segundo, me planteé la posibilidad de volver a ser el de antes, o quizá sea culpa de los recuerdos de mi infancia, o de las dudas que no dejan de avanzar dentro de mí sobre quién soy realmente, pero sea cuál sea el motivo, me duele que Amelia no confíe en mí. Le pedí tiempo y al parecer no está dispuesta a dármele.

Entonces, a pesar de que mi cuerpo me odia por ello y de que mi casi desconocido corazón se estremece de dolor, aparto una mano de la pared y rodeo con ella la muñeca de Amelia.

—No me hagas esto. —Le retiro la mano con decisión, a pesar del temblor que sacude mi cuerpo y que procuro ocultar—. No utilices lo que eres capaz de hacerme sentir para que te cuente algo que todavía no quiero contarte. No me lo merezco.

Ella retrocede y me mira dolida, sus enormes ojos color avellana se humedecen y levanta una mano hacia mi rostro. No sé qué ve en mi expresión, pero es algo que la impulsa a apartar la mano, que deja caer inerte al costado.

—Lo siento, Daniel.

Suena sincera y todo mi ser me pide a gritos que le diga que no pasa nada y que vuelva a besarme, pero una voz en mi interior, la misma que anoche no me dejó dormir, me lo impide.

Un recuerdo asoma a mi mente, el de Amelia prometiéndome que nunca me pediría nada que no estuviese preparado para darle. El sentimiento de traición de antes empeora y cierro los ojos.

—Sabías que no iba a contártelo —le recrimino entre dientes—. Sabías que no iba a contártelo y aun así has utilizado lo que siento para preguntármelo.

—No —balbucea Amelia—, no es cierto. He cometido un error, Daniel. —Se sube el tirante del camisón y el gesto es tan inocente que me siento como un cretino por mantenerme firme—. El fin de semana ha sido muy intenso para ambos y ayer por la

noche, cuando me desperté y vi que no estabas —levanta la cabeza y me mira a los ojos— ... me asusté.

—Te dije que te lo contaría. Yo jamás he utilizado lo que sucede entre los dos para sonsacarte nada.

Es irracional, pero mi furia va en aumento y no parece dispuesta a ceder ante nada.

—Oh, vamos, Daniel. —Ahora Amelia también está furiosa. ¿Por qué me produce satisfacción ver que no soy el único de los dos dominado por la rabia?—. Tú eres un experto en utilizar a la gente.

Sus palabras me sacuden de un modo extraño. Tiene razón. Utilizo a la gente, pero con ella nunca lo he hecho.

Se me revuelve el estómago sólo de pensarlo.

Si hubiésemos tenido esta discusión meses atrás, seguro que ahora no estaríamos aquí. La certeza de esta última afirmación me hiel la sangre y el deseo que antes parecía incontenible se esfuma, dejando en su lugar desolación y un extraordinario desespero.

Pese a haber apartado a Amelia de mí, ahora apenas puedo contener las ganas que tengo de tocarla. Y lo hago, mis dedos le rodean la muñeca con fuerza. Los aflojo sin soltarla y levanto el brazo muy despacio. Sé que estoy temblando, ni quiero ni puedo disimularlo, y acerco su muñeca a mis labios.

La beso justo encima del pulso, que le late acelerado.

Ella respira entre dientes.

—Ve a ducharte —le digo al soltarla.

—Daniel...

He empezado a darme media vuelta, pero me detengo y vuelvo a mirarla. Ella no se ha movido.

—No, Amelia, por favor. Ve a ducharte.

Asiente y desaparece dentro del cuarto de baño.

El dormitorio se cierra a mi alrededor. No puedo ni mirar la cama donde hace unos minutos me he despertado con sus caricias, unas caricias que luego ha utilizado para manipularme. Una parte de mí insiste en voz baja en que estoy exagerando, incluso buscando una excusa para discutir con Amelia y alejarme de ella u obligarla a alejarse de mí. Pero no, no lo estoy haciendo.

Por humillante que parezca, me ha dolido en el alma pensar que me pudiera estar utilizando.

Si no puedo confiar en Amelia, ¿qué me queda?

Oigo el agua correr y salgo del dormitorio. A pesar de la rabia y del dolor, si pienso en ella desnuda bajo el agua el deseo volverá a nublarne la mente y cederé.

Busco el móvil y le mando un mensaje rápido a Brian.

Hoy no quiero entrenar en casa, prefiero ir a su gimnasio.

Tal vez logre convencerlo de que me deje boxear con alguien.

Brian responde al instante y al ver la hora en la pantalla me doy cuenta de que tengo el tiempo justo de ducharme e ir a la comisaria para reunirme con Erkel.

Vuelvo al dormitorio en el preciso instante en que Amelia entra también en él desde el cuarto de baño. Lleva un albornoz blanco y el pelo mojado recién peinado. Tiene los ojos rojos y me duele saber que soy el culpable de las lágrimas que ha derramado.

—Sé que a lo largo de mi vida he utilizado a mucha gente, Amelia —digo sin mirarla. Ella está frente al armario, fingiendo que está decidiendo qué ponerse y yo ante la mampara de cristal de la enorme ducha que domina el interior del cuarto de baño—. Pero a ti nunca.

No me contesta y a juzgar por lo que oigo se está vistiendo. Suelto el aliento, resignado, y me meto en la ducha. El agua caliente me quema la piel y la cicatriz de la pierna me recuerda su presencia. No me entretengo, pero no por mi cita con Erkel, sino porque no quiero que Amelia se vaya sin decirme adiós.

Cierro el grifo del agua y, tras secarme el pelo y el torso con una toalla, me la

anudo a la cintura.

Al entrar en el dormitorio lo descubro vacío.

Mierda.

Salgo goteando al pasillo, pero lo único que oigo es el clic de la puerta del apartamento al cerrarse.

Maldita sea.

Me he afeitado furioso y me ha costado incluso reconocer mi propio reflejo en el espejo. Mis ojos desprendían tanta rabia, tantos sentimientos, que me han parecido los de un extraño.

En eso me convierte Amelia, en un hombre que no se reconoce a sí mismo.

He decidido coger un taxi hasta la comisaria; habría podido ir en mi coche, pero todavía me noto las manos temblorosas por nuestra discusión.

¿A qué diablos viene todo esto?

Suelto despacio el aliento y le doy la dirección al taxista. El hombre enarca una ceja, pero no dice nada y se pone en marcha.

Amelia ha intentado disculparse y su disculpa ha sido sincera. Pero en ningún momento ha intentado corregirme, no ha negado que fuera a utilizar nuestra pasión, mi deseo de entregarme a ella, para obtener respuestas.

Por eso no he podido perdonarla de inmediato y no la he seguido a la ducha. Oh, sí, mi cuerpo se habría rendido al suyo y los dos nos habríamos pedido perdón y nos habríamos besado hasta perdersenos el uno en el otro.

Pero luego yo seguiría reconcomiéndome por dentro, mis dudas serían peores de lo que lo son ahora y sentiría algo incluso peor: me odiaría a mí mismo, y también a ella, por no respetar lo que sucede entre los dos.

El intenso y emotivo fin de semana que hemos compartido parece estar ahora a años luz de distancia.

¿Cómo es posible que Amelia no haya respetado mi petición de anoche? ¿Y por qué yo no he sido capaz de contarle mi pesadilla?

Veo el edificio de Scotland Yard en la otra esquina y me digo que el críptico mensaje del detective Erkel es el culpable de mi estado. Pero en realidad no lo es, o no del todo. Cuando vi que me lo había mandado, hace dos noches, lo primero que pensé fue que Amelia corría peligro de nuevo y no pude soportarlo. No sólo eso, mentirle a

ella me ha alterado de tal modo que lo ha notado y ha reaccionado de un modo equivocado.

«Si le hubieses contado la verdad anoche, nada de esto habría sucedido».

El vehículo se detiene y me bajo, tras pagarle al conductor. Llevo vaqueros, jersey de cuello alto negro y un abrigo de lana del mismo color, además de la bolsa de deporte. Hoy no pasaré por el bufete y cuando me he vestido después de ducharme he pensado que la camisa y la corbata no encajaban en mis planes.

Otro aspecto más de mi vida que se está tambaleando.

Absurdo, sin duda.

No es la primera vez que visito esta comisaría y sigue sorprendiéndome la normalidad que hay en ella y que la maldad y el caos no se noten en el ambiente. Hay incluso una recepcionista que bien podría estar en un aeropuerto o en unas oficinas cualesquiera.

—Buenos días, el inspector Erkel me está esperando —le digo, después de saludarla.

—¿Su nombre, por favor?

—Daniel Bond.

La chica, con un uniforme azul oscuro, teclea en el ordenador, pero antes de que pueda decirme nada, se me acerca un agente.

—Señor Bond, el inspector Jasper Erkel lo está esperando. —Me tiende la mano y yo se la estrecho mirándolo a los ojos—. Me alegro de verlo.

—Gracias, agente Miller. ¿Puede decirme por qué necesita verme el inspector? —No pierdo el tiempo y le pregunto sin rodeos lo que me preocupa. Lo veo sonreír.

—Me temo que tendrá que esperar a que se lo cuente Jasper —me contesta él, con más familiaridad ahora que caminamos solos por el pasillo—. Seguro que a Amelia no le gusta que esté tan nervioso.

Me detengo en seco y cierro los puños. Nada me gustaría más que darle un puñetazo a este rubio perfecto y borrarle la sonrisa de la cara. El agente Nathan Miller

mide unos quince centímetros menos que yo y, aunque está fuerte y parece peligroso, yo lo soy más. El inspector Jasper Erkel y él conocieron a Amelia mientras yo estaba en coma, investigaron el caso y aparecieron justo a tiempo, cuando ella y yo corríamos peligro, pero odio que sepan tanto sobre nosotros.

Conocen detalles íntimos que sólo nos deberían pertenecer a nosotros dos.

—No hable de Amelia —le advierto entre dientes.

Miller entrecierra los ojos y al cabo de unos segundos desvía la vista hacia la cinta que llevo alrededor de la muñeca. Se me eriza la piel y si no fuera porque en ese momento se abre una puerta, le habría dado un puñetazo.

—Señor Bond. —La voz del inspector Erkel me hace girar la cara levemente—. Gracias por venir.

—A juzgar por su mensaje —le digo mientras le estrecho la mano—, no pensé que pudiera negarme.

Su apretón es fuerte y firme y le basta con un segundo para notar la tensión que existe entre el agente Miller y yo.

—Nathan quería incluir también a la señorita Clark en la reunión —me explica—. Él y yo tenemos una opinión distinta sobre cómo manejar este tema.

—Amelia... la señorita Clark —se corrige Miller al ver la mirada de Erkel—, tiene derecho a estar aquí.

Debería estar aquí.

El inspector me señala la puerta por la que ha salido y durante un segundo mira de un modo distinto al agente Miller. Sé que son pareja, me lo contó Amelia. La intimidación entre ellos es más que evidente, y hoy, después de discutir con ella, me resulta doloroso presenciarla.

—Gracias, agente Miller —dice Erkel con voz firme—. Lo avisaré si lo necesitamos.

Es más que obvio que a Nathan Miller no le ha gustado lo más mínimo esa frase; de hecho, desprende tanta tensión que resulta casi palpable.

—Por supuesto, inspector.

Da media vuelta y se va por el pasillo, mientras Erkel, un hombre con un físico imponente, se estremece levemente y dice:

—Adelante, señor Bond.

Durante unos minutos nos comportamos con cierta normalidad. Él me ofrece un vaso de agua, que yo rechazo amablemente, y me indica que me siente en una de las dos sillas giratorias de cuero negro que hay frente a su mesa.

Erkel lleva un traje oscuro que lo hace aparecer mucho más tosco de lo que en realidad es. Va mal afeitado y, a juzgar por su cabello alborotado, se ha pasado las manos por él demasiadas veces. Debemos de tener la misma altura, aunque Erkel es más corpulento y sé que debajo del cuello de esa camisa azul mal planchada, lleva una cinta de cuero similar a la que yo llevo en la muñeca.

O como mínimo con el mismo significado.

—Le pido disculpas en nombre del agente Miller. —La silla del inspector cruje bajo su peso al sentarse—. Su caso le afecta de un modo especial. Habría podido ignorar el comentario, fingir que no lo había oído o sencillamente pasarlo por alto, pero digo: — Sé que usted y el agente Miller ayudaron mucho a Amelia mientras yo estaba en coma. Y también después.

—Es nuestro trabajo.

Saca un bloc negro del bolsillo interior de su americana y retira la goma elástica que lo mantiene cerrado.

—Fue más que eso.

El inspector carraspea, incómodo ante mi halago, y frunce el cejo ante sus notas.

La bolsa del gimnasio está en el suelo, junto a mi silla, mientras espero que el hombre que tengo sentado delante me explique el motivo de la reunión.

He dado por hecho que el sudor que me resbala por la espalda es de impaciencia, que abro y cierro los puños porque estoy ansioso por salir de allí, pero de repente me oigo formular una pregunta intempestiva.

—¿Cómo sabe que Miller no lo manipula?

Erkel aparta la mirada del cuaderno y la fija en la mía. Me observa durante unos segundos y yo hago lo mismo. Este hombre es inspector de Scotland Yard, uno de los mejores, a juzgar por lo que leí después de mi último accidente. Transmite poder e inspira respeto sólo con mirarlo y sin embargo no ha podido ocultar el estremecimiento que ha sentido cuando el agente Miller se ha despedido de él.

—Lo sé.

—Disculpe, no pretendía...

Levanta una mano para silenciarme.

—Sé que no ha pretendido ofenderme, señor Bond. —Deja el bloc de notas sobre el escritorio y yo aprieto la mandíbula. Estoy acostumbrado a llevar la iniciativa en una conversación, a ser yo quien interrumpa a mi interlocutor y no al revés—. Lo sé porque Nathan jamás me haría algo así. No sé en qué punto se encuentra su relación con la señorita Clark, y no tiene por qué contármelo, pero le diré que Nathan y yo hemos recorrido un largo camino para llegar hasta aquí.

—Comprendo.

El inspector se pasa una mano por la incipiente barba y, al apartarla, desliza los dedos por encima del primer botón de la camisa, debajo de la que se insinúa la silueta de la cinta.

—Tiene que confiar en ella. Y en usted.

—Confío en ella —me defiendo, pues su tono me ha sonado a acusación—. Vamos a casarnos.

—Felicidades. —Vuelve a coger la libreta y ese gesto empeora mi mal humor—. Pero no me refería a eso.

Me cruzo de brazos y apoyo la espalda en el respaldo de la silla. Siempre se me ha dado bien leer el lenguaje corporal de mis interlocutores y estoy seguro de que al inspector también.

—¿Le importaría decirme para qué me mandó el mensaje? Me pedía que viniese hoy urgentemente y de momento no me ha contado nada interesante.

Erkel arquea una ceja y me fulmina con la mirada. A mí no me importa lo más mínimo.

—Después del fallecimiento de Jeffrey Bond, su tío, seguimos investigando a sus socios en busca de alguna prueba que nos permitiese llevar a juicio al señor Vzalo.

—Sí, recuerdo que me lo comentó cuando nos vimos en el hospital.

—Sabemos muy poco sobre Vzalo, sólo existen un par de fotografías suyas y en ninguna se le ve la cara con nitidez. Y en cuanto a los temas jurídicos...

—Nunca acude personalmente a ninguna firma ni trámite legal, lo sé. Antes del accidente llevaba años investigándolos, a él y a mi tío Jeffrey.

—Lo sabemos y le agradezco que nos haya dado acceso a sus archivos y a las fuentes de su bufete. Me temo que, en algunos círculos, mencionar el nombre de Mercer & Bond infunde más respeto que el de la policía.

—Le diré a mi socia Patricia que ha dicho eso.

El inspector sonrío de medio lado y pasa una hoja de su bloc, lee durante unos segundos y luego lo cierra. Se frota de nuevo la barba y acto seguido me mira fijamente a los ojos.

—Le he hecho venir aquí por dos motivos; el primero, en el piso de uno de los hombres de Vzalo había un expediente muy completo sobre usted.

—¿Puedo verlo? —Recurro a mi expresión de jugador de póquer, la que adoptaba siempre antes de conocer a Amelia.

—Por supuesto.

Empuja una carpeta hacia mí.

—Gracias.

—Es una copia. En circunstancias normales no se lo daría, pero dado el papel que jugó en la muerte de Jeffrey Bond... —Levanta una mano, pero antes de que añada nada más, lo interrumpo.

—Sí, le maté. Le maté porque le había hecho daño a Amelia.

—Y le habría hecho mucho más. —Nos miramos en silencio. Ambos somos conscientes de lo que habría sucedido en mi apartamento si yo no hubiese detenido a Jeffrey—. Pero no le doy esta copia del expediente solamente por eso —continúa Erkel—. Lo hago porque necesito su ayuda.

Cojo la carpeta y vuelvo a mirarlo.

—No se lo tome a mal, inspector, pero ahora que Jeffrey ha muerto, quiero dejar atrás todo esto. —Me levanto—. Si averiguo algo más sobre las actividades fraudulentas de mi tío, se lo haré saber.

—Abra el expediente.

—Ya le he dicho que no me interesa.

—Su padre está vivo.

Cierro los dedos sobre el expediente, pero no llego a abrirlo. Tiene que ser un error. Es imposible. La sangre se ha helado en mis venas y la misma oscuridad de anoche se apodera de mi corazón hasta casi ahogarlo. Por eso era mucho mejor no sentir nada.

Aprieto los dientes un segundo antes de volver a hablar.

—Mi padre biológico era Jeffrey Bond. —Pronuncio en voz alta uno de los peores secretos de mi vida—. Mi padre —una risa amarga escapa de mis labios—, bueno, el hombre que yo creía que era mi padre, murió en una accidente cuando yo tenía once años.

Erkel, ajeno a la frialdad que se extiende por mi interior, abre de nuevo el bloc de notas. Es absurdo que una información tan brutal esté anotada en un cuaderno tan pequeño.

—Martin Bond, lo sé. Se supone que murió cuando su coche, un Bentley, derrapó en una carretera comarcal una noche de lluvia.

—¿Se supone?

Inspector o no, estoy tentado de dar finalmente ese puñetazo que llevo rato conteniendo.

—Hemos encontrado huellas tuyas en el apartamento de Jeffrey Bond. El apartamento que éste compró años después de la muerte de su padre.

Me doy cuenta de que me he sentado porque oigo crujir el cuero de la silla.

—Es imposible.

—Reconozco que no tiene demasiado sentido —dice Erkel—, por eso necesito su ayuda. ¿Cree que es posible que su padre fingiese su propia muerte?

«Sí, por supuesto», responde una voz en mi mente, aunque me niego a decírselo a él.

—Mi padre conducía ese coche, inspector. Lo recuerdo perfectamente.

—Sí, pero podría haber hecho el intercambio en el hospital, o incluso en la ambulancia.

—Acabo de volver de Hartford, he visitado su tumba.

—Sé que parece una locura, señor Bond, pero si pudiera ayudarme. Explicarme en qué estaba metido su padre cuando murió. Si...

—No.

Ahora sí que me levanto decidido a marcharme. Cojo la bolsa del gimnasio con decisión y me la cuelgo del hombro.

—Necesito su ayuda, Daniel. Tenemos que encontrar a Martin.

—¿Por qué? —Me vuelvo al llegar a la puerta y lo miro a los ojos.

—Porque creo que él y Vzalo son la misma persona.

—¿Y qué? Si decidió fingir su muerte y convertirse en un mafioso ruso, por mí puede seguir siéndolo para siempre. Ese hombre, mi «padre», murió para mí hace muchos años. Lamento no poder ayudarlo, inspector.

—¿Y si no quiere desaparecer? —Erkel hace una pausa—. ¿Y si quiere a Amelia?

Cierro los ojos y noto una opresión en el pecho que me deja sin respiración.

—No se atreva a insinuar que Amelia corre peligro sólo para conseguir mi ayuda.

Vuelvo a entrar en el despacho y lo cojo por las solapas de la americana. Me importa una mierda que me arreste y si me da un puñetazo, mucho mejor, así podré devolvérselo.

Erkel ni se inmuta y me mira con los ojos entrecerrados.

—Coja el expediente, Daniel.

—Suelte ahora mismo a Jasper si no quiere terminar en el hospital —dice el agente Miller apareciendo de repente a mi lado.

No dudo ni un segundo de que se lanzará sobre mí si no obedezco. De todos modos, ¿cómo ha llegado tan rápido? ¿Acaso estaba escuchando detrás de la puerta?

Por supuesto que sí. Yo habría hecho lo mismo en su caso.

—El señor Bond ya se iba, Nate. —Erkel vuelve la cara un segundo para mirar al otro hombre—. ¿No es así, señor Bond?

Lo suelto con rabia, empujándolo levemente. Él se limita a ponerse bien la chaqueta, mientras que el agente Miller tiembla al reprimir las ganas que tiene de pegarme.

Siento la tentación de provocarlo, pero me dirijo hacia la carpeta azul con mi nombre que está encima de la mesa. Si Martin Bond, o como quiera que se llame ahora, pretende acercarse a Amelia, tendrá que matarme antes.

Cojo el maldito expediente y me marcho de la comisaria en dirección al gimnasio.

Aunque sea pagando, voy a pelearme con alguien.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa, Daniel?

Los gritos de Brian no logran detener mi enfado y sigo peleando con ese cretino de la City que cree que boxear sólo sirve para presumir, aunque su gancho de izquierda me haya acertado en la cara y en las costillas más veces de las que quiero reconocer.

—Si te lesionas la rodilla te puedes quedar cojo para siempre —grita Brian de nuevo.

Yo golpeo al broker. Le sangra la nariz. Bien.

Un golpe más y puedo tumbarlo y ganar el combate.

El sudor me resbala por la frente y me escuece en los ojos, mezclándose con la sangre de la herida de la ceja.

Echo el brazo hacia atrás, listo para soltar el golpe...

Alguien me sujeta desde atrás y me obliga a dar media vuelta.

—¡Basta!

Mis reflejos actúan y mi mano derecha conecta con las costillas de Brian. Él no lo duda y me da un puñetazo que me derrumba.

—Mierda.

—Vamos, levántate Daniel. —Brian se acerca a mí y me ayuda a levantar del suelo—. Solamente te he hecho perder el equilibrio, en cambio tú... —Se frota el costado con la mano libre.

—No voy a disculparme. No tendrías que haber intervenido.

Me seco el sudor con una toalla y bebo un poco de agua.

—Ibas a matar a ese chico.

—Ese «chico» ha estado a punto de darme una paliza. —Bebo más agua—. Además, tú nunca lo habrías permitido.

—Cierto, pero él iba a ponerte la zancadilla y esa rodilla tuya no puede aguantar más golpes.

—Oh, gracias. Entonces, ¿te has metido porque estabas preocupado por mí? —le pregunto sarcástico.

—No te pongas en plan multimillonario agresivo conmigo, Daniel. Confiaste en mí para tu recuperación después del accidente y creía que nos teníamos cierto respeto. —Coge su toalla y empieza a alejarse—. O cierta amistad.

Soy un cretino.

—¡Brian! —lo llamo y cuando se vuelve, añado—: Gracias.

—De nada, señor Bond —se burla—. Te espero en la sala de pesas. No te libras de hacer tus ejercicios de recuperación.

Termino de quitarme las vendas de las manos y bebo un poco más de agua. Me cuelgo del cuello la toalla empapada de sudor y salpicada levemente de sangre, ignorando la punzada de dolor que siento en la rodilla izquierda.

El gimnasio donde trabaja Brian es uno de los más antiguos y reputados de Londres y estoy convencido de que mi duro fisioterapeuta es algo más que un mero empleado, aunque cuando lo investigué antes de contratarlo, sólo logré averiguar unos pocos detalles sobre él.

Pero es el mejor y, además, no se dejó amedrentar por mi reputación ni por mi mal humor. Se lo recomendaron a Amelia en el hospital donde estuve ingresado después del accidente. Fue una buena elección.

Nadar durante años ha mantenido mi cuerpo en forma, pero ahora también me gusta practicar boxeo.

Nadar me hace pensar en correr, en huir. Boxear en cambio es plantar cara, quedarme para luchar.

De camino a la sala de pesas, miro el reloj que cuelga de una de las paredes del pasillo. Iba a comer con Amelia, pero necesito estar solo, quiero echarle un vistazo al

expediente de Erkel antes de volver a casa.

Reunión imprevista. Siento no poder comer contigo. Tuyo.

Mando el mensaje y me quedo unos segundos mirando la pantalla del teléfono móvil como un idiota.

Estoy frente a mi taquilla en el espacioso vestuario y apenas soy consciente de cómo he venido hasta aquí.

«Tuyo».

El significado de esta palabra me lo enseñó ella. Va mucho más allá de un juego o de una táctica de seducción.

He tecleado esas letras sin dudarlo, sin embargo, ahora recuerdo la discusión de esta mañana y el ácido me sube por el esófago. El teléfono vibra y mis ojos devoran el texto:

No te preocupes. Yo siento haberme ido de casa sin besarte. Tuya.

Su mensaje, por corto que sea, detiene la angustia y me hace sentir culpable por la mentira. Aunque me diga a mí mismo que lo hago porque no quiero preocuparla, o incluso porque quiero mantenerla alejada de mi sórdido y violento pasado, lo cierto es que lo hago por mí.

La sesión con Brian es tan dura como de costumbre, pero me reconforta notar el dolor en los músculos de la pierna y el brazo izquierdos, significa que siguen ahí tanto o más fuertes que antes.

—¿Has pensado en operarte la cicatriz? —me pregunta Brian cuando ya hemos terminado.

—No, la verdad es que no.

No voy a eliminarla de mi cuerpo ni de mi mente. Ya una vez intenté fingir que era un hombre sin pasado y no sirvió de nada, sólo para engañarme y convertirme en un ser frío y sin sentimientos.

«En un superviviente», susurra una voz en mi mente.

—Hoy tenías ganas de pegarte con alguien —comenta Brian, mientras cierra la cremallera de su bolsa—. ¿Por qué?

—Sólo quería hacer ejercicio.

No sé si me atrevería a decir que Brian es un amigo. Lo cierto es que es uno de los pocos que me ha visto en situaciones bastante íntimas. A diferencia de muchos hombres y mujeres, yo siempre he sentido que estaba solo en el mundo, y que así era como quería estar. Excepto cuando conocí a Amelia.

—Además, ese broker es un cretino —añado—, ¿cómo es que viene a este gimnasio?

—Al parecer estamos de moda. Un abogado muy famoso de Londres, un imbécil —me mira a los ojos—, estuvo a punto de morir en un accidente y nos eligió para hacer aquí su recuperación.

—Debería haberte despedido hace tiempo.

—Demasiado tarde. Nos vemos el miércoles —dice al llegar a la puerta—. Saluda a Amelia de mi parte.

Tras su partida, me ducho y vuelvo a vestirme sin perder un minuto. El ejercicio me ha despejado la mente y ahora estoy dispuesto e impaciente por leer el informe que me ha dado Erkel.

Después de su cita con Marina, Amelia iba a ir al bufete. No le extrañará que yo tenga una reunión fuera, dado que, aunque todavía no me he incorporado al trabajo, he empezado a retomar ciertos casos. Se me encoge el corazón un segundo al comprobar otra vez que soy capaz de mentirle.

Iré al apartamento, allí podré leer tranquilo las supuestas pruebas de Erkel y prepararme para cuando vuelva Amelia.

Regreso a casa andando, observando a la gente de mi alrededor en un intento de vaciar mi mente. Hace años, logré olvidarlo todo, esconder en un rincón de mi cerebro el suicidio de Laura, los retorcidos juegos de mi tío. Estoy seguro de que ahora me resultaría incluso más fácil que entonces, sin embargo, no dejo de ver a Jeffrey amenazando a Amelia, a él desangrándose luego en mi apartamento, a mi padre en la

camilla de la ambulancia, años atrás.

Lo llaman estrés postraumático y lo sufren los soldados que vuelven de la guerra o las personas que han sobrevivido a un acto muy violento. Me informaron de ello en el hospital, cuando me curaron las heridas después de mi enfrentamiento con Jeffrey, Amelia no lo sabe, porque en ese momento a ella la estaban atendiendo en otra habitación, y yo no se lo he contado.

No voy a hacerlo. No quiero recordarle aquel día tan horrible, ni que me acompañe a hablar con un engreído que nos dirá cualquier estupidez, no quiero que me vea como a un hombre herido.

El portero me saluda con cortesía al verme llegar y mientras subo solo en el ascensor hasta el último piso, noto un peso especial en el hombro, como si el expediente que está esperándome metido en la bolsa de deporte me llamase. El apartamento está vacío y me recibe con frialdad.

Dejo la bolsa junto a la entrada tras sacar de ella la carpeta azul y me siento en el sofá, delante de la ventana.

Cojo aire y empiezo a leer despacio.

Las huellas que encontraron en el lujoso apartamento de Jeffrey pertenecían a Martin Bond; las compararon con una huella que tenían archivada de cuando se sacó la licencia de armas. Mi padre y mi tío eran aficionados a la caza. Las huellas eran recientes y coincidían claramente con las de Martin. No había ningún error.

El problema era que no habían encontrado ningún rastro de ADN, pero aunque lo hubiesen hecho tampoco habrían podido compararlo con nada. Mi padre falleció hace más de veinte años y tanto él como mi madre fueron incinerados. Laura y yo lo decidimos así. Mi hermana también fue incinerada y yo no soy hijo de Martin.

Miro la foto del objeto donde han aparecido sus huellas: un vaso de whisky. ¿Es posible que esté vivo? Si lo está, ¿por qué diablos dejó que Jeffrey abusará de Laura y de mí durante tantos años? ¿Por qué no hizo nada?

¿Qué clase de monstruo es capaz de hacer eso?

¿Por qué?

Observo las supuestas fotografías de Vzalo, en ninguna se le ve la cara con

claridad, pero la altura y constitución física podrían coincidir con las de Martin. Y también con la mitad de los hombres de Inglaterra. La información que la policía ha reunido sobre las empresas que Jeffrey y Vzalo tenían en Escocia coincide con la que yo recopilé en el bufete durante años, pero si acepto la posibilidad de que Vzalo sea Martin, ahora adquiere una nueva dimensión.

Martin y Jeffrey fueron amantes. La bilis me sube por el esófago como siempre que recuerdo esa etapa de mi vida. Mi padre y mi tío fueron amantes; no eran hermanos biológicos, los dos eran adoptados, y tuvieron una tórrida aventura. Nunca sabré toda la verdad, pero jamás olvidaré la discusión que oí a escondidas entre mi padre y mi madre, cuando ella le confesó que Jeffrey la había seducido para vengarse del abandono de Martin y que se había quedado embarazada.

Me paso las manos por la cara y suelto el aliento...

Supongo que Martin se vengó de Jeffrey educando a su único hijo, yo, como suyo.

¿Cómo encaja en todo eso el accidente que sufrimos mi familia y yo hace tantos años? ¿Qué lo provocó? El otro accidente, el que casi acaba con mi vida hace unos meses, sucedió después de mi último viaje a Escocia, cuando averigüé que Jeffrey pensaba utilizar una de las empresas que tenía allí para blanquear dinero.

Pero ¿qué pasó antes de que tuviésemos ese accidente? ¿A quién querían quitar de en medio, a mi madre, a mi padre, o a los dos? Laura y yo éramos sólo unos niños.

Uno de los documentos del expediente capta mi atención y lo leo con detenimiento. Registra la compraventa de un terreno prácticamente abandonado.

Una finca llamada *Eden Fall*. ¿Por qué me resulta familiar ese nombre?

¿Por qué?

Cierro el expediente al notar un escalofrío recorriéndome la espalda.

Eden Fall.

Vuelvo a abrir la carpeta en busca de una fotografía, de alguna otra pista sobre ese lugar. No la encuentro. La policía no le ha dado mayor importancia a esa compraventa, pero mi intuición me dice que la tiene. Hay otro informe, una especie de lista del contenido de un ordenador portátil que encontraron en casa de Jeffrey. La leo

por encima hasta que uno de los puntos me hiela la sangre un segundo, para después hacer que me hierva: «15. Fotografías del señor Daniel Bond con la señorita Amelia Clark saliendo de Mercer & Bond. 16. Fotografías de la señorita Amelia Clark en Bloxham».

Saben quién es Amelia. No soy tan estúpido como para creer que Jeffrey no le enseñó esas fotografías a nadie. Si él logró averiguar que el mejor modo de hacerme daño a mí era haciéndoselo a ella, Vzalo también lo sabe.

¿Quién es Vzalo en realidad? ¿Es Martin Bond o el destino y la imaginación del inspector Erkel me están jugando una mala pasada? ¿Si lo es, qué diablos pretende?

Cierro de nuevo la carpeta, ahora definitivamente, y me pongo en pie. Voy al dormitorio y abro la caja fuerte que tengo escondida en uno de los armarios, donde guardo el expediente antes de cerrarla furioso. Tengo que ir a Escocia cuanto antes y averiguar por qué se me eriza la piel al pensar en *Eden Fall*. No descansaré hasta saber que Amelia no corre ningún peligro.

Oigo girar una llave y abrirse la puerta del apartamento. Salgo del dormitorio, ansioso por ver a Amelia.

Camino decidido hasta ella, que está dejando las llaves en el mueble que hay junto a la entrada y me mira un poco indecisa. Me duele ver que sigue sintiéndose dolida por lo de esta mañana y aunque sé que tenemos que hablar, no puedo soportar su angustia y necesito tocarla.

Besarla.

Sentirla.

Tiembla cuando la toco y cuando nuestros labios se rozan su respiración acaricia la mía. La beso, mi lengua se desliza desesperada, con violencia, dentro de su boca. Sus brazos me rodean la cintura y mi cuerpo avanza hasta que ella queda pegada a la pared. Su sabor se cuele por mis sentidos, su lengua acaricia la mía insegura durante un instante y después buscando dominarme... pero mis labios se niegan a ceder. Separo la mandíbula porque necesito más; de repente, no me basta con besarla ni con que ella me bese.

—Daniel...

—No.

Vuelvo a besarla. El sonido de su voz me hace estremecer y estoy al límite de mi autocontrol.

Le rodeo las muñecas para apartar sus manos de mi cuerpo, se las apoyo en la pared y las sujeto allí con fuerza y delicadeza al mismo tiempo. Amelia suspira y mueve levemente las caderas, buscando las mías.

—No —repito.

—Esta mañana yo no...

La beso, no quiero oír sus excusas, ahora no. Lo único que puede calmarme es estar dentro de ella, sentir que me pertenece.

Es un beso duro al principio, dominante, esa parte oscura de mi interior que creía que había desaparecido está volviendo y sólo Amelia puede calmarla. Le beso el labio inferior y ella me lo permite durante unos segundos.

Sus pechos suben y bajan, pegados a mi torso, y su corazón late erráticamente, igual que el mío. Mueve las caderas de nuevo y yo empujo con las mías.

Le suelto el labio.

—No te muevas.

Amelia me mira fijamente a los ojos. Despacio, se pasa la lengua por la marca de mis dientes.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque lo necesito.

Las ganas de desnudarla y entrar en su cuerpo me dominan y mi erección se endurece dentro de mis pantalones. Amelia va a negarse, va a desafiarme, a decirme que esto no es lo que de verdad necesito, que necesito justo lo contrario: dejar que ella tome el control, que me ordene qué tengo que hacer, qué puedo sentir, dejar que domine mis reacciones, mi cuerpo y mi mente.

Entregarme sin límites.

Dios, estoy a punto de correrme. Las imágenes que mis propios pensamientos

han creado en mi mente casi me llevan al límite. Podría dejar que Amelia me atase, que me impidiese correrme... Aprieto los dientes y le sostengo la mirada. No, por mucho que me gustase rendirme a ella, hoy necesito ser quien domine.

Y tengo miedo de que Amelia no esté dispuesta, de que no lo entienda. Ni yo mismo lo entiendo, pero sé con absoluta certeza que ahora mismo, en este preciso instante, ella debe rendirse a mí.

Quiero dominarla, sentir que todas y cada una de sus reacciones me pertenecen, que soy el único que puede arrancárselas.

Que nadie va a arrebátarmela.

—¿Qué te ha pasado en la ceja? —me pregunta, al ver el recuerdo que me ha dejado el broker.

Intenta soltarse una mano, sin duda para acariciarme, pero mis dedos se cierran alrededor de su muñeca, impidiéndoselo.

—Lo necesito, Amelia. —Trago saliva y un temblor me recorre al notar sus manos bajo las mías—. Por favor.

Al principio, cuando ella accedió entregarse a mí, yo nunca le habría pedido que se rindiera de esta manera.

No sé si ese «por favor» significa algo más o si sólo ha sido fruto del deseo que ya apenas puedo controlar, pero Amelia cierra los ojos despacio y su aliento me acaricia el rostro.

Me agacho y le muerdo el cuello, justo debajo de la oreja derecha, antes de susurrarle.

—No te muevas.

Me aparto despacio y me quedo observándola un segundo; me pasaría la vida entera mirándola, pero mi cuerpo no puede esperar más. Le suelto las manos y ella las mantiene en la pared, como le he pedido.

Una tranquilidad que creía que me había abandonado se aviva en mi interior. Amelia sigue siendo mía.

Me tiemblan los dedos cuando los acerco a los botones de su blusa. Se los desabrocho uno a uno y con los nudillos acaricio despacio la piel que va apareciendo entre los dos bordes de la tela.

No le quito la blusa, se la dejo puesta, porque cada vez que la seda le roza la piel, ésta se le eriza y Amelia intenta contener un gemido.

Tiene los ojos cerrados y aunque esos segundos me han servido para recuperar cierta calma, ahora necesito que ella también me vea.

—Mírame.

Abre los ojos. Los tiene oscuros y húmedos, dos lagos de deseo y amor. La imagen más erótica que he visto en mi vida y que está a punto de ponerme de rodillas.

Le pongo una mano en el estómago, ella tiembla suavemente y, al notar su piel caliente, mi erección se endurece un poco más. Muevo los dedos hasta encontrar la cremallera de la falda y se la bajo. La prenda cae al suelo, un sonido que ni Amelia ni yo oímos, absortos el uno en el otro.

Lleva medias con ligero. Nunca las había llevado antes de estar conmigo y saber que soy el único hombre que la ha visto luciendo esta prenda me hace estremecer.

Me arrodillo ante ella y apoyo un segundo mi frente en uno de sus muslos. Tengo los ojos abiertos y veo que clava las uñas en la pared.

Quiere tocarme, sé que quiere deslizar los dedos por mi pelo, tirar de él. Obligarme a besarla. Pero se contiene.

Y yo siento que estoy al límite.

La beso por encima de la ropa interior. Amelia tiembla y susurra mi nombre.

La muerdo con suavidad, pero lo bastante fuerte como para que sienta mis dientes en su sexo. El perfume de su deseo se cuele por mis fosas nasales y flexiono los dedos que tengo en sus caderas para contener el orgasmo.

Deslizo la lengua por debajo la tela de las braguitas hasta sus labios más íntimos. Ella se estremece.

Mi lengua entra despacio en su cuerpo y luego se retira. Otra vez.

Quiero arrancarle la ropa interior, desnudarla del todo y poseerla allí mismo, pero mi piernas se niegan a sostenerme. Mientras, mi lengua sigue acariciando y seduciendo su sexo, me tiemblan las manos, la erección incluso me duele y unas gotas de semen mojan ya mis pantalones.

Sigo lamiéndola, perdiéndome en su sabor.

«Necesito sentir que es mía, que se entregue a mí sin condiciones, sin intenciones ocultas. No como esta mañana. Necesito que volvamos a ser nosotros».

Y sé qué tengo que hacer para conseguirlo.

«Nosotros».

Mis labios se resisten a apartarse de entre las piernas de Amelia pero me obligo a hacerlo y, apretando los dedos alrededor de su cintura, me pongo en pie.

La miro a los ojos, no le oculto nada. Jamás he podido hacerlo.

—Bésame —le pido.

Ella abre levemente la boca y su lengua acaricia con suavidad mis labios. Saben a su deseo, al mío, y cuando noto los suyos trémulos y ansiosos, los devoro y no disimulo lo que estoy sintiendo, ni la pasión, ni la confusión, ni el miedo, ni el amor.

Un amor que puede destruirme. Ahora lo sé.

La cojo en brazos y la llevo a nuestro dormitorio.

Amelia todavía lleva puestos los zapatos de tacón, las medias, la ropa interior y la blusa de seda. No voy a desnudarla, si toco otra vez su piel, cederé y me perderé dentro de ella de inmediato.

Quiero más. Una determinación que llevaba meses sin sentir se ha propagado por mi interior: voy a recuperarnos.

Lograré que Amelia se entregue a mí, no le daré tregua, la besaré, la acariciaré, la poseeré hasta que sepa que su ser empieza y termina conmigo... Y sólo entonces yo también volveré a entregarme a ella.

La dejo en la cama y, cuando me aparto, me quito el jersey de lana negra. Es la única concesión que me permito, los zapatos y los vaqueros tienen que seguir donde están.

Amelia desliza la mirada por mi torso. Noto cómo me acaricia, se detiene en mis pectorales, en una de las marcas que ella misma me dejó la última vez que nos rendimos el uno al otro, que me poseyó. Sabe que estoy pensando en eso, que estoy recordando el placer que sentimos juntos. Lo sé porque le cambia la respiración y se humedece los

labios y sus ojos siguen su camino hacia el que siempre es su objetivo: la cinta que llevo alrededor de la muñeca.

Esta cinta significa que le pertenezco, significa que la necesito más que vivir, más que a nada, que sin ella no puedo existir.

Que puede dominarme, poseerme, quererme, hacerme suyo siempre que quiera. Siempre que yo lo necesito.

Levanto la muñeca y me la acerco a los labios. Beso la cinta con suavidad y Amelia cierra los ojos.

—No —le pido—, deja que los vea.

Los abre y una lágrima resbala por la comisura de uno de ellos.

—Siento lo de esta mañana, Daniel —susurra—. Creía...

—Lo sé.

Me acerco a ella y la silencio con un dedo en los labios. Su aliento me lo acaricia y se me eriza el vello.

Me aparto despacio y me dirijo al armario, una vez encuentro lo que estaba buscando, vuelvo a la cama.

—Voy a atarte las manos, Amelia.

Ella levanta los brazos y los acerca a mí sin preguntarme nada. Sin pedirme nada. Sus ojos no dejan de mirarme, el torso le sube y baja de prisa, respirar le cuesta tanto como a mí. El deseo puede contenerse, el anhelo que nosotros sentimos no.

Le cojo las muñecas, pero no se las ato juntas; es lo que ella creía que iba a hacer y durante un instante me imagino haciéndolo.

Otra gota de semen escapa de mi sexo y tengo que apretar los dientes para no correrme.

Le suelto el brazo izquierdo, le ato la muñeca del otro a la mía.

Ella observa mis movimientos fascinada. Cojo una de las cintas de raso con las

que me ató el primer día que sentí la necesidad de rendirme a sus caricias.

Asegurándome de no hacerle daño, aprieto el nudo con fuerza, no quiero que ninguno de los dos pueda soltarse. Mi mano izquierda está atada a la suya por la muñeca, nos resulta imposible mover los dedos sin rozarnos y los de ella me acarician los nudillos con sensualidad.

Estoy de rodillas en la cama, hipnotizado por nuestras manos atadas; la imagen es tan erótica y define tan bien lo que siento que podría correrme sólo mirándola. Pero todavía no ha llegado el momento.

Respiro despacio, soltando el aliento, y mi erección se humedece al notar que Amelia no deja de mover la mano contra la mía.

Me siento entre sus piernas, y le quito los zapatos.

Después, despacio, deslizo los dedos por una de sus piernas y cuando llego a la ropa interior, le acaricio el sexo, cubierto por la tela. Está caliente, y tan húmedo como el mío. Tiro de las braguitas y se las quito también.

Dios, cómo me gustaría besarla ahí, sentir su orgasmo en mis labios, su sabor impregnándose la lengua.

Ella intenta entrelazar los dedos con los míos.

—Puedo correrme sólo con tu sabor —le digo—. Oyendo tus gemidos. —Trago saliva—. Mirándote.

Levanto la mano que tengo atada a la suya y le acaricio los pechos con suavidad. Nuestros dedos se rozan al hacerlo y Amelia sigue mis movimientos con el corazón en la mirada.

Me tumbo despacio a su lado. La tela de su blusa separa su brazo del mío, su piel de la mía, pero aun así la siento quemándose. Suelto el aliento y espero unos segundos. Siempre que estoy con ella estoy al límite, pero hoy me cuesta mucho dominar mi deseo.

El corazón me golpea las costillas, mi miembro está tan duro que me duele, la piel de todo mi cuerpo parece a punto de desgarrarse.

Me vuelvo un poco para mirarla, me apoyo en un codo y entrelazo los dedos con

los suyos.

Amelia tiembla. Yo también.

—Mírame.

Lo hace y veo que ella también está al límite.

Sin dejar de mirarla, levanto nuestras manos atadas y dirijo la mía a su entrepierna.

—No dejes de mirarme. —La voz me sale ronca.

Le acaricio el sexo, deslizo el pulgar por encima de los húmedos rizos sin llegar a entrar y Amelia suspira y se muerde el labio inferior para contener el gemido.

—No. —Aparto nuestras manos unidas—. Quiero oírte. Necesito oírte.

Ella asiente y vuelvo a acariciarla. Esta vez deslizo un dedo en su interior, penetrándola. Su mano sigue los movimientos de la mía. Me imagino el calor de su palma alrededor de mi sexo, apretándome hasta hacerme enloquecer. Amelia gime, perdiéndose en mi mirada.

Sigo acariciándola y luego aparto la mano un segundo, pero ella levanta las caderas levemente para retenerme.

—No. —La sujeto con la mano atada—. Deja que te sienta, que te acaricie como necesito.

Amelia solloza, tiene la frente cubierta de una fina capa de sudor y puedo ver lo excitada que está.

Inclino la cabeza y le doy un beso. Sus labios se abren bajo mi lengua y gime en mi boca.

—Mírame, gime, suspira, tiembla, pero no te muevas —le pido al apartarme—. Dame tu placer, tu cuerpo. —Coloco la mano de nuevo encima de su sexo y la dejo allí—. Todo.

—Lo he hecho, Daniel —dice con la voz rota de placer y llena de pasión. Vacía de cualquier subterfugio.

—Hazlo otra vez. —La penetro otra vez con los dedos—. Por favor.

Amelia gime mi nombre y noto cómo su sexo se aprieta.

—Voy a tocarte, a seducirte, a poseerte, a recordarnos a los dos por qué no podemos estar el uno sin el otro.

—Por favor, Daniel.

La siento temblar y sé que está cerca del límite. Demasiado cerca. Detengo los dedos, pero no los saco de su interior.

—No vas a correrte.

Muevo los dedos y los ojos de ella se oscurecen frente a los míos. Brillan de deseo, de posesión, de mí.

—Repítelo, Amelia.

Tiene que humedecerse los labios para poder hacerlo y mientras cierra un segundo los ojos. Le acaricio los rizos con el pulgar y los abre.

—No me correré.

Mi rostro está a escasos centímetros del suyo, su mirada empieza y termina en la mía, mis labios se humedecen hambrientos de los suyos y mis dedos se pierden en el interior de su cuerpo. La acaricio, entro y salgo con suavidad, después con más fuerza. Me empapo del deseo de Amelia, mientras la cinta que ata nuestras muñecas le roza las piernas y las hace temblar.

Sé que no puede aguantar más.

Yo tampoco.

Aparto las manos muy despacio y ella solloza al sentirse vacía, durante unos segundos le acaricio el sexo con ternura. Luego levanto las manos. Amelia sigue el movimiento con los ojos e intenta apartarse para dejarme espacio y que pueda soltarnos. No voy a hacer tal cosa.

Acerco los dedos a mis labios y me los lamo uno a uno.

—Daniel...

—Mírame.

El sabor de Amelia prende otra clase de fuego en mí. Necesito que me toque, que me obligue también a sentir sus caricias. A ser vulnerable y fuerte al mismo tiempo.

Ella confía en mí, deja su cuerpo, su placer y su corazón en mis manos. Le doy un suave y húmedo beso en el dorso de la mano y me tumbo despacio en la cama, tirando al mismo tiempo de ella. Amelia está de lado, mirándome, y yo soy incapaz de hablar, de decir nada. No hace falta. Dios, cómo puedo haber sido tan estúpido.

Nuestras manos siguen atadas igual que antes, no ha cambiado nada. Pero al mismo tiempo ha cambiado todo.

Ahora es Amelia la que las mueve, la que las guía por encima de mi torso. Con una uña, dibuja la marca que me dejó la llama de una vela una noche que me entregué a ella sin ningún temor.

Igual que ahora.

Anoche, esta mañana, las cosas se han estropeado entre nosotros porque hemos intentado mantener las distancias. Los dos deberíamos saber que eso es imposible.

Se detiene sobre los botones de mis vaqueros.

Presiona entonces mi erección y yo tengo que apretar los dientes para contenerme.

—Amelia —susurro—, no dejes que...

—Chis, tranquilo. —Me desabrocha el primer botón y yo la ayudo de manera casi inconsciente—. Mírame.

Consigo hacerlo. Tiene los ojos brillantes y me sumerjo en ellos, en el amor que me han enseñado a sentir.

—Dios, Amelia...

—Mírame, Daniel —repito con voz firme, al sentir que estoy desesperado por entregarme a ella—. No vas a correrte. —Se humedece los labios y me abre la bragueta

del pantalón—. No dejaré que te corras.

Desliza su mano atada a la mía por debajo del calzoncillo y rodea mi erección. Un gemido me desgarró la garganta y coloqué los dedos encima de los suyos. Su mano encierra mi sexo, la mía la encierra a ella.

Amelia me mira, con su mirada se mete dentro de mí y no deja espacio a nada más. A ninguna pesadilla. Sólo existe ella. Nosotros dos entregándonos el uno al otro.

Levanto las caderas en un gesto inconsciente y desesperado y ella aprieta los dedos.

—No, Daniel. Dame tu placer. —Repito mis palabras de antes y comprendo una vez más por qué le pertenezco sólo a esta mujer—. Dame tu cuerpo. Todo.

Empieza a mover la palma por mi erección, el semen que se había escapado antes humedece mi sexo y el placer que siento amenaza con volverme loco. Mi mano sujeta con fuerza la de Amelia, sucumbo a sus movimientos y me estremezco al sentir su piel bajo los dedos.

—Dime que me lo has dado todo, Daniel —me pide, apretando levemente los dedos antes de aflojarlos y un poco y acariciarme con las uñas.

—Dios, Amelia —susurro—. No sé si puedo —reconozco al fin.

Ella se detiene un segundo. Va a apartarse y un horrible escalofrío me recorre la espalda, mientras me maldigo por no haber podido contenerme.

Aprieto los dientes al notar que los dedos de Amelia sueltan mi erección.

Podría retenerla, tengo la mano atada a la suya, pero soy incapaz. Entonces siento que me acaricia la punta del pene con cuidado, capturando las gotas de semen que se han acumulado allí con sus caricias.

Saca su mano atada a la mía de debajo los calzoncillos y durante un segundo observa el líquido perlado que le humedece los dedos.

—Ya lo has hecho, Daniel —afirma, llevándose la mano a los labios.

Se mira las yemas húmedas y se las lame muy despacio. Su lengua se desliza por entre los dedos de los dos, acariciando los míos, haciéndome temblar de pies a cabeza.

—Y volverás a hacerlo —añade, cuando aparta las manos atadas por la cinta.

Se incorpora y se sienta encima de mí. Lleva nuestras manos hasta mi erección y suspiro hondo al notar que la sujeta y la guía hacia su cuerpo.

Mi miembro entra en su cuerpo y estoy a punto de correrme. El calor me penetra la piel y siento que por fin puedo respirar, aunque al mismo tiempo el aire se queda prisionero en mis pulmones y mi corazón deja de latir durante un segundo.

Amelia se levanta despacio, muy lentamente, mi erección se desliza por entre los labios de su sexo, que se aprieta a mi alrededor.

Vuelve a descender.

Aprieto los puños y echo la cabeza hacia atrás.

Amelia se mueve encima de mí, me domina, me recuerda que mis reacciones existen porque ella las provoca, que siento porque ella me ama.

—Mírame, Daniel.

—No puedo.

Noto que se inclina hacia mí; nuestras manos atadas se dirigen a mi nuca y me tira del pelo para que la mire.

—Mírame, Daniel —repite.

—No puedo. —Me resisto y trago saliva—. Si lo hago, me correré.

Amelia aparta las manos y vuelve a incorporarse con lentitud. Sigue moviendo las caderas a un ritmo destinado a hacerme sucumbir y yo sigo resistiéndome.

Necesito seguir aquí, estar dentro de ella tanto como me sea posible.

De repente, detiene nuestras manos encima de su sexo. Noto mi erección entrando y saliendo, el calor que desprenden nuestros cuerpos, lo cerca que Amelia está también del límite.

—Somos tú y yo, Daniel —susurra con la voz embargada de deseo—. Sólo tú y yo. A mí me basta con eso para llegar al final. —Noto un estremecimiento en su cuerpo

que pasa de inmediato al mío—. Necesito que me mires.

Abro los ojos y me rindo a ella.

Amelia mueve nuestras manos hacia arriba, hasta que mis dedos quedan justo encima de su sexo.

Se levanta despacio, sobre mi erección y vuelve a bajar. Sus ojos no se apartan de los míos. Mi mirada se clava en la suya. No podría dejar de mirarla por nada del mundo.

—Córrete, Daniel, por favor.

Me estremezco y eyaculo rindiéndome a ella, mientras grito su nombre.

—Te amo.

Las palabras de Amelia al llegar al orgasmo me enloquecen. Presa del placer y esclavo de ella, tiro de nuestras manos hasta tenerla tumbada encima de mí.

Por fin puedo besarla.

«Te amo», repito en mi mente.

Me despierto al notar que Amelia se mueve encima de mí.

Nos hemos quedado dormidos sin soltarnos las manos.

Noto una leve presión en el pecho cada vez que ella tira de la cinta de raso para liberarnos. La cinta cae finalmente encima de la sábana y Amelia me besa el torso, justo encima del corazón, antes de apartarse.

Estas caricias son las que más me afectan. Las que hacen que me tambalee por dentro.

—Siento lo de esta mañana —dice en voz baja, tumbándose con cuidado a mi lado.

Yo también lo siento y lamento haberle ocultado mi pesadilla la noche anterior y mi reunión con Erkel. No digo nada, sé que seguiré haciéndolo, aunque me retuerza las entrañas y me haga despreciarme a mí mismo.

—Tengo que quitarme los vaqueros.

Me levanto y le tiendo la mano a ella para ayudarla también a levantarse. Amelia me mira y, un poco insegura, se pone de puntillas para besarme.

Esta mujer es capaz de ordenarme que no me corra y ahora le da vergüenza besarme. Sin duda va a volverme loco.

—No sé si puedo.

—¿El qué? —le pregunto confuso, mientras tiro con cuidado de las mangas de su blusa para quitársela.

—Besarte.

—Por supuesto que puedes besarme.

Termina de acercarse y sus labios rozan los míos.

Los suyos trémulos, húmedos, dulces.

Me gustaría abrazarla y, sin embargo, no suelto la blusa. Amelia se aparta y vuelve a mirarme.

Incómodo, dejo la prenda y me agacho para quitarle las medias. Ella apoya una mano en mi hombro y noto sus uñas en la piel.

—Puedo hacerlo yo —se queja sin apartarse.

—Lo sé, pero *quiero* hacerlo yo.

Amelia desliza la mano hasta mi nuca y me acaricia el pelo.

—Eres tan distinto cuando no te entregas a mí. Cuando no bajas las barreras y no dejas que los sentimientos o la pasión formen parte de ti, de tu cuerpo o de tu mente, eres otra persona.

Me levanto sosteniendo las medias en una mano y, cuando nuestras miradas se encuentran, Amelia se da media vuelta y se dirige al baño.

Se me cierra la garganta y aprieto los dedos alrededor de las medias.

—Amelia, lo siento.

Se detiene y se vuelve para mirarme.

—Me gustaría... —se seca una lágrima—, me gustaría que fueras capaz de mostrarme lo que sientes fuera de la cama.

No debería ponerme furioso. Sé que tiene razón y, sin embargo, me duele su acusación y mi instinto de supervivencia me obliga a herirla del mismo modo.

—Soy otro hombre por ti, Amelia, pero sigo siendo yo. Sigo sin parecerme a tu estúpido ex-prometido, que te engañó con otra semanas antes de la boda, y sigo sin parecerme a Raff, a ninguno de esos hombres fáciles que sólo necesitan echar un polvo para ser felices.

—¿¡Qué diablos te pasa, Daniel!?! —exclama furiosa y desnuda.

Amelia se da cuenta de que trago saliva al verla así y entra en el cuarto de baño

para salir medio segundo después envuelta en su batín de seda blanca. Se acerca a mí y me coloca una mano en el pecho. Me empuja levemente y mis piernas obedecen sin contar conmigo, dando un paso atrás.

Ahora soy yo el que se pregunta qué diablos me pasa.

Estoy furioso con ella, dolido porque, al parecer, nada parece bastarle.

«Lo quiero todo de ti».

La frase de Amelia se repite en mi mente y recuerdo que yo le he pedido lo mismo. Pero en su caso es distinto, ella no ha tenido que reconstruirse, no tiene mi pasado, mis pesadillas. Y precisamente ella tendría que saberlo, tendría que saber qué no puedo darle más y tendría que aceptarlo. Dios, si nunca pensé que pudiese amar así.

—Ayer por la noche tuviste una pesadilla y te levantaste de la cama. Te quedaste solo ahí fuera —señala el salón— y, cuando volviste, después de que yo te lo pidiese, estuviste tentado de ir a acostarte arriba. No me mientas —me impide hablar al ver que iba a hacer justamente eso, mentirle—. Esta mañana, hemos discutido, me has acusado de utilizar tus sentimientos, *mis* sentimientos, para manipularte. Y sí, reconozco que no he sabido interpretar tus necesidades, que tendría que haberte dado más tiempo, pero... —Se detiene y coloca la palma de la mano en mi cara. El gesto es muy tierno y no encaja en absoluto con el fuego y la rabia que brillan en sus ojos—... Amor, tienes que contármelo. Lo necesitas.

—No.

—Nos estás haciendo daño a los dos. Te estás alejando de mí y no puedo soportarlo. Y tú tampoco. —Le cae una lágrima, que se seca furiosa—. Hace unos meses, estuviste a punto de morir, Daniel, y a veces pareces olvidarte de que si eso hubiese sucedido, yo habría muerto contigo.

Se apoya en mí, pero yo la sujeto de los hombros para apartarla. Tengo miedo de que si me toca pierda el control.

—Abrázame, Daniel.

Mis brazos la rodean y mi cuerpo cede al suyo. Los latidos de mi corazón aminoran, pero no el temor.

—Has sobrevivido a un infierno, tienes un pasado horrible y daría mi vida por

poder cambiarlo. Pero no puedo. —Aprieta los dedos en mi espalda—. Lo único que puedo hacer es compartir tus malos recuerdos y ayudarte a entenderlos, a olvidarlos.

—No quiero que se acerquen a ti. No quiero que te toquen.

—Yo lo quiero todo de ti, Daniel. Si no me das esa parte, si me escondes esas cosas porque crees que son demasiado horribles, demasiado dolorosas, nunca estarás conmigo.

—Estoy contigo.

—No —insiste, apartándose—. Mataste a un hombre para protegerme.

—Jeffrey te disparó y habría vuelto a hacerlo. Cualquiera habría intentado salvarte —añado, aturdido por esa discusión, esas caricias, esas lágrimas y la rabia de sus ojos.

—Pero lo hiciste tú y después me contaste algo horrible y te entregaste a mí sin ningún límite. Esa noche fuiste sincero.

Trago saliva y no digo nada durante unos segundos.

—Aún lo soy.

—¡No, Daniel! —Vuelve a acercarse a mí y no se detiene hasta que nuestros torsos se tocan—. Sí, me pediste que me casara contigo y que te acompañase a visitar las tumbas de tus padres y de tu hermana, pero te estás distanciando, noto que el antiguo Daniel Bond está resurgiendo.

Dios, ella también se ha dado cuenta. No puedo negárselo.

—Sólo te pido tiempo.

—¿Para qué? ¿Para encontrar el modo de engañarme, de que me marche de tu vida para siempre sin que tengas que sentirte culpable?

—¡No! Por Dios, Amelia, no. Tiempo para asumir mi pasado y encontrar la manera de contártelo todo sin perderte.

—Daniel...

La interrumpo.

—No, Amelia, sé que me dirás que no hay nada que pueda contarte que te lleve a dejarme. Lo sé y también sé que así lo crees. —Respiro hondo mientras busco las palabras—. Pero necesito encontrar la manera de ser capaz de decírtelo sin destruirme a mí mismo. Sé que no lo entiendes y la verdad es que no sé exactamente qué te estoy pidiendo. —Me paso las manos por el pelo un segundo y después vuelvo a sujetarla por la cintura—. Si yo sintiera que te estás alejando de mí, me volvería loco. Te prometo una cosa: si necesito tu ayuda, te la pediré, pero hasta que llegue ese momento, si es que llega, confía en mí.

Por fin he dicho lo correcto, porque me mira con un brillo distinto en los ojos.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

Amelia se pone de puntillas igual que antes, pero esta vez no duda ni un segundo y enreda los dedos en el pelo de mi nuca para besarme con toda la pasión y el enfado que probablemente ha estado conteniendo. El beso no cesa, su lengua me recorre el interior de la boca y me domina entero. Mis manos se han detenido en su cintura, en vano cierro los dedos para frenar el deseo que vuelve a espesarme la sangre y a nublar-me la mente.

Amelia nota el temblor que me recorre los brazos, lo sé porque aparta los labios de los míos para mirarme a los ojos.

—Te amo, sé que no estás acostumbrado a oírlo, que hay una parte de ti que sigue sin creerlo y otra que incluso preferiría que no lo sintiese así, pero te amo, Daniel.

—Amelia...

—Chis, no digas nada.

Me da otro beso y desliza las manos por mi torso.

Las detiene en la cintura de los vaqueros, que sigo llevando desabrochados. Sus labios juegan con los míos.

Noto que está más tranquila que antes, más segura. Siento una opresión en el pecho al ver que he sido capaz de eliminar parte de sus miedos, que he encontrado las

palabras acertadas para mantenerla a mi lado.

Suspiro dentro de su boca, muevo la lengua en busca de la suya, ansioso por sentirla con la mía y por perderme de nuevo en uno de nuestros besos. Nuestra discusión y la rabia de Amelia, la ferocidad con que ha hablado de nosotros, ha despertado mis sentidos, incluso mi piel, y este beso tan intenso me excita con una rapidez y brutalidad inesperadas después del orgasmo que acabo de tener.

Aprieto los dedos en la cintura de Amelia y la acerco sin darme cuenta. Está desnuda debajo de la bata y los dos extremos de la seda se separan al moverla. Su piel me roza el torso y mi erección tiembla al volver a tenerla cerca.

Ella se aparta y yo la sigo, porque no puedo dejar de besarla.

—Desnúdate —dice, deteniéndome con la mirada— y siéntate en la cama. Y no te muevas. En seguida vuelvo.

Me quito los vaqueros y los calzoncillos al instante, apartando la vista de Amelia sólo un segundo. Después de que ella entre de nuevo en el cuarto de baño, voy hasta la ventana y veo que la noche domina ya la ciudad y la luna se cuelga por las ventanas del dormitorio, igual que la luz que viene del pasillo. Miro el reloj de encima de la mesilla de noche, todavía faltan horas para que amanezca.

Suspiro aliviado, no quiero que esta noche termine.

Mañana, Amelia me contará qué le ha pedido Marina, aunque tengo el horrible presentimiento de que la petición de su mejor amiga no va a gustarme...

Pero eso será mañana, esta noche nos pertenece. Y la necesito para seguir adelante.

—Creía haberte dicho que me esperases sentado en la cama —me susurra Amelia al oído y un escalofrío me eriza la piel—. No importa, quédate así, como estás.

No podría moverme aunque quisiera. La noto pegada a mi espalda, con una mano me acaricia la cintura y sus labios se posan entre mis omóplatos.

—No te vuelvas —susurra de nuevo, antes de morderme levemente—. Y no te muevas... —otro mordisco, esta vez desliza la lengua por encima al apartarse—... todavía.

Dejo caer la cabeza hacia delante, hasta que mi barbilla casi descansa en mi torso.

—Hoy, cuando volvía a casa, he comprado esto. —No me vuelvo y espero a que siga hablando para saber a qué se refiere—. Es un aceite para masaje.

Oigo el sonido del líquido al verterse y, apenas un segundo más tarde, las manos de Amelia en mi espalda.

—Te quemará. —Suspira junto a mi oído justo cuando empiezo a notar el efecto del calor en la piel—. Cuando estaba pagando, me he imaginado cómo brillaría sobre tu espalda, cómo lo sentirías deslizándose por tus vértebras, quemándote lentamente.

Las manos de Amelia descienden por mi columna, me noto la piel ardiente, es un calor intenso pero inofensivo; lo sé porque Amelia nunca me haría daño.

«Amelia nunca me haría daño».

Estúpido, esta mañana he dudado de ella y, sin embargo, en lo más profundo de mi ser, sé que es incapaz de herirme.

Tengo que decírselo. Intento levantar la cabeza, pero Amelia me acaricia los glúteos y noto que se agacha detrás de mí para seguir con las piernas. Va depositando besos en mi piel antes de aplicarle el líquido y hacer que se incendie de placer y de deseo. Cuando sus manos llegan a mis tobillos, apenas me queda un músculo capaz de obedecerme y mi mente se aferra a la poquísima concentración que tengo a mi alcance.

Espero a que ella se levante. Me humedezco los labios, porque incluso estoy dispuesto a pedirle que lo haga y que se coloque delante de mí para besarla.

Pero Amelia sigue de rodillas y sus manos suben por la parte trasera de mis pantorrillas. Se detienen al llegar a los glúteos. Puedo notar su respiración, mientras su pelo me acaricia el interior de los muslos. Intento prepararme, decirme que podré resistir su siguiente caricia, aunque sé que es imposible.

Amelia me besa los testículos, al tiempo que desliza con cuidado los dedos de una mano entre mis glúteos y me sujeta la erección con la otra.

—Dios, Amelia.

Tenso las piernas y afianzo las plantas de los pies en el suelo para no caerme. Ella se aparta y pienso que mi dulce tortura ha terminado, pero entonces noto su lengua

deslizándose por encima de mis testículos. Mientras, sigue acariciándome el sexo con delicadeza, negándome la presión que con toda seguridad pondría fin a mi tormento, y con la otra mano me acaricia entre las nalgas despacio, suavemente.

Va a volverme loco.

—Por favor, Amelia. —Me muerdo el labio tras la súplica.

Ella se aparta de mis testículos y sopla encima de ellos antes de levantarse y dejar de tocarme. Estoy a punto de eyacular, pero Amelia me lo impide capturando mi erección al tiempo que se coloca frente a mí. Me suelta y me acaricia la mejilla.

—Mírame, Daniel.

Ni siquiera era consciente de que seguía con los ojos cerrados. Tengo la frente empapada de sudor, me muero por ella. Veo que está desnuda y me estremezco, porque sé que en este instante no hay ningún hombre que le haya pertenecido tanto a una mujer como yo a Amelia.

—Túmbate en la cama.

Asiento y me dirijo hacia allá.

Ella viene conmigo y me acaricia la espalda al caminar. Envidio su capacidad de tocarme, de convertir el acto sexual más desgarrador en algo lleno de sentimientos y también de ternura.

Me acuesto en la cama.

—Levanta las rodillas.

Obedezco, mientras respiro profundamente y cierro los puños para no ceder a la tentación de tirar de Amelia y besarla.

Ella me mira y, sin dudarlo, se sienta a horcajadas sobre mí. En una mano sujeta la botella de aceite y se vierte unas gotas en la palma de la otra. Deja la botella encima de las sábanas y me acaricia el pene, cubriéndolo con el aceite.

Me quema, me estremezco.

La espalda de Amelia está apoyada en mis muslos y su melena oscura me hace

cosquillas en las piernas. Sus dedos suben y bajan por mi miembro; tengo los músculos del estómago tensos del esfuerzo que estoy haciendo para contenerme. Entonces ella se levanta con cuidado y desliza mi erección en su cuerpo muy lentamente. Una gota de sudor me resbala por la frente y la espalda me quema cada vez que me muevo y la froto con la sábana.

Amelia está completamente quieta, con sus nalgas sobre mis ingles y su columna vertebral contra mis muslos.

—Incorpórate, Daniel.

Suelto el aliento muy despacio y flexiono los músculos del abdomen para coger impulso, al hacerlo penetro aún más profundamente en ella y tengo que detenerme. Su sexo se aprieta alrededor del mío, unas gotas de semen escapan de mi control y el aceite que ha utilizado Amelia arde entre los dos.

«Dios».

Aprieto los dientes y, apoyándome en las palmas, termino de incorporarme. No puedo moverme, con Amelia sentada encima de mí y yo estoy en su interior. Me tiemblan los brazos del esfuerzo, de hecho me tiembla todo el cuerpo. Noto el sexo de ella ajustándose a mi erección, aprisionándola, arrebatándome el control.

El sudor me cubre la frente y las gotas que resbalan por mi espalda aumentan el calor provocado por el aceite.

Respiro entre los dientes, mientras aprieto los puños sobre la sábana.

—Sé que te cuesta hablar de tus sentimientos —susurra Amelia con la voz llena de deseo. Se desliza la lengua por el labio inferior y yo agarro con más fuerza la sábana—. Sé que tienes miedo a hablarme de tu pasado, pero también sé que cuando estamos así, el uno dentro del otro, no me ocultas nada.

No se mueve, sin embargo, la paredes interiores de su sexo se aprietan alrededor de mi pene.

—Dios, Amelia, dime qué quieres.

Clava los ojos en los míos y poco a poco apoya también las palmas de las manos en la cama. A pesar de que estamos unidos del modo más íntimo posible, no nos tocamos. Nuestros dedos agarran las sábanas casi del mismo modo. A mí me tiemblan

los brazos y a ella levemente las piernas, que tiene a ambos lados de mi cuerpo.

—Quiero que me digas qué sientes... físicamente —añade, al ver que aprieto los dientes—. No voy a moverme, no voy a tocarte ni a besarte ni dejaré que tú me toques o me beses a mí, ni que te muevas. Sólo voy a sentirte y quiero que tú me sientas.

—No puedo. —La espalda me quema y mi erección se estremece dentro de ella, el orgasmo amenaza con derrumbarme de un momento a otro—. No puedo —repito y echo la cabeza hacia atrás para apartarme un mechón sudado de la frente.

—Puedes —insiste ella—, deja que te lo enseñe. Esto es lo que siento yo. —Suspira y gime con suavidad—. Cuando estás dentro de mí, noto todos y cada uno de los temblores que sacuden tu cuerpo. Siento la fuerza que corre por tus venas y me abruma pensar que puedo dominarla. —Su sexo se humedece y noto el calor envolviéndome y extendiéndose por todo mi cuerpo—. Tus ojos se oscurecen cuando estás a punto de perder el control... como ahora, y —mueve ligeramente la cintura—... Daniel, tus besos son el placer más grande que he conocido nunca. He sentido en mi piel todas y cada una de esas palabras. No lo habría creído posible, pero estoy a punto de eyacular casi sin moverme y sin tocarla.

—Yo... —me humedezco los labios para continuar—, cuando estoy dentro de ti, me pongo furioso porque no me basta con eso. Mis manos sólo quieren tocar tu piel —flexiono los dedos sobre la sábana—, quiero besarte, pero ningún beso me calma. Quiero oírte gemir.

Amelia gime y otra gota de sudor me resbala ahora por el torso.

—No quiero correrme, porque sé que cuando lo haga tendré que dejarte ir. —Su sexo me aprieta y un estremecimiento empieza dentro de ella y termina en mi cuerpo—. Y al mismo tiempo... no hay nada comparable a correrme dentro de ti. Es en ese instante cuando siento que formo parte de tu ser.

Ella echa la cabeza hacia atrás un segundo y su melena me roza las piernas, cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos brillantes y los labios húmedos. Los pechos le suben y bajan despacio y los músculos de su sexo me aprietan.

—Amelia...

—Formas parte de mí, Daniel, y yo de ti. Te amo —susurra mirándome.

—Yo...

—Chis, no tienes que decirlo. Lo sé. —El interior de su cuerpo sigue apretándose y me muerdo el labio inferior sin darme cuenta—. Córrete, Daniel.

Y así, con estas palabras y sin dejar de mirarnos, el control y la fuerza abandonan mi cuerpo y eyaculo dentro de Amelia, entregándome a ella, estremeciéndome y temblando de la cabeza a los pies. Los músculos de mi abdomen se flexionan, mis caderas se levantan tensas de la cama y mis brazos apenas pueden soportar mi peso. El orgasmo no tiene fin y cuando siento que Amelia también lo está experimentando, cuando su sexo se estremece alrededor de mi miembro, echo la cabeza hacia atrás y grito su nombre.

Cuando vuelvo a despertarme, horas más tarde, el sol ilumina ya el dormitorio. Amelia no está en la cama, pero puedo oírla moviéndose en la cocina, abriendo y cerrando armarios, probablemente preparando el desayuno. Me quedo en la cama unos segundos, reviviendo en mi mente lo intenso que fue lo que sucedió anoche entre los dos.

Fue maravilloso, sensual, incluso doloroso, pero los dos nos atrevimos a confiar en el otro y a confesar parte de nuestros miedos. Sé que por increíble que fuese nuestra entrega, no soluciona todo lo que nos sucede y me froto la cara furioso al darme cuenta de que, de hecho, ahora, cuando la vea, voy a mentirle.

—Mierda.

Me levanto de la cama. Me resulta casi insoportable seguir aquí, oliendo el perfume de Amelia, cuando sé que voy a hacer exactamente lo que ella me pidió que no hiciera: ocultarle la verdad de lo que siento. Pero no me queda elección. Entro en la ducha y dejo que el agua caliente me golpee la nuca y me caiga por la espalda.

Cierro los ojos y apoyo las manos en las baldosas que tengo delante. Me duele la pierna y me escuece la herida de la ceja.

No pienso en Amelia. Si lo hago, no podré seguir adelante y tengo que hacerlo. Tengo que averiguar si las sospechas del inspector Erkel son ciertas.

«Eden Fall».

El nombre me resulta muy familiar, aunque es como un eco en mi memoria; no deja de repetirse, pero no logro verlo con claridad.

Tengo que recordarlo, sé que es importante y que está relacionado conmigo y con mi pasado. La cuestión es cómo... y si podré soportarlo cuando lo averigüe.

Termino de ducharme y después de secarme me pongo unos calzoncillos y una camiseta para ir en busca de Amelia. Me detengo en el umbral de la cocina. Ella está dándome la espalda, cocinando algo mientras mueve las caderas. Está bailando, pienso, aunque no se oye ninguna música.

Se vuelve en medio de su baile y me sonrío al verme.

—Buenos días.

Se sonroja.

—Buenos días. —No me muevo de la puerta y Amelia se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Este viernes mis padres estarán en Londres —dice al apartarse—. Quieren conocerte.

—Por supuesto, yo también quiero conocerlos a ellos. —Es curioso, la sinceridad de esta afirmación me coge desprevenido a mí mismo.

Los padres de Amelia viven en Bloxham. De pequeña, su madre fue al colegio con Patricia, mi socia en Mercer & Bond. Ahora es ama de casa y el padre, Oliver Clark, un empleado de banca jubilado al que le gusta pescar y viajar. Son una familia normal, pero para mí bien podrían ser extraterrestres.

—¿Tu hermano Robert también está con ellos?

—No, Robert se ha quedado en Bloxham, aunque seguro que tanto él como Katie interrogarán a mis padres en cuanto vuelvan a casa.

—Genial —farfullo.

Robert le dio un puñetazo a su ex-prometido cuando se enteró de que le había sido infiel a su hermana. No estoy seguro de querer enfrentarme a él por ahora. Amelia sirve dos tazas de café y se sienta para tomar la suya.

Lleva el mismo batín que anoche, aunque ahora anudado a la cintura, y me mira por encima del borde de la taza.

—Ayer vi a Marina —cambia de tema mientras deja la taza—. Me hizo una propuesta.

Será mejor que me siente.

—¿Qué propuesta?

—En la ONG están buscando un nuevo abogado, alguien que esté dispuesto a ayudar en los casos y a colaborar en sus proyectos, un abogado «para todo», creo que han sido sus palabras exactas. Me ha dicho que el sueldo no puede compararse con el de Mercer & Bond, pero creo que voy a aceptar.

—¿Qué?

—Creo que voy a aceptar el trabajo en la ONG.

—¿Por qué? Si no recuerdo mal, viniste a Londres para ejercer de abogada en un gran bufete, para progresar en tu carrera y crearte una reputación.

Mi respuesta y mi actitud no le gustan, lo noto en su mirada y en cómo ha cambiado de postura.

—Y si yo no recuerdo mal, tú me dijiste que no podíamos trabajar juntos en Mercer & Bond y que terminarías echándome.

Me pongo en pie porque la electricidad que recorre mi cuerpo me impide seguir sentado. Lo que dice es cierto.

—Oh, vamos, Amelia, eso era antes. Ahora las cosas han cambiado. Tienes que seguir con nosotros.

—¿Tengo?

—Por supuesto.

—¿Por qué? Es tu bufete, tuyo y de Patricia, yo sólo soy una abogada más. Ni siquiera hace un año que trabajo allí, mi partida no os afectará lo más mínimo.

—Quiero que trabajes en Mercer & Bond, todo el mundo está muy contento contigo.

—Y yo con ellos, pero es lo mejor para todos.

Se pone en pie y deja la taza en el fregadero. Me da la espalda y yo noto una gota de sudor resbalándome por la mía.

—No puedes irte de Mercer & Bond.

Amelia se da media vuelta despacio y, tras suspirar, se acerca a mí.

—Es mejor así, Daniel. Lo siento por ti, pero lo que sucede entre tú y yo es demasiado importante, demasiado absorbente como para poder compartirlo con el trabajo. Cuando estoy en el bufete quiero verte, quiero tocarte, no puedo dejar de pensar en ti.

—¿Y?

No me importa sonar como un adolescente malcriado, pero con sólo imaginarla lejos de mí se me han retorcido las entrañas. Y sin embargo no sé cómo explicárselo, no sé qué puedo decir para impedirselo.

—Hicimos el amor en tu despacho, Daniel. Si sigo trabajando allí, volveremos a hacerlo, no podremos evitarlo. —Enarco una ceja y ella suspira exasperada—. Discutiremos, yo pensaré que trabajas demasiado, o tú que yo no estoy preparada para enfrentarme a según qué clientes. Recuerda lo que sucedió con Howell.

—Por culpa de él caíste en la trampa de Jeffrey y mi tío casi te mata.

—Sí, de acuerdo, pero no me refiero a eso. Ni siquiera te parecía bien que estuviera a solas con él y eso que me pasé semanas trabajando en su divorcio.

—¡Ese hombre se te echó encima!

—La ONG necesita un abogado y yo voy a aceptar su oferta, Daniel. Ésta es mi última palabra.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas? ¿De verdad no te importa mi opinión?

—Por supuesto que me importa. —Me acaricia la mejilla, pero yo aparto la cara—. Es lo mejor para los dos. Necesitamos recuperar cierta calma. Estos últimos meses han sido muy difíciles.

—Pásame los datos de la ONG, les echaré un vistazo —accedo a regañadientes.

La sonrisa de Amelia ilumina la oscuridad de mi corazón, cuando me rodea con los brazos un instante.

—Gracias —susurra, antes de darme un beso en la mejilla—. He quedado con Marina dentro de un rato. Quiere enseñarme las oficinas y presentarme al resto del

equipo. Te los mandaré desde allí. —Me tenso y se aparta al notarlo—. ¿Sucede algo, Daniel? ¿Hay algún motivo por el que no pueda trabajar en la ONG?

Podría decirle que estoy preocupado por ella, que tal vez siga habiendo peligro para nosotros, que quiero tenerla cerca por si reaparece alguna amenaza de mi pasado.

—No, ninguno —miento—. Sólo que te echaré de menos.

—Y yo a ti.

He creído morir al decir esa última frase, pero Amelia me ha besado y me ha reanimado.

Mientras ella se viste sin dejar de sonreír, me pregunta cuáles son mis planes para hoy. Le respondo que iré al bufete y que después probablemente pase por el gimnasio de Brian o nade un rato en la piscina que hay en la última planta del edificio de Mercer & Bond. Ella comerá con Marina y nos reuniremos aquí más tarde.

Me da un beso y se va del apartamento dejándome confuso y decidido a descubrir qué es *Eden Fall*.

El resto de la semana es increíblemente frustrante.

Hasta que llega el viernes y Patricia entra en mi despacho.

—Sabes que me alegro de que hayas vuelto —dice, con las manos en la cintura—. El bufete no era el mismo sin ti y yo, aunque te confieso que no lo entiendo, te echaba de menos.

Frunzo el cejo y dejo encima de la mesa los papeles que estaba leyendo.

—Yo tampoco lo entiendo.

Cierra la puerta y se me acerca decidida.

—Hace años que nos conocemos, Daniel. Probablemente tú seas la persona que más secretos conoce sobre mí.

—Probablemente —afirmo, cruzando los dedos.

No sé qué pretende Patricia, pero está enfadada y sé por experiencia que no me conviene provocarla.

—Tu tío ha muerto, no sé exactamente qué sucedió entre vosotros en el pasado, pero sí sé lo suficiente como para entender que su fallecimiento te hubiese, no sé — mueve las manos y su pulsera de oro tintinea al chocar con el reloj—, aliviado. Se supone que estás enamorado y que vas a casarte. Ahora mismo tendrías que estar en una playa, acostándote con tu prometida a todas horas y bebiendo ridículos cócteles con sombrillitas, y no aquí, asustando a todo el mundo.

—Es mi bufete.

—Maldita sea, Bond. —Se detiene frente a mi mesa—. Sí, eres un gran abogado y sí, nuestros mejores clientes quieren tratar contigo, pero no hace falta que te pases horas aquí encerrado.

—Tengo mucho trabajo, Patricia.

Ella, evidentemente, ignora mi comentario y se sienta.

—¿Es por lo de la ONG? Te aseguro que la investigué a fondo. Marina Coffi es legal y ninguno de los empleados es un asesino a sueldo o un narcotraficante. Nunca han tratado con clientes peligrosos, se dedican básicamente a derecho medioambiental y a ayudar a los refugiados, cosas por el estilo.

—No, no es por eso. Bueno, no del todo —reconozco, porque sé que si no le doy algo, Patricia jamás saldrá de mi despacho.

—Amelia tiene razón, no podéis trabajar y vivir juntos.

«Por supuesto que podríamos».

Me concentro de nuevo en los papeles. No encuentro nada que me ayude a entender qué importancia podía tener esa maldita finca para Jeffrey Bond o para mi padre. ¿Por qué se esmeró tanto mi tío en ocultar que le pertenecía?

—Tienes que volver a ser el de antes, Bond. —Enarco una ceja y Patricia continúa—. Antes imponías respeto, incluso miedo, pero todo el mundo sabía que no eras peligroso, en cambio ahora...

—¿Qué?

—Ahora empiezo a dudarlo.

—Mira esto. —Giro los papeles hacia Patricia, ignorando su último comentario. No puedo decirle que hacen bien en temerme—. ¿Qué ves?

Ella los coge y los lee por encima.

—Un mal negocio. A juzgar por lo que veo, en esta finca sólo hay una casa medio en ruinas, que no sirve para nada y que no puede derribarse. —Vuelve a leer—. Y por la que pagaron un precio exorbitante.

—Exacto. ¿Por qué lo harían?

—¿A quién pertenece? ¿Es de uno de nuestros clientes?

—Pertenece a mi tío, el difunto Jeffrey Bond, así que ahora me pertenece a mí, supongo.

—¿Y tú no sabes qué es?

—No, no tengo ni idea.

Patricia deja los papeles encima de la mesa y se levanta. Luego apoya las manos en el escritorio y me mira.

—Déjalo, Daniel. Sea lo que sea, esta finca no te importa. Tal vez tu tío iba allí a observar pájaros, o quizá la compró porque tenía un valor sentimental para él, o sencillamente fue una mala inversión. Véndela y dona el dinero, olvídate de ella y de Jeffrey para siempre. Él ya no está. Si no fuera porque yo nunca me creí ese papel tuyo de hombre inaccesible y carente de emociones, diría que no tienes ganas de ser feliz.

Se da media vuelta y se dirige hacia la puerta, pero antes de marcharse, añade:

—Hazme caso, Bond, y esta noche saluda a mi amiga Rachel de mi parte.

Patricia ha dicho algo que me inquieta; «quizá la compró porque tenía un valor sentimental para él». Jeffrey Bond no tenía sentimientos, era un hombre cruel y detestable que sólo sentía placer haciendo daño a los demás, arrancándoles el alma, destrozándolos para siempre. Cierro el puño alrededor de los papeles sin darme cuenta. Pero si alguna vez llegó a sentir algo por alguien fue por mi padre.

Descuelgo el teléfono y marco el número de una persona con la que llevo años sin hablar. Una mujer a la que llevo años odiando porque no vino a salvarme; aunque debo decir en su favor que no sabía que yo estaba con un monstruo.

El teléfono apenas suena, es como si el destino no quisiera darme la oportunidad de arrepentirme.

—¿Diga?

—Hola, Natalia.

Silencio.

—Daniel...

—Necesito saber si te suena de algo el nombre de *Eden Fall*.

—Dios mío.

Se ha quedado sin aliento. Me la imagino llevándose una mano a los labios, temblando junto al teléfono. Yo también he sentido un escalofrío al ver que reconocía el nombre. Si Natalia ha oído a hablar de *Eden Fall*, entonces es más que probable que el lugar tenga que ver con Jeffrey y con mi padre, y que éste siga vivo.

Sujeto el teléfono con más fuerza.

—¿Natalia?

—¿Dónde has oído ese nombre? —me pregunta tras carraspear.

—¿Qué significa?

—Olvidate de él, Daniel. Olvidalo.

—No.

—Ese lugar nos destrozó la vida. Tienes que olvidarlo, Daniel. Por favor.

—He dicho que no. Dime qué significa.

—No puedo.

—Dímelo, abuela.

—Debes de estar muy interesado en saberlo si has sido capaz de llamarme «abuela», Daniel — me recrimina.

—¿Vas a decírmelo o vas a fingir que no sabes de qué se trata? Al fin y al cabo, eres una experta en negarte a ver la realidad.

—Lo siento, Daniel. —El dolor impregna sus palabras—. Lo siento.

—No tendría que haber llamado —mascullo, pero sin dejar de apretar el auricular junto a mi oído.

—No, no cuelgues. Te contaré qué es *Eden Fall*, pero no por teléfono. Ven a verme.

—Iré. Te llamaré para avisarte —añado y cuelgo el aparato antes de oír su siguiente frase.

Me levanto y, tras ponerme la chaqueta, abandono el despacho y me dirijo al ascensor. No tarda en llegar y, una vez dentro, presiono el botón de la planta veintiséis, donde está la piscina privada del edificio. Quizá nadar me tranquilice lo suficiente como para poder conocer a los padres de Amelia.

No tendría que haber llamado a Natalia, o mejor dicho, no tendría que haberla llamado ahora. Ella sabe qué es *Eden Fall* y se ha negado a revelármelo por teléfono. Tal vez sólo sea una excusa para verme, pienso, mientras mis brazos entran y salen del agua furiosamente.

Quizá sólo lo utiliza para verme.

No, había algo en su voz que no era falso, un horror genuino. Conozco ese sentimiento demasiado bien como para no reconocerlo.

Las luces que iluminan la piscina cambian de tono y saco la cabeza del agua. El sistema de iluminación se adapta a la oscuridad del exterior, lo que me indica que es tarde. Salgo del agua soltando una maldición y me visto casi sin secarme. Llamo a Peter, el conserje del edificio, mientras termino de abrocharme la camisa:

—Llámeme un taxi. Bajo en seguida.

—Por supuesto, señor Bond.

Miro el móvil antes de guardármelo en el bolsillo de la chaqueta y veo que tengo una llamada de Amelia.

Mierda.

Bajo en el ascensor preguntándome si Patricia estará en lo cierto. Tengo la felicidad al alcance de la mano.

Podría fingir que no acudí a esa reunión con el inspector Erkel, que no he leído ese maldito expediente, que no sospecho que mi padre está vivo y que a lo largo de estos años ha jugado un macabro papel en mi vida.

Maldita sea. Jamás lograré desprenderme de mi pasado.

—Buenas noches, señor Bond, el taxi lo está esperando —me dice el conserje.

—Gracias, Peter.

Es un buen hombre, me felicitó por mi compromiso con Amelia y siempre me ha parecido sincero.

Entro en el taxi y saco el móvil para devolverle la llamada a Amelia.

—No te disculpes, Daniel, dime que estás bien y de camino a casa.

—Estoy bien —le aseguro en cuanto comprendo que la he asustado—. Llego en cinco minutos.

—De acuerdo.

Me cuelga y, tras guardarme el teléfono en el bolsillo, me paso las manos por el pelo, todavía mojado del agua de la piscina.

No tendría que haber llamado a Natalia. Ahora tengo que pensar en Amelia, en lo importantes que son sus padres para ella, en lo importante que es para mí hacerla feliz. Lo cierto es que no me importa lo más mínimo la opinión de nadie. Sólo la de Amelia. Sus padres podrían mandarme al infierno, prohibirle a su hija que siguiera a mi lado, y a mí lo único que me importaría sería ella.

«Ella no te elegiría a ti».

La horrible frase acude a mi mente y aunque intento echarla se niega a desaparecer del todo. No, es mentira, Amelia sí me elegiría a mí. Miro la cinta que me rodea la muñeca y al verla el corazón me late de un modo distinto, más seguro.

Por suerte no encontramos tráfico y el taxi no tarda en dejarme en casa. En cuanto abro la puerta del apartamento, la veo de pie frente a la ventana y me quedo sin aliento.

Está preciosa.

—Hola.

Se vuelve de repente y se acerca a mí. Me pasa los dedos por el pelo y apoya la frente en mi torso.

—Me había asustado, Daniel —susurra.

Noto que tiembla y cuando oigo caer la bolsa al suelo, me doy cuenta de que la estoy abrazando.

—Lo siento.

—Tú nunca llegas tarde y cuando he llamado y no me has contestado... —Apoya la mejilla en mi pecho y suelta el aliento—. Supongo que tendría que estar enfadada, al fin y al cabo, el primer día que te retrasas es el día en que vas a conocer a mis padres y durante un segundo me he puesto furiosa, pero después me he acordado de lo que sentí hace meses, cuando rompimos, o cuando me llamaron aquella madrugada para decirme que habías tenido un accidente y estabas en coma, y me he dado cuenta de que lo único que quería era verte y saber que estabas bien.

—Estoy bien —contesto, al tiempo que la abrazo con fuerza—. Y no quería llegar tarde.

—Vamos, mis padres nos están esperando en el restaurante. Voy a llamarlos para decirles que ya has llegado y que iremos en seguida.

La suelto despacio y me dirijo hacia el dormitorio para ducharme y cambiarme de traje. Amelia va muy elegante, con un vestido negro escotado por la espalda.

Así, casi sin adornos, está preciosa. La única joya que lleva es el anillo que le regalé cuando le pedí que se casara conmigo y los pendientes que le compré el primer fin de semana que pasamos juntos.

Que haya elegido únicamente esas joyas no debería afectarme tanto y sin embargo me resulta casi imposible respirar de lo ardiente que es el deseo que siento inesperadamente y que sé que sólo podré saciar de una manera.

—Amelia. —Me cuesta pronunciar su nombre.

Estoy de pie frente al espejo del baño, un espejo que va desde los grifos hasta el techo y que mide dos metros de ancho. Veo mi rostro reflejado en él a la perfección, la cicatriz, las pupilas negras, la sombra de la barba que empieza a aparecer..., sin embargo casi no me reconozco.

—¿Sí?

Amelia entra en el cuarto de baño y, muy propio de ella, hace algo inesperado: se coloca frente a mí, entre mi cuerpo y el mármol, interponiéndose entre yo y mi reflejo.

Todavía puedo ver mi rostro, pues soy mucho más alto que ella, pero lleva tacones y me lo oculta en parte. Sin embargo, aunque no me tapase ni un centímetro ya no podría mirarme. Si ella está tan cerca, por qué voy a mirar otra cosa.

Apoyo las manos en el mármol, a ambos lados de Amelia, encerrándola entre ellos. Doy un paso hacia delante y la mitad inferior de mi cuerpo se pega al suyo.

El amor que veo en sus ojos es lo más hermoso que he contemplado nunca. Es extraño que me resulte tan fácil reconocerlo, cuando nunca antes me había mirado nadie así. Me asusta lo rápido que me pierdo en ellos y la reacción que provocan en mí. Carraspeo e intento recordar por qué le he pedido que viniera.

Y entonces Amelia desliza un dedo por la cinta que llevo alrededor de la muñeca.

Tengo que cerrar los ojos un segundo y soltar el aliento despacio entre los dientes. Respiro hondo, su perfume entra por mis fosas nasales y me impregna por dentro. Abro los ojos y agarro el mármol con fuerza. La piel de la muñeca que Amelia me está acariciando me quema y el fuego se extiende sin pausa por mis venas. No podré contenerme, es demasiado salvaje e incontrolable.

—Necesito... —Trago saliva y me humedezco los labios, porque ahora pasa el

dorso de la mano por mi brazo—... Cuando volvamos de cenar, necesito que me poseas.

—Daniel... —Dice mi nombre y está a punto de llevarme al límite.

—Y necesito que ahora me ayudes a controlarme. —Aprieto las caderas contra su cuerpo y ella gime levemente al notar mi erección—. Yo solo no puedo.

—Podría...

—No. —Apoyo la frente en la suya—. No quiero que hagas nada. No quiero hacer nada. —Su respiración me acaricia la cara, tiene las manos encima de las mías—. Lo necesito, Amelia. Por favor.

Cómo explicarle que el miedo a perderla me obliga a protegerla incluso contra mí mismo, o que esta semana sin ella en el bufete ha sido una tortura, o que conocer a sus padres me aterroriza, porque sé que si intentan arrebátarmela pelearé sucio. Y cómo decirle que al verla con este vestido frente a la ventana, llevando sólo las joyas que la proclaman como mía ante los ojos del mundo he sentido el impulso de ponerme de rodillas y decirle que me entregaba a ella para siempre. Que necesitaba que me poseyera, meterme en su interior.

El deseo es sólo el principio de lo que siento por Amelia, pero es tan abrumador que me nubla la mente y me impide pensar.

Saber que le pertenezco, que me pertenece, y que aun así podemos perdernos el uno al otro me vuelve loco y lo único que me tranquiliza es sentirla con mi piel.

Tocarla, reaccionar a sus caricias, a sus besos y a sus sensuales órdenes de placer.

Levanta una mano de encima de las mías y la lleva a mi cuello, que acaricia despacio, deteniéndose en el primer botón de la camisa que llevo abrochado. Levanta también la otra mano y, en silencio, empieza a desabrocharme los botones uno a uno. Se me eriza la piel al notar el roce de sus dedos, y la opresión que siento en el pecho de un modo casi permanente se aligera un poco.

Amelia sabe qué necesito, cómo tocarme, qué decirme. Los miedos y la rabia retroceden y sólo queda espacio para la mujer que tengo delante y que llena mis sentidos.

Nuestras frentes siguen rozándose, la mía cubierta por una fina capa de sudor.

Amelia me saca la camisa de los pantalones y después levanta los brazos para deslizar la prenda por mi espalda.

—Suelta el mármol y respira despacio. Yo cuidaré de ti, Daniel.

Dejo caer las manos a los costados y alejo mi rostro del de ella para erguirme despacio. Mantengo la cabeza gacha, apenas puedo mantenerla derecha de lo arrollador que es mi anhelo por rendirme a Amelia.

Ella deja la camisa en el suelo y apoya ambas manos en mi torso un segundo.

—Tranquilo.

Luego las baja despacio, pero entonces se detiene y me coloca un dedo bajo el mentón para que levante la cara.

Me obliga a mirarla.

—Eres mío, Daniel. —Trago saliva y asiento con la cabeza—. Nada de lo que digan mis padres puede cambiar eso.

Me suelta el mentón, yo sigo su gesto y vuelvo a apoyar la barbilla en mi torso. Amelia me quita el cinturón y me desabrocha los pantalones. Ambas prendas caen también al suelo y el ruido de la hebilla al golpear el mármol ahoga un gemido silencioso que escapaba de mis labios.

Amelia me acaricia el pene por encima de los calzoncillos y yo cierro los puños para contenerme.

—Pase lo que pase esta noche, eres mío. —Aprieta mi erección—. Y yo soy tuya.

El sudor me cubre ahora el torso y no encuentro la voz.

Amelia me sujeta los calzoncillos con ambas manos y me los desliza hacia abajo. El vestido negro se arremolina a su alrededor, su melena me acaricia las piernas desnudas.

—Levanta los pies, voy a quitarte los zapatos.

Aparta los pantalones, los calzoncillos y los calcetines, que también me ha quitado, y se pone en pie.

Como si no supiera que estoy al límite, me besa la cicatriz de la rodilla.

Estoy desnudo ante ella, vulnerable, completamente en su poder. Pero cuando vuelve a levantarme el rostro y a buscar mi mirada, veo en la suya un amor tan absoluto que me siento como el hombre más poderoso y fuerte del mundo.

Se pone de puntillas y, con la lengua, me separa los labios. Me besa un segundo y luego vuelve a apartarse.

Baja una mano hacia mi erección, que acaricia unos segundos con suavidad antes de rodearla con los dedos de esa manera que me vuelve loco.

—No vas a correrte, Daniel. No puedes.

Mueve la mano y me tiemblan las piernas y el torso del esfuerzo que estoy haciendo para mantenerme inmóvil.

—Esta semana ha sido muy difícil para mí —me susurra al oído—, te echo de menos cada segundo, pero sé que lo de la ONG es lo mejor para nosotros. —Su mano sube y baja por mi miembro. Una gota escapa del prepucio humedeciéndome la piel y aumentando mi tormento—. Y no puedo decírtelo, porque, si no, sé que intentarás convencerme de que cambie de opinión.

—Amelia...

—No, y no sólo eso. Estas últimas noches has intentado mantener las distancias. No creas que no puedo notarlos. —Se detiene y mi erección se estremece—. Pero ahora éste eres tú, Daniel. Esta noche, cuando has llegado, se me ha parado el corazón al ver que volvías a ser tú. —Me besa la clavícula—. Sin barreras ni artificios.

Me muerde.

—Dios, Amelia.

Aprieta mi miembro una última vez y luego afloja los dedos. No los aparta, sino que me desliza las uñas por la piel.

—No vas a correrte, no vas a tocarte. Vas a pasarte el resto de la noche pensando en mí y en cómo te me entregarás esta noche. Ahora ve a ducharte y a vestirte, después iremos a cenar y luego volveremos aquí juntos. Siempre volveremos aquí juntos.

Sigue tocándome hasta que sus dedos se alejan despacio de mi sexo.

—Mírame, Daniel.

Levanto la cabeza, encuentro sus ojos y respiro despacio.

—No vas a correrte, no puedes tocarte. Sólo piensa en mí.

—No voy a correrme, no puedo tocarme. Sólo pienso en ti.

La voz de Amelia sigue acariciándome bajo el agua fría de la ducha. Mi corazón late con calma a pesar del deseo que avanza a paso firme por mis venas, porque ahora sé que cuando termine la noche podré estar con ella como necesito de verdad.

La oigo moverse por nuestro dormitorio y cuando salgo de la ducha con una toalla alrededor de la cintura, la encuentro esperándome nerviosa junto a la puerta.

—Te he elegido la ropa —susurra sonrojándose—, espero que no te importe.

Su dulzura me abrume. Apenas le tiembla la voz cuando me ordena que contenga el placer y sin embargo se siente insegura si me elige el traje.

—Es perfecto. —Igual que ella—. Gracias.

Le doy un beso en los labios y empiezo a vestirme.

Amelia parece aturdida por el beso, o tal vez sea porque nuestros cuerpos se llaman a gritos, y finalmente, opta por salir del dormitorio.

—Pediré un taxi —farfulla de camino a la puerta.

Me visto con rapidez, me paso la corbata por debajo del cuello de la camisa, me pongo la chaqueta negra y salgo a su encuentro.

En el ascensor, ella entrelaza los dedos con los míos y me los aprieta levemente. No decimos nada y sencillamente todo es perfecto.

Oliver y Rachel Clark nos están esperando en el restaurante *Marigold*. Lo ha elegido Amelia porque le gusta el ambiente elegante y al mismo tiempo relajado que se respira en él y porque está lejos de los circuitos de moda. El taxi nos deja a pocos metros y nos acercamos caminando. La noche está fría y sin embargo a mí sigue ardiéndome la piel, pero sentir los dedos de ella entre los míos me proporciona la calma que necesito.

—Sé que has llegado tarde porque te ha sucedido algo que te tiene preocupado.

Lo dice mirando al frente, pero noto que tiembla un poco.

—Amelia...

—Sé que no quieres contármelo, pero necesito saber si estás bien. —Se detiene y me obliga a hacer lo mismo—. Si estamos bien.

—Por supuesto que estamos bien.

—Hemos pasado por muchas cosas, Daniel. Los dos. Estoy dispuesta a todo, lo único que te pido es que me mires a los ojos y me digas que estás conmigo.

—Estoy contigo. —Con la mano que tengo libre le acaricio la mejilla—. Nunca pensé que pudiera amar así, Amelia. —Sé que me cuesta decirle «te amo» y que ella quiere oírlo, pero es como si esas palabras no pudieran salir de mi boca—. Estoy contigo, no podría soportar no estarlo.

Me mira a los ojos, los de ella me deslumbran y el deseo extiende de nuevo su llama por mi piel. Ahora mismo podría pedirme lo que fuera y yo llegaría a cualquier extremo para dárselo. Se pone de puntillas y me preparo para un beso... que no llega a darme, porque en vez de eso me muerde el labio inferior y después desliza la lengua por la zona herida.

Cierro los ojos un segundo, sólo uno. Cuando los abro me está sonriendo como si no acabara de estar a punto de hacerme eyacular en medio de la calle.

—Vamos, tengo muchas ganas de presentarte a mis padres.

Oliver Clark es un hombre feliz. Ésa es sin duda la primera definición de él que acude a mi mente al verlo.

Desprende tranquilidad, aunque en su postura y en su mirada también veo la valentía y la fuerza de un hombre dispuesto a proteger a su familia. Tras intercambiar unas palabras con él, experimento un extraño sentimiento que a mitad de la cena identifico como respeto.

Por su parte, Rachel es vivaz y muy atractiva. Me bastan cinco minutos para comprender por qué Patricia y ella fueron tan amigas en la infancia, y por qué han mantenido esa amistad a lo largo de tantos años.

Durante la cena, hablamos un poco de mi bufete.

Tanto Oliver como Rachel me felicitan por haber logrado tanto a mi edad, pero yo le quito importancia. «¿Desde cuándo le quito importancia a eso?» Los dos se fijan siempre que Amelia me toca la mano, o cuando nos miramos, algo que con cualquier otra mujer me habría puesto furioso —«con cualquier otra mujer nunca habrías llegado a este punto»—, pero con ella me da igual.

La conversación va desde anécdotas de la infancia de Rachel y Patricia hasta los motivos por los que los Clark decidieron instalarse en Bloxham y no en Londres cuando formaron una familia.

En ningún momento preguntan por mi accidente de coche de hace unos meses, ni por qué su hija está dispuesta a casarse conmigo a pesar de que puse su vida en peligro. A los postres, cuando Amelia se disculpa para ir al baño acompañada de su madre, Oliver entrecierra los ojos y cruza los brazos sobre el pecho.

Ha llegado el momento.

—Amelia nos dijo que si no te dábamos una oportunidad, no volveríamos a verla en lo que nos queda de vida.

Le sostengo la mirada y espero, sé que no ha terminado. Él descruza los brazos y los apoya sobre la mesa antes de continuar.

—Antes de venir aquí, creía que Amelia estaba cegada por la ciudad, por haber cambiado a Tom por un hombre de mundo, por el sexo. —Bebe un poco de agua y es más que evidente lo mucho que le incomoda imaginarse a su hija en esas circunstancias—. Pero ahora que os he visto juntos, sé que es mucho peor. Amelia te ama. Y lo que le hizo ese cretino de Tom no es nada comparado con lo que puedes hacerle tú, Daniel.

—Lo sé —reconozco con valentía.

—Lo único que me tranquiliza —añade, tras beber un poco más—, es que a juzgar por cómo la miras, preferirías morir antes que hacerle daño.

—Así es.

—Bueno, pues procura mantenerte con vida y cuidar de ella, ¿entendido?

—Entendido.

—Oh, Daniel, espero que Oliver no te haya aburrido con una de sus historias — nos interrumpe alegremente Rachel, que se inclina para besar a su esposo en la mejilla.

—No, por supuesto que no, Rachel. Hemos mantenido una conversación muy interesante.

—¿Ah, sí? —pregunta Amelia, mirándonos alternativamente a su padre y a mí.

—Sí, muy interesante. —Le sonrío.

La llegada de un camarero con los cafés nos devuelve a la normalidad y terminamos la cena hablando de Robert, el hermano de Amelia, y de lo preciosa que es su hija.

Oliver se despide dándome un apretón de manos y una sincera palmada en la espalda. El gesto me resulta extraño, pero creo que podría acostumbrarme. «Quiero acostumbrarme». Y Rachel me da un beso en la mejilla y un abrazo y promete contarme algún secreto sobre Patricia la próxima vez que nos veamos.

Observo a Amelia mientras se despide de sus padres.

Toda esa escena habla de «próximas veces» y de lazos familiares y a mí me cuesta respirar. Sé que si salgo corriendo recuperaré el aliento... «Pero la perderás a ella».

Me quedo, pero me doy media vuelta. No puedo seguir mirando cómo Amelia le sonrío a su madre o cómo abraza a su padre. Los envidio y al mismo tiempo me pone furioso no formar parte de ese grupo tan exclusivo de gente que sabe lo que es la felicidad y sabe convivir con ella. Yo sólo comprendo el dolor y la fuerza que se necesita para superarlo y vivir con él.

Oigo cómo un coche se detiene, las puertas se abren y vuelven a cerrarse y luego vuelve a ponerse en marcha.

Una mano me acaricia primero el hombro y después sube despacio por mi cuello hasta deslizar los dedos por mi pelo.

—Llévame a casa, Daniel —susurra Amelia en mi oído.

Asiento y me dispongo a hacer exactamente eso. Mi mente se vacía de dudas y de miedos y se entrega por completo a ella. Si confío en Amelia, si me pongo en sus

manos, todo saldrá bien.

Le doy la dirección al taxista y durante el trayecto, que hacemos en silencio, ella me acaricia la muñeca en la que llevo la cinta de cuero.

Y pronto es más de lo que puedo soportar. Aprieto los dientes y Amelia se acerca a mí y me besa la mandíbula.

—Tranquilo, ya hemos llegado.

En el ascensor, se coloca a mi lado dándome la mano y sólo me la suelta cuando los dos nos detenemos frente a la puerta del apartamento. En cuanto abro, Amelia camina delante de mí y deja el bolso encima de la mesa del comedor sin detenerse.

Yo la sigo hipnotizado.

Su abrigo cae al suelo y lo esquivo con cuidado. Ella no dice nada, su respiración y la mía entrecortada es lo único que oigo hasta que se superpone el sonido de una cremallera abriéndose. El vestido de Amelia se desliza por su cuerpo sin que deje de caminar y termina hecho un ovillo junto a la pared del pasillo.

Llega a nuestro dormitorio en ropa interior, un sujetador de encaje negro del que sólo veo la parte de atrás, braguitas a juego y medias que envidio, porque están pegadas a sus muslos. Enciende una lámpara que hay encima de la cómoda, pero no la del techo, y se desabrocha el sujetador con ambas manos. El anillo que le regalé cuando le pedí que se casara conmigo destella bajo la leve luz que ilumina el dormitorio. Se quita el sujetador y también lo deja caer.

No puedo moverme, mis pies se han detenido en el umbral de la puerta. Estoy hipnotizado mirándola, me tiemblan las manos y el deseo me atraganta. Amelia me ha dominado sin decir nada, soy su esclavo y lo único que puedo hacer es esperar a que me diga qué tengo que hacer...

Por fin se da media vuelta y me mira. Tiene los ojos entreabiertos y una sonrisa en los labios. Espera unos segundos y cuando ve que tengo que tragar saliva para seguir respirando, su sonrisa se ensancha levemente y pone los brazos en jarras.

Me excito más al ver que mi reacción le ha gustado.

Las braguitas caen sobre la alfombra que hay en los pies de la cama y Amelia se sienta en ésta llevando sólo las medias. Sigue sin decirme nada, sólo me mira. Unas

gotas de sudor me resbalan por la espalda y por la frente y estoy tan excitado que tengo miedo de correrme sólo mirándola. Podría, sé perfectamente que podría.

Amelia se desliza por encima del colchón hasta quedar sentada en el centro. Levanta una pierna y se quita la media muy lentamente. Cada centímetro de piel que aparece me atrae con una fuerza brutal y mis manos, mi lengua, mis labios se mueren por tocarla. La media de seda negra queda encima de la sábana blanca, ofreciendo un gran contraste, pero yo apenas la veo, porque Amelia dobla la otra rodilla y se quita la otra media frente a mis ojos.

Completamente desnuda en medio de nuestra cama, se echa despacio hacia atrás, apoyándose en los antebrazos, con las piernas levantadas y las rodillas dobladas. Se pasa la mano derecha por la piel y yo noto la caricia en mi cuerpo como si fuera mi mano la que la está tocando. Desliza los dedos entre sus pechos y su piel se va erizando a su paso.

Los detiene un segundo en su ombligo y me mira.

—¿Es esto lo que quieres, Daniel, mantenerte alejado de mí?

No puedo hablar. Gritaría, pero mi garganta está cerrada por el placer y el deseo.

Amelia lleva la mano más abajo y ahora la detiene encima de su entrepierna.

—¿Crees que puedes alejarte de mí, distanciarte lo bastante como para dejar de sentir?

Se acaricia despacio sin penetrarse, suspirando levemente y haciendo que me hierva la sangre.

—¿Es esto lo que quieres, volver a tener el control, ver mi placer sin formar parte de mí?

—No. Maldita sea, no.

He dado un paso hacia delante con los puños cerrados del esfuerzo que estoy haciendo para controlarme.

—Pues haz algo, Daniel. —Me mira a los ojos. Un gemido escapa de sus labios y separa un poco más las piernas—. Haz algo ahora, Daniel. Deja de contenerte, de intentar dominar tus reacciones, enséñame qué quieres de mí de verdad o te ordenaré

que te corras y...

—¡No!

Me acerco a la cama en dos zancadas, mientras me desabrocho el cinturón y el pantalón con movimientos bruscos. Sin siquiera desnudarme, sin perder ni un segundo, me sujeto el pene, que me duele de deseo, y entro en Amelia con tanta fuerza que ella cae sobre la cama.

—¡No! —repito entre dientes—. ¡No!

Muevo las caderas y apoyo las manos a ambos lados de ella para sostener mi peso y no aplastarla. Amelia levanta una mano y me acaricia la mejilla, mientras un gemido de placer escapa de sus labios junto con mi nombre.

Me aparta un mechón de pelo que se me ha pegado a la frente con el sudor y vuelve a acariciarme la cara con ternura. Yo giro el cuello desesperado y le lamo la parte interior de la muñeca. Mis caderas mantienen un ritmo frenético, mi miembro entra y sale del cuerpo de Amelia desesperado por perderse dentro de ella para siempre.

Estoy completamente vestido y Amelia completamente desnuda, pero sé que el más vulnerable de los dos soy yo. Estoy empapado de sudor. La corbata negra se balancea entre nuestros cuerpos y cuando toca el de Amelia veo que le eriza la piel.

—Sólo yo, Amelia —gimo furioso y más excitado de lo que hubiese creído posible—. Nada y nadie más, sólo yo.

—Daniel —me sujeta la cara con ambas manos para obligarme a mirarla—, siempre has sido sólo tú.

—Nadie más puede estar dentro de ti. Nadie.

Intenta incorporarse para darme un beso, pero sé que no puedo permitirselo, porque significaría el fin de esa entrega y yo necesito más. No puedo correrme todavía.

Muevo las caderas y con la fuerza de mi impulso la mantengo contra el colchón.

—Eres mía.

No reconozco esa voz herida, pero sé que es la mía, que eso es exactamente lo que siento.

—Tuya —gime Amelia.

Dios, voy a eyacular y no estoy listo.

«No quiero que esto acabe nunca».

—Necesito... —No puedo dejar de mover las caderas, el sudor me empapa el cuerpo y me tiemblan los brazos—. Necesito...

Amelia desliza las manos hasta mi nuca; deja una allí y la otra se desliza hacia delante y me tira de la corbata.

Me aprieta el cuello, recordándome que puede hacer conmigo lo que quiera, que soy suyo.

—Gracias —susurro y me muevo más despacio.

Entonces Amelia levanta un poco las caderas y vuelvo a enloquecer de deseo.

—¡No, todavía no!

Vuelve a tirar de mi corbata con fuerza. Mis brazos tiemblan demasiado y tengo que doblarlos. Clavo los codos en la cama y me apoyo en ellos. Ahora mi camisa está pegada a la piel desnuda de Amelia y ella mantiene sujeta la corbata para tirar de mí. Mi frente descansa en su hombro, con la nariz rozo un mechón de su pelo y su perfume se cuela dentro de mí. Cierro los ojos, apretándolos con fuerza.

Amelia me tira de la corbata y me susurra al oído:

—Eres mío, Daniel.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo y el orgasmo clava sus garras en mí. El sexo de Amelia se estremece y sus paredes se aprietan a mi alrededor. Me muerdo la parte interior de la mejilla para intentar retenerlo unos segundos más y milagrosamente lo consigo.

«Te amo» son las siguientes palabras que se deslizan en mi mente.

Mi cuerpo pierde todas las batallas y empiezo a eyacular sin control. Me sujeto de los hombros de Amelia como si me estuviese ahogando y ella fuese mi tabla de salvación. Lo es. Levanta las piernas y me rodea la cintura. Me aprieta y noto su

orgasmo deslizándose por mi piel.

—Daniel.

Le muerdo la clavícula para no decirle que la amo.

No puedo, ahora no. Ella me acaricia el pelo y me besa la mejilla, el cuello, cualquier parte de mí que queda a su alcance. El orgasmo sigue y sigue, me estremezco y me duele el pene de lo intensamente que estoy eyaculando...

Estoy buscando el modo de quedarme dentro de ella para siempre.

Al menos una parte de mí.

Amelia no deja de besarme, de acariciarme, de decirme que me ama y que le pertenezco. Yo tiemblo y cierro los ojos mientras el placer más intenso que he sentido nunca sigue recorriéndome el cuerpo.

No sé cuánto rato me paso dentro de ella, no el suficiente, pero cuando mis brazos ya no pueden seguir sujetándome, me aparto con cuidado y me tumbo en la cama. Amelia se pone de costado y me retira el pelo de la frente con ternura, después me da un beso en los labios y susurra:

—Te he echado de menos, Daniel.

Sé a qué se refiere y sin embargo no digo nada, sólo asiento y levanto una mano temblorosa para enredarla en su pelo y acercarla a mí. La beso y siento la intensidad y la dulzura propias de un primer beso. Su aliento entra en mi boca y se mezcla con el mío, me tiembla el labio y ella me lo muerde levemente.

Nos separamos, porque ambos sabemos que necesitamos un descanso. Cierro los ojos un segundo en un intento de calmar mi respiración y mi corazón.

Amelia me afloja el nudo de la corbata y tira de ella para quitármela. Después me desabrocha la camisa. Noto que cambia de postura y deduzco que se ha sentado en la cama cuando me quita los zapatos y los calcetines. Tira de los pantalones y de los calzoncillos y me ayuda a sentarme para quitarme también la chaqueta y la camisa.

Yo no puedo decir ni hacer nada, estoy exhausto, porque de repente he comprendido que de verdad soy capaz de amar y de entregarme por completo a otra persona.

Nos pasamos el sábado en la cama; sólo salimos de ella para comer y para ducharnos. Amelia sabe cuándo necesito que me provoque y cuándo que me domine, y también cuándo necesito dormir abrazado a ella y soy incapaz de pedirselo.

El domingo, mientras desayunamos juntos, siento algo extraño, una paz desconocida y frágil. Sé que es un tesoro y que debo conservarla. De hecho, tengo tanto miedo de dañarla que ni siquiera le hablo de esa sensación a Amelia. Aunque, a juzgar por cómo me mira en este preciso instante y por el beso que me da en los labios, creo que no hace falta.

Nos vestimos y salimos a pasear. El sentimiento de descubrimiento se extiende también a Londres y me parece estar viendo la ciudad por primera vez, con Amelia cogida de mi mano y besándome siempre que le apetece.

—Creo que Marina y Raff han discutido.

Estamos comiendo en un restaurante que hemos descubierto de camino al parque. Rafferty es el único hombre al que me atrevería a llamar amigo. Lo conocí cuando estudiábamos en la universidad y está al corriente de una parte bastante oscura de mi pasado. Por eso, cuando vine a Londres y empecé de cero lo borré de mi vida, pero el muy cretino insiste siempre en reaparecer, así que he decidido dejar de intentarlo. Y, además, no es mal tipo. Hace meses, bailó con Amelia en un baile de disfraces y no la besó, y después la acompañó a una boda a la que yo me negué a ir.

Sí, supongo que Raff no es mal tipo.

—Tal vez no sea nada serio —contesto.

—Nunca había visto llorar a Marina de esa manera.

—¿Él le ha hecho daño?

Mi instinto protector me hace cerrar los puños. Si mi amigo le ha hecho daño a la mejor amiga de Amelia, se las verá conmigo.

—No, no de ese modo. —Amelia coloca una mano encima de una de las mías y

me la acaricia, borrando así la amenaza—. Creo que es mucho más complicado.

—Lo cierto es que, aunque tiene reputación de seductor, a Rafferty nunca se lo ha visto con la misma mujer demasiado tiempo. Me temo que desde que aquella desgraciada quiso engañarlo en la universidad no confía en nadie. O tal vez yo esté equivocado y sencillamente Marina y él no encajen.

—Tal vez. Sea como sea, Marina ha conocido a un hombre muy atractivo esta semana.

—¿Muy atractivo? —Estoy tan celoso que ni siquiera lo puedo disimular.

—Sí, vino a la ONG para contratarnos.

—¿Ah, sí, cómo se llama?

—Ah, no, señor Daniel Bond, no vas a investigarlo, ¿entendido?

Ha adivinado mis intenciones.

—Sólo me preocupo por ti, ¿cómo se llama?

—James.

—¿Qué más?

—James Cavill, pero te aseguro que a mí ni me vio, de lo concentrado que estaba en Marina.

—Me alegro.

—Y aunque me hubiera visto, yo no le habría hecho caso. Estoy completamente enamorada de ti, señor Bond.

Se incorpora un momento y me da un beso, pero antes de apartarse del todo, decide torturarme.

—Todavía te noto dentro de mí —susurra.

—Dios, Amelia, no puedes decirme esto aquí.

Ya me había excitado al sentir su aliento cerca de mi cara y ahora sus palabras han evocado imágenes de lo que hemos hecho esta mañana.

—Claro que puedo. Y también puedo decirte que ahora mismo me gustaría desnudarte y atarte a la cama.

Trago saliva despacio y suelto el aliento flexionando los dedos.

—Amelia... —No sé si me estoy quejando o suplicando.

—¿Quieres que te ate?

—No —contesto, mirándola a los ojos; los dos podemos jugar a este juego—. Lo necesito.

Ahora es ella la que tiene que tragar saliva y yo quien sonrío.

—¿En este mismo momento?

Está sonrojada.

—Siempre. —Levanto una mano y acaricio la de Amelia. Estos gestos me resultan difíciles, sin embargo, cada vez me sorprendo más a menudo haciéndolos, deseándolos—. Pero puedo esperar, con la condición de que me distraigas y no vuelvas a decirme que quieres atarme.

Aparto la mano despacio y bebo un poco de vino.

—Pero ¿puedo pensar en ello, señor Bond?

Me imita y también levanta su copa. Me sonrío por encima del borde, lleva la mano que tiene libre hasta mi muñeca, que tengo encima de la mesa, y me pasa el dedo índice por el pulgar.

Y entonces me sucede algo completamente inesperado, no hablo de deseo —que lo siento—, ni de pasión —que nunca dejo de sentir por Amelia—, sino que me río.

Una carcajada sincera y repentina sale de mis labios.

—Por supuesto, señorita Clark. Te aseguro que yo estaré pensando exactamente lo mismo.

Esa comida es mi primer instante de felicidad. Sé que dentro de muchos años lo recordaré como uno de los momentos más dichosos de mi vida.

Al terminar el almuerzo seguimos paseando, a pesar de las ganas que tenemos los dos de volver a casa y hacer realidad lo que hemos estado tejiendo con nuestras miradas. Pero queremos alargar la espera, torturarnos con roces de manos y besos a medio dar.

Cuando por fin no podemos más, Amelia me coge de la mano y emprende el camino de vuelta a nuestro apartamento. En el ascensor, en cuanto las puertas de acero se cierran, ella se vuelve y me sujeta de las solapas del abrigo negro para tirar de mí y besarme apasionadamente. Yo la agarro de las muñecas, porque estoy tan excitado que si me concedo la menor licencia, le suplicaré que me deje entrar en su interior ahí mismo.

Cuando el ascensor se detiene, estoy tan al límite que hasta me cuesta dar los pasos que me separan de mi destino; algo absurdo, porque lo único que quiero es entrar en casa y perderme en Amelia. Mis pies reaccionan al ver que ella se mueve delante de mí y optan por seguirla. Tampoco tienen elección.

Amelia abre la puerta y tira de mí para volver a besarme. Mis manos buscan frenéticas su cuerpo hasta que ella me ordena pegada a mis labios:

—No, siéntate.

Señala las sillas que rodean la mesa del comedor y yo arqueo una ceja.

—Ahora, Daniel. Siéntate.

Separo una silla, la primera. Me tiembla el pulso a pesar de que mis dedos la sujetan con firmeza al hacerla girar para quedar mirando a Amelia. Me siento y espero mientras ella se quita los zapatos y los deja con cuidado en el suelo. Después, se me acerca y se sienta horcajadas encima de mí.

—Amelia.

Ella no dice nada, pero coge el borde de mi jersey negro para tirar de él hacia arriba y quitármelo. Levanto los brazos. Amelia se incorpora y, cuando la prenda ha pasado ya por mi cabeza, me lleva los brazos hacia atrás para atármelos detrás de la silla con el propio jersey.

Se aparta después de acariciarme y, como hace siempre, asegurarse de que a pesar de las ataduras estoy bien. Se queda delante de mí y se inclina, deteniéndose a milímetros de mi cara.

—Llevo todo el día deseando hacer esto.

Va a besarme. Es lo que más deseo, tanto que incluso puedo sentir su sabor.

Pero ella esquiva mis labios y se pone de rodillas entre mis piernas. Me desabrocha los pantalones cuando yo todavía no he conseguido reaccionar y acaricia mi erección.

Desliza la lengua por la fina piel y yo me estremezco.

Me rodea el miembro con los labios, deja que sienta el calor de su aliento y las caricias de su lengua.

—Amelia, por favor.

No puedo contenerme, lo que ha sucedido estos dos días es demasiado, sencillamente demasiado. Mi cuerpo está al límite y mi mente ya no me pertenece.

—Por favor —sollozo, suplico, gimo. Lo sé y no me importa.

Se aparta de mí y su lengua no se separa de mi miembro hasta el último instante. Apoya las palmas en mis muslos al levantarse y me acaricia la cara. Cuando me pasa el pulgar por la comisura del labio, veo en su piel una diminuta gota de sangre. Me he mordido.

—¿Qué quieres, Daniel?

El corazón me estallará dentro del pecho. No puedo respirar. «¿Qué quiero?»

—A ti.

Me da un beso demasiado corto y vuelve a mirarme.

—¿Y crees que estás listo para quererme de verdad?

—Sí.

El sudor me cubre la espalda y tenso los músculos de los brazos.

—Entonces, ¿a qué esperas para demostrármelo?

Vuelve a arrodillarse antes de que pueda contestarle y su lengua vuelve a deslizarse por mi miembro. Es una sensación maravillosa, extremadamente sensual, profundamente erótica. Estoy atado a una silla, al borde del orgasmo, y la única mujer que ha conseguido enseñarme el significado de la palabra «entrega» está dándome el beso más íntimo y carnal posible.

Y no me basta con eso. No necesito eso. Necesito más, muchísimo más.

«¿A qué esperas para demostrármelo? ¿A qué esperas para demostrármelo?»

A tener el valor necesario.

La respuesta es tan evidente que cuando las palabras se ordenan en mi mente, mi cuerpo sabe exactamente lo que tiene que hacer. Tiro con contundencia del jersey hasta soltarme y en el preciso instante en que recupero la libertad, cojo a Amelia en brazos. Me levanto llevándola conmigo y antes de que pueda decirme nada, la beso con todas mis fuerzas, con el corazón latiéndome frenético en el pecho.

Entro en el dormitorio sin dejar de besarla y la tumbo en la cama. La desnudo con manos nerviosas e impacientes. Lo único que me tranquiliza es el beso que ella sigue dándome, su sabor impregnando mis labios, sus suspiros sonando en mis oídos, sus temblores fundiéndose con la yema de mis dedos.

Cuando llega el momento de separarme de ella, y no me queda más remedio si quiero desnudarme, la miro a los ojos. Lo que veo en ellos me da el valor para continuar.

—Voy a demostrártelo. Voy a hacerte el amor.

Y por primera vez en la vida, siento de verdad que puedo hacerlo. Deslizo mi miembro en su interior y dejo que nuestros cuerpos se muevan al ritmo que necesitan, sin órdenes, sin ataduras, sin velas o antifaces.

Amelia tiembla y enreda los dedos en mi pelo, luego, acerca mi rostro al suyo y me besa. Cuando me aparto, veo una lágrima resbalándole por la mejilla.

—¿Te he hecho daño?

—No —contesta con la voz rota—. Te amo, Daniel.

Volvemos a besarnos y cuando nuestras lenguas se tocan, mi cuerpo se rinde y el clímax me estremece.

Tiemblo, grito su nombre y la abrazo con todas mis fuerzas al sentir que también llega al orgasmo, mientras no deja de susurrarme al oído «Te amo».

El lunes por la mañana, Amelia no menciona lo catártico que ha sido para mí lo que hemos vivido por la noche. No me pregunta por qué me solté, ni si sigo necesitando entregarme a ella o que ella domine mis reacciones. No, Amelia no hace nada de eso. Se limita a besarme una y otra vez y cuando creo que estoy a punto de enloquecer de nuevo de deseo, tira de mí y me lleva a la ducha con ella.

Una vez allí, me enjabona la espalda y el torso, me interrumpe siempre que estoy a punto de decirle algo y se encarga de terminar el beso que empezó anoche. Se arrodilla en la ducha y su boca no se aparta de mi erección hasta que las piernas apenas pueden sujetarme.

Después termina de ducharse mientras yo intento recuperar el aliento y al salir de la ducha nos seca a ambos. Me siento cuidado, protegido, deseado. Amado.

—Amelia —le digo, cuando veo que va a salir del cuarto de baño.

Ella se vuelve y me sonrío.

—¿Sí, Daniel?

Lleva un albornoz blanco anudado a la cintura y el pelo mojado. Está preciosa.

—Sigo siendo el de siempre. Todavía siento esa oscuridad dentro de mí. El dolor. Las barreras. —«¿Qué estás haciendo, Daniel? Vas a alejarla de ti». Tal vez sea eso lo que intento—. Las pesadillas siguen aquí. —Me toco la sien y veo que los ojos de Amelia han perdido parte del brillo que tenían hace unos segundos—. Pero —suspiro y me paso una mano por el pelo—... quiero contártelo. Hoy no, ahora no, pero sí muy pronto. Quiero seguir demostrándotelo.

—De acuerdo. Esperaré.

—Gracias.

Suelto el aliento que no sabía que estaba conteniendo y me acerco. Inclino la cabeza y le doy un beso en los labios. Lento, suave, sin ocultarle que tengo miedo, ni nada de lo que siento por ella.

Y Amelia sabe que ésta es la mayor promesa que le he hecho nunca a nadie.

Llego al bufete decidido a seguir el consejo, o más bien la advertencia, de Patricia y no asustar a nuestros empleados. Cierto que nunca he sido un hombre afable, pero siempre había sido cuidadoso y respetuoso con los abogados que trabajan en Mercer & Bond. Mi segundo propósito es llamar al inspector Erkel y ponerle al tanto de lo que he averiguado sobre *Eden Fall* y decirle que oficialmente no quiero saber más del tema. Voy a hacerle caso a Natalia: no me acercaré a Escocia ni a los fantasmas de mi familia, ya tengo bastantes con los míos.

Tengo una prometida maravillosa, que me vuelve loco en la cama y que puede poner mi mundo al revés con sólo un beso. Una boda que preparar y una familia que formar. Y soy el copropietario del mejor bufete de abogados de todo Londres.

El pasado no me interesa, sólo me interesa el futuro.

—Han traído un sobre para usted, señor Bond.

Mi secretaria interrumpe mis pensamientos y la recibo con una sonrisa. La sorprende mi reacción, a juzgar por la ceja que levanta hasta que casi se le sale de la cabeza.

—Muchas gracias, Stephanie.

—De nada, señor Bond.

Me entrega un sobre de cartón sin sello y sin remitente, con únicamente mi nombre escrito delante. «Es extraño», pienso durante un segundo, pero llego a la conclusión de que Stephanie lo habrá sacado del envoltorio de la agencia de transportes. Paso el abrecartas y de su interior saco un fajo de fotografías.

Amelia y yo frente al restaurante *Marigold* la noche en que conocí a sus padres. En una de las fotografías, ella me besa antes de entrar y en la otra estamos hablando al salir.

Amelia y yo paseando el domingo por la mañana.

Amelia y yo comiendo en el restaurante cercano al parque, justo en el instante en que ella me sonreía por encima de la copa de vino.

Amelia y yo saliendo del taxi frente a nuestra casa.

Se me retuercen las entrañas y me vienen arcadas.

Me estremezco de rabia y de las ganas que tengo de matar al que nos ha robado esos momentos. Giro la última fotografía y detrás veo escrita una frase: *No creías que iba a ser tan fácil, ¿no?*

Me duelen los dedos del esfuerzo que estoy haciendo para no romper esas fotografías en mil pedazos. Lo haría, pero sé que, aunque es poco probable, tal vez la policía pueda encontrar huellas en ellas. Salgo furioso del despacho y me acerco a la mesa de Stephanie.

—¿Quién ha traído este sobre?

—Un mensajero. ¿Sucedo algo, señor Bond?

—¿De qué empresa?

Ella entrecierra los ojos y veo el instante exacto en que comprende que algo no encaja.

—De ninguna, sólo llevaba un chaleco reflectante.

—Mierda —mascullo, una reacción muy poco propia de mí.

Giro sobre mis talones y me dirijo de nuevo a mi despacho. Descuelgo el teléfono y me comunico con la recepción del edificio. Peter contesta diligentemente tras el primer timbrado.

—¿Ha visto salir a un chico con un chaleco reflectante? —le pregunto.

—Sí, señor Bond, hace unos diez minutos.

—¿Ha firmado en la hoja de registro?

—No, señor Bond, se decidió que los servicios de mensajería no tenían que hacerlo.

«Voy a cambiar esa maldita norma».

—Gracias, Peter.

Aunque el mensajero hubiera pertenecido a una empresa legal y hubiese firmado en la entrada, no serviría de nada. No encontraría ninguna pista del hombre que las ha enviado; un fantasma que no debería existir.

Vuelvo a mirar la frase que ha escrito detrás de la fotografía.

No creías que iba a ser tan fácil, ¿no?

¿Fácil?

Apenas sé lo que significa esa palabra. Cuando era pequeño, mis padres discutían constantemente, pese a que mi madre nos adoraba a Laura y a mí y se encargaba de protegernos de todo y de todos. Ahora me doy cuenta de esto último.

Desde mi conversación con Natalia, mis recuerdos son más vívidos que nunca y regresan a mi mente a todas horas. Yo los reviso con cuidado en busca de una pista sobre el paradero actual de Martin, pero de momento no he dado con ninguna.

Me quedo en mi despacho hasta tarde, con las luces apagadas, obligándome a recordar lo que tanto me esforcé por olvidar. Es doloroso y humillante y me hace sentir una rabia y un dolor casi incontenibles, que me impiden volver junto a Amelia, cuando, irónicamente, ella es la única que podría calmarme.

Pero no puedo verla en ese estado, así que voy al gimnasio de Brian y boxeo o hago ejercicio hasta que me duele el cuerpo. Y entonces vuelvo a casa y me permito un único instante de felicidad: entregarme a Amelia.

Sólo así podré enfrentarme al día siguiente.

Fácil...

Martin y Jeffrey Bond, hermanos adoptivos, eran amantes. Ahora que lo sé, he empezado a recordar escenas de ellos dos juntos, de miradas furtivas, de roces de manos mientras mi madre no los veía. Luego discutieron, se pelearon, o decidieron

meter a una mujer en el juego y convertir la vida de ésta en un infierno, no sé cómo fue, pero el caso es que Martin se casó y Jeffrey lo odió por ello. Y se vengó seduciendo a la esposa de su hermano y dejándola embarazada.

Cuando nuestras vidas ya estaban destrozadas, mi familia sufrió un accidente de coche en el que mis padres perdieron la vida. Y Laura y yo pasamos a depender de Jeffrey.

Jeffrey violó a Laura durante años. Mi hermana se lo permitió porque pensó que así evitaría que a mí me sucediera lo mismo.

Pero Jeffrey me violó igualmente y yo se lo permití a cambio de que dejase en paz a Laura.

Mi hermana terminó suicidándose, porque vio que su sacrificio había sido en vano y pensó que su vida ya no merecía la pena.

Sólo por eso volvería a matar a Jeffrey mil veces más, pero en cada ocasión lo haría más lentamente.

Durante todo ese tiempo, Martin estuvo vivo. Lo permitió y, la parte más oscura de mí sabe que incluso lo disfrutó, lo único que no sé es por qué. Igual que tampoco sé por qué ha reaparecido ahora, porque no me trago que después de pasarse más de veinte años «muerto» haya cometido el error de dejar sus huellas en una copa en casa de Jeffrey.

Quiere algo, la cuestión es qué.

SEGUNDA PARTE

CONQUISTA

De cómo una mujer es capaz de todo cuando ama a un hombre. Su hombre.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA PARTE

Amelia Clark

Este fin de semana ha sido el más feliz de mi vida.

Daniel me ama. Me ha hecho el amor sin cuerdas, sin antifaces, sin látigos, sin órdenes, sin velas. Sólo él y yo.

Aunque esta mañana, en el cuarto de baño, me ha dicho que sigue siendo el de siempre, que sigue viviendo en la oscuridad. Oh, no soy estúpida, no pensaba que se hubiese «curado» de repente. En primer lugar, porque no está enfermo y en segundo lugar, porque su pasado, sus miedos, sus necesidades son demasiado profundas como para solucionarse haciendo el amor conmigo. Pero ha sido un primer paso muy importante.

Se ha dejado llevar, ha bajado por completo la guardia y ha confiado en sus sentimientos.

A partir de ahora todo va a ir bien. Sí, sé que discutiremos y que todavía le resulta difícil abrirse a mí.

Él mismo me lo ha confesado... y después me ha besado.

Me ha besado.

Supongo que es extraño que sus besos sean siempre lo que más me afecta, que me conquisten y me emocionen tan profundamente, pero es así porque sé lo mucho que a Daniel le cuesta besar, lo poco que había besado en su vida antes de estar conmigo.

El Daniel Bond de antes había seducido y dado placer a mujeres que probablemente recordarán hasta el fin de sus días lo que sintieron en sus brazos. Mujeres a las que les arrancaré el pelo —entre otras cosas— si vuelven a acercarse a él.

Pero mi Daniel Bond no existía para ellas.

No ha pertenecido a ninguna. Sólo a mí. Y para siempre.

Estaré a su lado y él al mío, juntos superaremos cualquier cosa y aprenderemos a amarnos el uno al otro como necesitamos.

Sonrío y me avergüenzo un poco de mí misma al recordar lo ingenua que era cuando lo conocí... y lo equivocada que estaba. Si la atracción inmediata que sentí hacia él no hubiese sido tan apabullante, quizá habría conseguido negarme a su petición de que siguiera sus órdenes en la cama, de que dejara mi placer en sus manos.

Pero lo hice, gracias a Dios lo hice, y aprendí lo que era la sensualidad, el deseo desnudo y descarnado capaz de dominar tus sentidos y obligarte a renunciar a todas tus creencias.

Todo sucedió muy de prisa, ésa es la única excusa con la que consigo perdonarme el error que cometí cuando lo abandoné, después de que él me confesase lo que necesitaba realmente. El hombre más fuerte y duro que he conocido nunca necesitaba entregarse, confiar tanto en su compañera como para que pudiese cerrar los ojos y dejar su placer y su cuerpo en sus manos.

Daniel tuvo la valentía de pedirme que lo dominase en la cama, que lo ayudase a alejarse del control tan férreo que él mismo había creado a su alrededor y yo me asusté. Me asusté porque, en el fondo, soy una chica de las afueras de Londres a la que lo más emocionante que le había sucedido antes de conocerlo era que su prometido le hubiese sido infiel semanas antes de la boda.

Nada podría haberme preparado para Daniel Bond.

Y ahora que he aprendido que sin él no puedo vivir, nada va a alejarnos al uno del otro.

Daniel es mi vida.

Un accidente estuvo a punto de arrebatármelo hace unos meses, aunque al mismo tiempo me dio la oportunidad de comprender la gran estupidez que había cometido y que era una cobardía alejarme de él.

Conseguimos perdonarnos y, dado que juntos hemos entrado y salido del infierno, ahora estamos unidos para siempre.

La semana pasada ha sido difícil. A Daniel no le gusta que trabaje en la ONG con Marina, porque entonces no puede satisfacer su instinto de protección, su necesidad de controlarlo todo. Si pudiera, controlaría incluso las estaciones del año.

Pero es lo mejor para los dos y Daniel lo sabe, igual que sabe que el motivo por el que soy la única que se le ha metido bajo la piel es porque soy la única capaz de desafiarlo. Si yo me hubiese convertido en una muñeca que sólo dijese «Sí, señor Bond. Lo que usted quiera, señor Bond», él no habría confiado en mí lo suficiente como para pedirme lo que de verdad necesita.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? Esa sonrisa me da envidia.

—En nada —le contesto a Marina.

—Ya, en nada. Pues cuando dejes de sonrojarte, ¿te importaría venir a mi despacho? Tengo unos gráficos en el ordenador que me gustaría que vieras antes de mandarlos.

—No, claro, en seguida voy.

Me levanto de la mesa y dejo que Marina se burle de mí unos segundos más. Es mi mejor amiga y gracias a ella tengo ahora este trabajo tan maravilloso.

—¿De qué tratan esos gráficos? —le pregunto, mientras caminamos juntas hacia su puerta.

—Tienen que ver con el informe medioambiental que nos ha encargado el gobierno para evaluar las actuaciones de esa empresa petrolera en las costas, la propietaria del barco que estuvo a punto de provocar un vertido.

—Sí, la recuerdo.

Entramos en su despacho, más caótico que el mío y con una fotografía preciosa de la casa de su familia en Italia encima de la mesa. Nos sentamos frente al ordenador para mirar juntas los gráficos que Marina ha hecho.

—Se te ve muy feliz, Amelia —me dice de repente. Me vuelvo hacia ella y veo que me está mirando con innegable melancolía—. Me alegro mucho por ti —añade.

Sé que es sincera, y me duele verla tan triste.

—¿Todavía estás así por Raff?

—Sí, aún me duele. No sé cómo pude ser tan estúpida. ¿Quién se enamora de un hombre en apenas unas semanas? —Se burla de sí misma y vuelve a fijar la mirada en la pantalla del ordenador.

—Yo, tú, cualquiera, si ese hombre es el adecuado.

—Pues Raff no lo es.

—Entonces, ¿por qué no lo olvidas, por qué no dejas de pensar en él?

—Lo estoy intentando. De hecho, esta noche he quedado para cenar con James.

—¿James Cavill?

—Sí. ¿Crees que hago mal? —me pregunta, mirándome otra vez.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué lo dices?

—No puedo evitar pensar que si salgo a cenar con James le haré daño a Raff. Pero por otra parte, él mismo me dijo que aceptara la cita.

—¿Raff te dijo que fueras a cenar con James?

—Más o menos.

—Suena complicado, Marina, pero estos últimos meses he aprendido que el amor de verdad lo es, así que lo único que puedo decirte es que sigas los dictados de tu corazón.

—Mi corazón me duele demasiado.

—Lo sé. —Le cojo una mano y se la estrecho entre las mías—. Pero ya verás como pronto te sentirás mejor.

En realidad no sé si es así. Si Daniel y yo no nos hubiéramos reconciliado, dudo que lo hubiese superado algún día. Habría seguido adelante con mi vida, pero siempre le habría echado de menos y siempre habría sabido que había perdido al único hombre que existía para mí.

Siento un escalofrío al pensar lo cerca que he estado de perderle, y no sólo por el accidente de coche.

Marina me hace una pregunta sobre el gráfico que aparece en la pantalla y da la conversación por terminada.

Este mediodía he quedado para comer con Martha, mi antigua compañera en Mercer & Bond. La echo de menos y además quiero pedirle unos cuantos consejos para la boda. Ella se casó hace poco, justo cuando yo conocí a Daniel, y seguro que puede echarme una mano.

Nuestra boda será muy íntima.

«Nuestra boda».

Todavía me da un vuelco el corazón cuando digo estas palabras en voz alta o cuando las repito en silencio en mi cabeza. A mí me bastaría con ir un día al ayuntamiento y firmar todos los papeles que nos pusieran delante, pero es como si Daniel quisiera dejar bien claro por cualquier medio posible que soy suya, que nadie puede separarnos.

No sabe que para eso no le hace falta ningún papel ni ningún anillo.

Nada puede separarnos.

Hace algo menos de un año, yo iba a casarme con Tom, mi novio de toda la vida. Ahora me parece absurdo, ridículo, incluso cómico que confundiese lo que sentía por Tom con amor. No sabía lo que es amar a un hombre hasta que conocí a Daniel y me enamoré de él.

El almuerzo con Martha será divertido, seguro que me contará anécdotas del bufete y podré preguntarle el nombre de alguna tienda de vestidos de novia de la ciudad. Quiero que nuestra boda sea totalmente distinta a la que habría tenido con Tom.

Llega el mediodía y, tras mandarle un breve mensaje a Daniel recordándole que como con Martha y mandándole un beso, salgo corriendo hacia el restaurante.

Martha ya me está esperando y nos ponemos a charlar con tantas ganas que casi

no me doy cuenta de que la respuesta de Daniel ha sido algo tosca. Cuando la releo más tarde, antes de entrar en una reunión, me digo que probablemente estaba ocupado y que no tengo nada de qué preocuparme.

Esta mañana me ha besado y me ha dicho que quiere compartir todo su pasado conmigo.

La reunión ha durado más de lo previsto y, encima, antes de entrar en la misma me he olvidado el móvil en mi mesa. Miro el enorme reloj blanco con manecillas negras que tenemos colgado de la pared principal de nuestra sede y me da un vuelco el corazón.

Las nueve y media.

Se suponía que tenía que estar en casa hace una hora.

Daniel estará muy preocupado. Y enfadado.

—Amelia, espera un segundo.

La voz de Marina me detiene y, cuando la miro, la veo cargada con el portátil y prácticamente persiguiéndome.

—Lo siento, tengo...

—Daniel me ha mandado un mensaje al móvil durante la reunión —me interrumpe—. Tú no le contestabas —añade, mientras se saca el teléfono del bolsillo—. Le he contestado y le he dicho que estás bien. ¿He hecho mal? —me pregunta, al ver que abro los ojos.

—No, por supuesto que no —le aseguro. Bastante tiene Marina con lo suyo como para que ahora la preocupe—. Gracias por enviarle el mensaje.

—Vamos, vete —me dice, tocándome levemente el antebrazo—, ya recogeré yo todo esto. A mí no me espera nadie subiéndose por las paredes.

—Creía que tenías una cita con James Cavill.

—No, la ha anulado. Me ha dicho que me llamará esta noche para explicármelo. —Se encoge de hombros y sé que esa respuesta no es toda la verdad—. Vamos, vete. Estoy bien.

—De acuerdo —acepto, porque estoy impaciente por ver a Daniel—. Pero

mañana vamos a comer juntas y me lo cuentas todo.

—Está bien.

Le doy un beso en la mejilla y, antes de marcharme, me detengo en mi mesa para coger el bolso y el móvil.

Efectivamente, tengo un par de llamadas perdidas de Daniel y cuatro mensajes también de él. Leo los dos primeros por encima, me pregunta dónde estoy y si voy a tardar. El tercero es para decirme que Marina le ha confirmado que estamos en una reunión y que voy a llegar tarde. El cuarto dice:

Entra en casa y no digas nada. Yo te diré lo que tienes que hacer. Te quiero.

Te quiero.

Él nunca expresa así sus sentimientos hacia mí, sé lo mucho que le cuesta decir estas cosas. Desconfía de esas palabras, le parecen inadecuadas para definirnos y al mismo tiempo le dan miedo. Las considera una trampa, aunque adora —y le hace perder el control— que yo se lo diga.

A mí me gustaría que él pudiera expresármelo más a menudo, que pudiera mirarme a los ojos un día cualquiera y decirme sencillamente «Te amo». Mi alma se muere un poquito cada vez que veo que lo intenta y que, sin embargo, las palabras no logran salir de sus labios.

Pero ese día llegará, confío en nosotros y sé que llegará.

Tengo la sensación de que hoy no ha podido evitar decirlo y se me acelera el corazón. Desde que Daniel se despertó del coma después del accidente, han sido muy pocas las ocasiones en que ha querido, o necesitado, tomar el control, y tengo el fuerte presentimiento de que esta noche es una de ellas.

Noto una gota de sudor resbalándome por la espalda y me tiemblan las piernas al entrar en el taxi. Digo la dirección y luego trato de respirar despacio para así intentar reprimir (en vano) mis ganas de estar con Daniel.

Bajo del taxi y saludo al portero de nuestro edificio sin detenerme a hablar con él. Es un hombre encantador, pero esta noche no puedo darle conversación. Aunque el mensaje de Daniel sonaba autoritario, sé que lo ha escrito así porque me necesita... tal vez casi tanto como yo a él.

Subo en el ascensor y tengo que tragar saliva al recordar lo que ha sucedido ahí dentro entre nosotros dos.

Me sonrojo y el viaje se me hace eterno. ¿Siempre he estado tan impaciente por reunirme con Daniel? Sí, siempre. Y siempre lo estaré. Sé que fui yo la que insistió en que tenía que irme del bufete y trabajar en otro sitio, pero la verdad es que las horas que estamos separados le echo mucho de menos.

Echo de menos su olor, su sonrisa, el sonido de sus pasos al caminar. Su voz, que aunque la oiga a varios metros de distancia me derrite la sangre y me la convierte en fuego líquido. Tengo que dejar de pensar en él, porque si no, cuando entre en casa no podré hacer lo que me ha pedido y lo besaré.

El ascensor abre las puertas. Gracias a Dios.

Me tiembla la mano y me cuesta meter la llave en la cerradura, pero al final lo consigo y suspiro aliviada. Doy un paso dentro del apartamento a oscuras.

Daniel está sentado en el sofá de piel blanca del salón y la única luz que lo ilumina es la del cielo de Londres que se cuelga por la ventana. Lleva una camisa blanca y el pantalón gris oscuro del traje.

Me mira sin decir nada y se me eriza la piel al notar sus ojos recorriéndome. Poseyéndome una vez más.

El clic de la puerta al cerrarse me sobresalta y me llevo una mano a la garganta.

Él se inclina hacia delante y entrelaza los dedos. Un destello de luz ilumina su alianza y la cinta de cuero que siempre lleva en la muñeca.

—Daniel...

—No digas nada —me interrumpe y, sin dejar de mirarme, se pone en pie.

Se acerca a mí muy despacio y la tensión que desprende su cuerpo carga el aire de electricidad.

No puedo moverme, siempre que él se contiene e intenta dominar las reacciones de su cuerpo me hipnotiza.

Es como si supiera que si cede un poco, sólo un poco, perderá el control y nunca

podrá volver a recuperarlo.

Excepto cuando está conmigo.

—Estoy muy enfadado contigo, Amelia —dice por fin.

—Yo... lo...

Se detiene frente a mí y me cubre la boca con una mano. Su torso está pegado al mío y a los dos nos cuesta respirar.

—No digas nada —repite.

Asiento y entonces aparta la mano.

Creo que va a besarme. Me muero porque me bese.

No lo hace.

Inclina la cabeza y noto su aliento acariciándome el cuello. Después son sus labios los que se posan sobre mi piel y en menos de un segundo sus dientes.

Me muerde.

Me succiona levemente la piel y me tiemblan tanto las piernas que tengo que sujetarme de su camisa.

Él se tensa un segundo. Si me dice que no lo toque no voy a poder obedecerle. En ese momento, sus manos me rodean la cintura y empieza a besarme donde me ha mordido.

—Necesito saber que estás bien —susurra casi para sí mismo.

Sigue besándome el cuello y sube lentamente hacia mis labios. Por fin noto su respiración en mi rostro.

Aparta las manos de mi cintura, enreda una en mi pelo y con la otra me levanta la falda y empieza a desnudarme.

—Mírame, Amelia.

No soy consciente de haber cerrado los ojos, pero los abro al oír su desgarrada petición.

—Tú me has convertido en esto. —Desliza su miembro en mi interior y apoya la frente en la mía. No podemos movernos ni dejar de mirarnos—. Ya no sé cómo volver atrás.

Le brillan los ojos y yo no puedo respirar de la emoción que desprenden.

Empieza a mover las caderas sin poder evitarlo y con la mano que me sujetaba el pelo me acaricia ahora la cara. Con el pulgar me dibuja el labio inferior.

—Si te beso, no podré parar. —Aprieta los dedos de la mano que tiene en mi cintura—. Nunca.

No puedo evitarlo, me humedezco los labios y él observa el gesto fascinado. Lo siento temblar dentro de mí y su frente, que sigue apoyada en la mía, está empapada de sudor. Me ha pedido que no diga nada y si Daniel necesita mi silencio para entender lo que siente, se lo daré, pero me está matando.

Puedo tocarlo, comprendo de repente, y le suelto de inmediato la camisa, le desabrocho un par de botones y le coloco la palma justo encima del corazón. Firme, segura, lo acaricio suavemente sin apartarme, notando los latidos en la piel.

Él comprende el gesto, lo sé porque se excita en mi interior y echa despacio la cabeza hacia atrás para mirarme mejor.

—Amelia —susurra.

Y me besa.

El martes por la mañana, cuando nos despertamos, ninguno de los dos parece dispuesto a hablar de la noche anterior. En realidad, a Daniel se lo ve decidido a evitar cualquier conversación conmigo. Me besa la espalda antes de levantarse de la cama y se mete en la ducha sin decirme nada. Al salir, se viste sin mirarme y se dirige decidido a la cocina.

¿Qué le pasa?

No soporto verlo así, tan frío y tan distante después de la entrega de anoche. Le sucede algo, está herido y busca el modo de ocultármelo, pero ¿por qué? No sirve de nada que siga torturándome, lo único que puedo hacer es ir a su encuentro y preguntárselo.

Me levanto de la cama y me pongo el batín sin ducharme, tengo la sospecha de que si me meto bajo el agua, él aprovechará para despedirse e irse del apartamento.

—¿Daniel?

Lo encuentro en el salón, con la mirada fija en la ventana.

—He dejado tu café en la cocina —me dice sin mirarme.

—¿Te vas?

—Sí. Patricia y yo...

—Siento lo de ayer —lo interrumpo antes de que termine—. Me olvidé el móvil fuera de la sala de reuniones y no me di cuenta de que se había hecho tan tarde.

Se da media vuelta para mirarme.

—Me asusté, Amelia.

Me acerco a él y le acaricio la mejilla. Me mira como si fuera a apartarse, pero al final suelta el aliento entre los dientes y gira la cara para apoyarla levemente en mi mano.

—¿Por qué? Ya no puede sucederme nada malo.

Sus ojos se oscurecen de un modo extraño, con una intensidad que me eriza la piel y me deja sin aliento.

—No vuelvas a asustarme, por favor.

Le ha dolido decir esas palabras, he podido notarlo claramente. Se aparta y coge el abrigo, que ya tiene preparado en la entrada. Se detiene en la puerta mientras yo me mantengo inmóvil donde estaba, a la espera de que él diga o haga algo que dé sentido a esta despedida.

—Este mediodía iré al gimnasio de Brian —me dice, dándome de nuevo la espalda y aumentando mi confusión—. Pasaré a recogerte por la ONG a las seis.

Cierra la puerta y me repito una y otra vez que lo único que pasa es que de verdad Patricia lo está esperando para resolver algún asunto importante del bufete.

Media hora más tarde, bajo el chorro del agua de la ducha, sigo sin creérmelo.

¿Qué diablos le pasa a Daniel?

Salgo de casa dispuesta a recuperar la normalidad y el optimismo del día anterior. Pienso en los besos de anoche, en la pasión de Daniel, en cómo le brillaban los ojos al mirarme y en cómo tembló al terminar. Apenas he caminado unos metros cuando un rostro muy familiar aparece en la calle.

—¿Frederick?

—Buenos días, señorita Clark.

El corpulento y misterioso empleado de Mercer & Bond me estrecha entre sus brazos con delicadeza.

—Me alegro mucho de verte —le digo sincera cuando me suelta—. ¿Qué estás haciendo por aquí? Creía que estabas metido en una operación súper secreta.

El hombre se ríe, pero no me contradice.

—Ya he vuelto, señorita Clark. Felicidades por su compromiso.

—Muchas gracias. —Me sonrojo sin poder evitarlo. Frederick era el chófer de Daniel cuando rompimos la primera vez y me vio llorar en más de una ocasión—. Bueno, ha sido un verdadero placer verte, Frederick —le digo a modo de despedida.

—¿Va hacia la ONG?

—¿Cómo lo sabes?

Él enarca una ceja en respuesta.

—¿Le importa que la acompañe?

—No. —Una sospecha empieza a tomar forma—. ¿Te ha pedido Daniel que me acompañes?

—No.

Respuesta monosilábica.

—¿Tú también vas hacia allí?

—Puede decirse que sí.

—Oh, de acuerdo. —Levanto las manos exasperada—. Acompáñame, pero invéntate una historia que me distraiga sobre tu misterioso paradero durante estos meses.

—Por supuesto, señorita Clark.

—Y llámame Amelia, porque yo no tengo intención de llamarte señor... Ni siquiera sé tu apellido, Frederick.

—Smith.

—Ya, seguro —me burlo. No me creo que se llame Smith.

Echamos a andar y él saca una pequeña cartera negra del bolsillo interior del abrigo y, tras abrirla, me la entrega.

La cojo, porque la blande ante mis narices como si yo fuera una niña.

—Frederick J. Smith. ¿Qué significa la J?

—No tiene a la suerte, señorita Clark —me dice, mientras se guarda de nuevo la cartera.

—De acuerdo, señor Smith.

—Ahora empiezo a entender qué le ha sucedido al señor Bond. Lo has vuelto completamente loco, *Amelia*.

Me acompaña hasta la ONG y, aunque no termino de creerme que nuestro encuentro haya sido fortuito, reconozco que me gusta hablar con él. Pero por agradable

que sea su compañía, por segura que me sienta caminando por Londres al lado de un hombre que probablemente sea ex-militar o ex-presidiario, no logro entender por qué es necesaria su presencia. Y, lo peor de todo, si es necesaria, ¿por qué Daniel no me ha dicho el motivo?

Nos habíamos prometido no volver a ocultarnos nada.

El trabajo y las conversaciones con mis compañeros me mantienen distraída hasta la hora de comer. Entonces, Marina y yo decidimos pedir comida griega a uno de los restaurantes del barrio y comérmola en la sala de reuniones mientras repasamos la documentación de la petrolera. En realidad, nos pasamos el rato charlando de tonterías y riéndonos.

Hasta que me suena el móvil y se me detiene el corazón al leer el nombre en la pantalla.

«Jasper Erkel».

Lo descuelgo con Marina mirándome fijamente, lista para acudir a mi lado.

—¿Jasper?

—No le ha sucedido nada a Daniel —se apresura a decirme—. Desde que soy policía, no puedo llamar a nadie sin provocar un infarto —se burla.

Mi sonrisa tranquiliza a mi amiga, que se levanta y, con la excusa de recoger la mesa, me da un poco de intimidad.

—Hola, inspector —lo saludo, ahora que puedo volver a respirar.

—Hola, lamento haberte asustado.

—No, no te preocupes, no es culpa tuya. Felicidades por el nuevo cargo. Salió en el periódico.

—Lo sé, Nathan guardó la noticia —confiesa modesto.

Me lo imagino sonrojado, una imagen que aunque a priori no encaja con un hombre del tamaño y la fuerza de Erkel, tiene muchísima lógica.

—Te lo mereces.

—Gracias. —Carraspea y cambia de tema. Le resulta incómodo recibir halagos—. Llamaba para invitaros a cenar a Daniel y a ti.

—¿A cenar?

—Sí, este viernes, en nuestra casa. —Nota que me ha pillado completamente desprevenida y se apresura a explicarse—: Nathan y yo solemos celebrar una fiesta en casa y hace unos días él me dijo que yo nunca invito a nadie. —Suspira frustrado y continúa—: Y supongo que tiene razón. De los dos, Nate es el sociable. Yo no necesito amigos, a mí me basta con él, pero al parecer, según dice, eso significa que no confío en la gente y no sé cuántas chorradas más.

—Comprendo. —No es cierto, pero tengo la sensación de que debo decir algo.

—En fin, Nathan me dijo que debía de haber alguien con quien me sienta cómodo hablando, alguien con quien me apetezca charlar y criticarlo. Sí, ésa es su teoría. En fin, empecé a pensar y la única persona que me vino a la mente fuiste tú.

—Vaya, gracias.

—Sé que tal vez para ti nuestras conversaciones, mientras Daniel estaba en el hospital, no significasen tanto.

—Significaron mucho, Jasper —lo interrumpo—. Sin ellas, Daniel y yo probablemente no estaríamos ahora juntos.

—No, eso no es cierto, pero gracias. En fin, que según la teoría de Nate, eso quiere decir que tú y yo somos amigos.

—Bueno, por lo que a mí respecta, lo somos, inspector.

—Gracias. —Carraspea de nuevo, incómodo—. Entonces, ¿vais a venir a la fiesta? Es informal, sólo una reunión de amigos, casi todos de la comisaria o viejos compañeros de Nathan de la universidad.

—Claro, por supuesto. ¿Y cuál es el motivo de la fiesta? Lo digo porque si es tu cumpleaños o el de Nathan me gustaría felicitaros.

Jasper se ríe y tengo la sensación de que se vuelve a sonrojar.

—Es una tontería. Celebramos la primera noche que Nathan se pasó encerrado

en un calabozo.

—¿Nathan estuvo encerrado en un calabozo? ¿Ése es el motivo de la fiesta?

—No puedo creerme que también tenga que contarte esto —refunfuña—. Cuando lo conocí, él era un policía recién salido de la academia y yo llevaba ya cuatro años en la comisaría. Nos pusieron a patrullar juntos y digamos que Nathan fue implacablemente insistente.

—Me lo imagino.

—Una noche, cuando volvíamos de un turno, me provocó hasta que discutimos y me dio un puñetazo, así que lo encerré en uno de los calabozos.

—¿Por qué discutisteis?

—Eso no voy a contártelo. Cuando fui a sacarlo, estaba muy callado, sentado en una esquina de la celda.

Primero pensé que se había quedado dormido, hasta que vi cómo me miraba. Estaba tan furioso que incluso me planteé dejarlo allí unas cuantas horas más, pero entonces me dije que todo aquello era absurdo, que teníamos que hablarlo y aclarar las cosas. Me acerqué a él y me besó.

—Vaya.

—Sí, vaya. En cuestión de minutos, la comisaría entera sabía lo que había sucedido y cuando le grité furioso, cuando le dije que ninguno de nuestros compañeros se olvidaría nunca de ese beso, ¿sabes qué me dijo?

—¿Qué?

—Que no importaba y que cada año íbamos a celebrar una fiesta para recordárselo.

—Es un buen motivo.

—Sí, si no fuera porque cada año nos regalan unas esposas o un uniforme de presidiario.

—Me lo imagino.

—Daniel y tú estáis bien, ¿no?

—Sí, estamos bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

No es cierto. Frederick esta mañana y ahora la pregunta de Jasper.

—¿Sabes algo que yo no sé, algo por lo que tenga que preocuparme?

—No, Amelia. De verdad, no hay nada de lo que tengas que preocuparte. Sólo me interesaba por vosotros.

—Oh, lo siento, no quería ofenderte ni insinuar que me estabas mintiendo u ocultándome algo.

—No me has ofendido. Entiendo perfectamente tus recelos. Te llevará un tiempo dejar de mirar por encima del hombro. Así pues, os esperamos en la fiesta. —Ha cambiado demasiado rápido de tema—. El viernes, a las siete, en nuestra casa. Nada de esposas ni de bromas carcelarias, por favor.

—Allí estaremos, inspector. Gracias por invitarnos.

Colgamos tras despedirnos y, aunque intento evitarlo, no puedo evitar pensar que Jasper sabe algo del misterioso comportamiento de Daniel.

A las seis en punto, Daniel se presenta en la ONG y, tras saludar a Marina, insiste en acompañarla también a casa. Ella acepta y durante el trayecto hasta el que era mi antiguo apartamento, los tres charlamos sobre el día que hemos tenido. Que esté Marina presente nos da a Daniel y a mí la excusa perfecta para seguir manteniendo nuestra frágil tregua, pero cuando llegamos a casa y veo que él se dirige sin más a nuestro dormitorio y sale luego vestido con el pantalón y la camiseta negros y con los dedos vendados, y que se dispone a subir a la planta de arriba para boxear, no puedo soportarlo.

—¿Qué diablos está pasando, Daniel?

Se detiene en la escalera.

—Nada.

—Me estás mintiendo. Lo sabes y sabes que lo sé, lo único que quiero saber es por qué.

Flexiona los dedos y me mira.

—Necesito hacer un poco de ejercicio, Amelia.

—¿Eso es todo?

Silencio.

—Bajaré dentro de un rato.

Si insisto conseguiré justo lo contrario, que se cierre en banda. Después de lo que ha sucedido estas últimas noches, me duele, y mucho, dejarlo ir, pero suelto despacio el aliento y asiento.

No sé cuánto rato pasa, sólo oigo sus puñetazos contra el saco de arena y su respiración entrecortada.

Clavo las uñas en el sofá para no levantarme e ir tras él, mientras me repito una y otra vez que tengo que darle tiempo y esperar.

Esperar.

Esperar.

De repente, cesan los golpes y oigo sus pasos bajando la escalera.

—No soporto que me ocultes lo que estás sintiendo, Daniel. No lo soporto. Es como si intentaras echarme de tu corazón —le espeto al verlo ante mí, sudado y reprimiendo más emociones de las que puede contener su mirada.

—No es cierto, Amelia, no te estoy echando. Mi corazón eres tú.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas qué está pasando?

Se aparta de mí y se acerca a la ventana. Deja vagar la vista por el cielo de Londres y desde el sofá de piel en el que estoy sentada oigo su respiración agitada.

—¿Puedo pedirte una cosa?

La pregunta me duele tanto que me pongo en pie de inmediato y me acerco a él.

—Puedes pedirme lo que quieras, Daniel. —Le acaricio la espalda. Sus músculos se contraen bajo mi palma.

—Esta noche no quiero pensar, sólo quiero sentir. —Se vuelve y me mira a los ojos; los suyos arden con un fuego que me deja sin aliento—. Sólo quiero sentirte a ti.

No dice nada más, no puede. Busco su mano con la mía y entrelazo nuestros dedos para llevarlo al dormitorio. Me detengo en el borde de la cama y Daniel se tumba, entregándose a mí. Quiere sentirme, y yo a él.

Le necesito.

Me coloco encima de él y, con su erección en mi interior, le sujeto las manos por encima de la cabeza y no lo dejo moverse ni cerrar los ojos. Le beso la cara mientras se excita más dentro de mí, lo beso en los labios y le susurro al oído todo lo que siento estando con él. Su torso sube y baja agitado, le tiemblan los brazos y levanta las caderas con lentitud para alargar esta maravillosa agonía de los dos.

—Enséñame que sólo me sientes a mí, Daniel. Demuéstrame que conmigo sientes cosas que no habías sentido antes.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta, perdido en su propio deseo.

Echa la cabeza hacia atrás y arquea la espalda.

—Quiero que te dejes llevar.

—No puedo.

Describo un círculo con las caderas y él se estremece.

—Claro que puedes. Deja de hacer fuerza, no tenses los brazos ni las piernas. No te hace falta. No vas a moverlos porque yo te pido que no los muevas. Tú sólo siente mis manos rozando tus dedos.

Noto cómo la tensión va abandonando su cuerpo.

—Siente cómo me excita tenerte dentro de mí, cómo mi cuerpo intenta retenerte. ¿Te gusta?

—Sí, es maravilloso.

—Lo es. Estoy muy excitada, ¿puedes sentirlo, verdad?

Le coloco un dedo en los labios y Daniel lo captura entre ellos. Le suelto una mano, que él deja inmóvil sobre la cama, mientras yo le levanto la otra y me la acerco a la cara para lamerle los dedos uno a uno.

Daniel no intenta apartarla, sino que un lento gemido sale de sus labios y empieza a succionar el dedo que me ha atrapado en su boca.

—¿Lo ves?, no hace falta que te contengas.

Dejo de lamerle los dedos y llevo su mano sobre uno de mis pechos.

—Acaríciame, Daniel, me muero por sentirte en mi piel.

Él mueve la mano despacio y levanta suavemente las caderas.

—Eso es. ¿Sientes algo que no sea yo?

—No, sólo a ti.

—Sigue sintiéndome un poco más. No te corras todavía.

Aprieto los músculos internos de mi sexo y él echa el cuello hacia atrás y flexiona los dedos con los que me acaricia el pecho.

—Amelia...

—Un poco más.

—Dios.

—Un poco más. ¿Qué sientes, Daniel?

—Sólo a ti.

—Siempre, sólo a ti —le susurro, acercándome a su oído—. Córrete.

—Sí, Amelia, sí —gime sin darse cuenta—. Siempre.

Daniel no está en el bufete.

He salido antes de la reunión que tenía con James y Marina y he decidido acercarme a Mercer & Bond para que volviésemos juntos a casa.

Pero no está.

He saludado a Martha y a Patricia, a las que siempre me resulta agradable ver, pero supongo que no he conseguido ocultar la decepción que me he llevado al no encontrarlo a él.

—Seguro que está con algún cliente —me ha dicho Martha.

—Sí, seguro.

Daniel nunca va a ver a sus clientes. Ellos van a verlo a él.

Maldita sea, si pudiera verme ahora, seguro que me echaría en cara todas las veces que lo he acusado de intentar controlarme. Aunque yo no lo estoy controlando, él puede ir adonde le plazca, pero esta ausencia me confirma que me está ocultando algo.

Esta ausencia y que anoche vino a la cama sólo media hora antes de que tuviéramos que levantarnos.

Me despido de Martha y voy andando a casa. El frío me alerta los sentidos, pero mi mente sigue centrada en Daniel y en lo furiosa que estoy con él.

No debo estar enfadada, me riño a mí misma, él lo notará en cuanto me vea y eso sólo servirá para que se cierre aún más en banda. Cojo aire y lo suelto lentamente, a pesar de que mis puños insisten en cerrarse, crispados, y sigo caminando.

Casi sin darme cuenta, he llegado al ascensor y mientras subo me esfuerzo por estar bien; ahora entraré en casa y esperaré a Daniel. Y cuando llegue le preguntaré donde ha estado y me sentiré como una boba por haberme preocupado.

Sí. Eso es exactamente lo que va a pasar.

Abro la puerta y noto que él ya está en casa.

Respiro aliviada y el corazón se me sube a la garganta.

El salón está iluminado sólo por la luz del pasillo y Daniel está de pie mirando por la ventana, dándome la espalda.

Tiene los hombros tensos y desde donde estoy puedo palpar la rabia y el anhelo que lo dominan.

¿Qué diablos le ha pasado?

—Daniel.

Él no se mueve.

Yo tampoco.

Lo oigo soltar el aliento y veo cómo abre el puño de la mano derecha.

Al hacerlo, cae una ancha cinta negra que él sujeta por un extremo.

—Véndate los ojos —dice entre dientes.

Los pulmones me queman hasta dolerme, una gota de sudor me resbala por la espalda y tengo que tragar saliva para poder responderle.

—No.

No lo puedo negar, me fascina ver lo fuerte que es, mi cuerpo se estremece al oír su voz y sé que podría morir si no me toca... Pero algo me dice que ahora, que esta vez, tengo que negarme.

—Véndate los ojos —repite.

—NO.

Se da media vuelta y me mira a los ojos.

Tengo que cerrar los míos un segundo por la emoción que veo brillar en los de él.

Quiero tocarlo, pero sé que no puedo, y clavo los pies en el suelo para no

moverme.

—Véndate los ojos, Amelia.

Le tiembla un músculo de la mandíbula y el torso le sube y baja agitado.

—He pasado por Mercer & Bond y no estabas —digo, mientras doy un paso acercándome.

—Ahora no. —Suelta el aliento—. Véndate los ojos.

Me detengo frente a él y extiendo un brazo con la palma de la mano hacia arriba.

Daniel deposita la cinta encima y el temblor de antes vuelve a delatarlo. Se siente decepcionado.

«Oh, cariño, cuándo aprenderás a confiar en mí».

Cierro los dedos y aprieto la cinta de seda negra, luego doy un paso más. Él mantiene los brazos inertes a ambos lados del cuerpo y finge indiferencia cuando en realidad todo su cuerpo, su vida entera, están pendientes de mí.

—Bésame, Daniel.

No lo duda ni un segundo. Inclina la cabeza y posa sus sensuales labios en los míos. Un suspiro se cuele entre mis dientes y su lengua tiembla al rozar la mía. La mueve despacio, sin ocultarme lo que está sintiendo. Yo me entrego al beso, me pongo de puntillas y me pego por completo al cuerpo de Daniel. Poso una mano en su torso y noto que sigue furioso; es una rabia tan intensa que el beso no basta para disiparla.

Sin separar nuestros labios, le acaricio el pelo y los dos nos estremecemos.

Él me rodea la cintura con un brazo, flexionando los dedos como si intentara contenerse y entonces siento su otra mano en mi rostro, acariciándome el pómulos, la mejilla, el cuello... Se está asegurando de que estoy aquí.

De que estoy bien.

«Oh, Daniel».

Le muerdo suavemente el labio inferior e interrumpo el beso para mirarlo a los

ojos.

—Véndate tú los ojos —le digo.

—Amelia... —susurra con la voz ronca, llena de secretos.

—Mírame, Daniel. —Clava los ojos en mi cara y espera—. Mírame, por favor. —Deslizo la palma por su mejilla y él se mantiene inmóvil. Sin embargo, sus negros iris están ardiendo—. Véndate los ojos.

—Necesito tener el control —insiste, sin coger la cinta y sin decir nada más. Sin que cese el fuego.

Deslizo los dedos por su nuca, lleva el pelo más largo de lo normal y noto sus mechones levemente empapados de sudor. Juego con ellos y le sostengo la mirada. Vuelvo a ponerme de puntillas. Por un segundo, recuerdo lo frío que me pareció Daniel al principio. No sé cómo pude confundir el deseo y el anhelo contenidos, dominados, con frialdad. Le doy un beso en la mandíbula, su piel quema bajo mis labios. Después otro. Detengo los labios junto a su oído.

Susurro su nombre en voz muy baja. Sólo necesito que perciba lo mucho que lo amo.

—Bésame otra vez —me pide.

Gira la cara y sus labios se abren bajo los míos.

Espera que mi lengua entre en el interior de su boca y responde a cada caricia con un gemido silencioso. Su respiración se convierte en innecesaria, mi beso le basta.

Y a mí el suyo. Podría rendirme a la pasión que ahora impregna el aire, dejar caer la cinta al suelo, besarlo y empezar a desnudarlo. Pero entonces Daniel no me contaría dónde ha estado.

Me aparto y él se tensa para no detenerme. Le coloco una mano sobre el corazón, cierra los ojos un segundo y los latidos aminoran bajo mi palma. Doy unos pasos y cuando estoy a su espalda, yo misma le vendo los ojos con la cinta negra. Ésta está levemente impregnada de mi perfume y Daniel inspira profundamente cuando la tela rodea su cabeza.

Ocultándole la mirada.

Dándole una breve tregua.

—Siempre tienes el control, Daniel —le recuerdo, acariciándole la espalda por encima de la chaqueta—. Ahora dime qué necesitas.

Toma aire profundamente. Aunque no puede verme, vuelvo a colocarme frente a él y en el instante en que me detengo, susurra con voz firme:

—Ven conmigo.

Lo hago, no quiero ni puedo negarme, y cuando me pide que le ate las manos mientras le hago el amor, cuando me susurra que necesita entregarse a mí, lo beso con todo el amor que siento por él y hago realidad sus deseos.

Ésta parece ser nuestra rutina. Y me está matando, nos está matando a los dos.

No importa lo mucho que bese a Daniel por la noche, ni lo profunda que sea su entrega a mí cuando se rinde en mis brazos, por la mañana siempre tengo la sensación de estar ante un guerrero que vuelve a ponerse la armadura para salir al campo de batalla. El problema es que la lucha se libra en su interior y el bando que me defiende está perdiendo.

El Daniel Bond de antes está ganando.

Oh, sí, se lo está poniendo difícil a sí mismo, pienso, mientras me enjugo una lágrima en la ducha, pero cada vez está más débil. Salgo de debajo del agua y me apresuro a secarme, porque no quiero que se vaya sin decirme adiós.

No pienso renunciar a ese beso de despedida.

Con el albornoz puesto y el pelo mojado, me dirijo a la cocina y lo encuentro en el salón recogiendo sus cosas, igual que el día anterior.

—Ayer me llamó Erkel —inicio la conversación.

¿Son imaginaciones mías o ha tensado los hombros de repente?

—¿Qué quería? —me pregunta, poniéndose el abrigo e impidiéndome seguir analizando su reacción.

—Invitarnos a una fiesta este viernes.

—¿Qué le dijiste?

—Que iremos.

—De acuerdo. Recuérdamelo más tarde, ¿quieres?

—Claro. Y dentro de unos días tenemos también la cena para recaudar fondos de la ONG. Me gustaría que me acompañases.

—No creo que debamos ir a esa cena.

—¿Debamos?

—Sí, tú hace muy poco que trabajas allí y esos actos son sólo de cara a la galería, pero pásame los datos y haremos una donación en nombre del bufete.

Me hierve tanto la sangre que tengo miedo de estallar físicamente en cualquier momento.

—Utilizas el plural de un modo muy curioso —le digo sarcástica, decidiendo dejar el tema de la cena de la ONG para más tarde—. ¿Vas a seguir fingiendo que lo de ayer o lo de la noche anterior no sucedió? Dios, Daniel. —Me acerco a él y le acaricio la cara.

Se aparta.

—Tengo que irme.

—Ayer por la noche te entregaste a mí —susurro entre dientes—. Te até las manos y te besé, te acaricié hasta que te metí dentro de mi cuerpo y te hice el amor. — Lo veo estremecerse, pero se mantiene inmóvil—. Anteayer me poseíste frenético, desesperado. Y en ambas ocasiones, a la mañana siguiente has sido capaz de fingir que no ha pasado nada. ¿Cómo puedes resistir las ganas de besarme, de acercarte, como si no te estuvieras muriendo por mí? ¡¿Qué diablos está pasando, Daniel?!

—Nada. Tengo que irme.

—No te vayas —le pido en voz baja. No es una orden, sólo una súplica que me rompe el corazón.

Pero se va y mis piernas dejan de soportar mi peso en cuanto cierra la puerta. Me

dejo resbalar hasta el suelo con la espalda apoyada en la pared y lloro en silencio.

Me prometí a mí misma que no volvería a llorar por Daniel, que ya había derramado demasiadas lágrimas por él, pero no puedo evitarlo. Sencillamente, no puedo seguir conteniendo las emociones que estos últimos días se han ido acumulando en mi interior.

No puedo seguir engañándome, no puedo seguir diciéndome que no sucede nada y que solamente necesita tiempo para contarme su pasado. Lo que está sucediendo ahora no tiene que ver con el pasado, o no sólo con éste.

Tiene que ver, y mucho, con el presente.

Y de nada servirá que me quede aquí llorando.

Tengo que levantarme, vestirme, ir a trabajar y averiguar la verdad por mi cuenta.

Me levanto y empiezo a cumplir mi lista de propósitos. Vestirme es relativamente fácil, hasta que llega el momento de peinarme, porque al acercarme al tocador, veo el anillo que Daniel me regaló. Podría no ponérmelo, manifestar mi enfado y mi dolor de esa manera, negando el compromiso que él me pidió que aceptase. Pero no lo hago. Así sólo me haré daño a mí misma y, a pesar de sus palabras y de su frialdad de esta mañana, Daniel sigue llevando la cinta en la muñeca.

Cojo el abrigo y el bolso y bajo a la calle. Mientras voy a mi trabajo, mentalmente voy reuniendo pistas que puedan indicarme por dónde empezar a investigar. Todo parecía ir bien entre Daniel y yo hasta que fuimos ese fin de semana a Hartford.

No, no es cierto, me corrijo, el primer momento en que Daniel se comportó de un modo distinto fue cuando volvimos de ese viaje.

Esa noche volvió a tener pesadillas.

Siempre he dado por hecho que lo que suscitó su pesadilla fue el propio viaje, porque no tiene que resultar fácil visitar la tumba de tus padres y de tu hermana después de años de no hacerlo, pero lo cierto es que en el coche estaba bien; incluso me dio un beso en la frente cuando creía que estaba dormida y nos detuvimos en una gasolinera para repostar.

¿Qué diablos sucedió en esa gasolinera?

No puedo llamar a Patricia a escondidas de Daniel.

Él no me lo perdonaría nunca y ella jamás traicionaría al hombre que además de su socio es como su hermano.

Brian, su fisioterapeuta y entrenador personal, tampoco sabrá nada. Han empezado a forjar una especie de amistad, lo sé porque Daniel habla de él en ocasiones, pero no esa clase de amistad. Daniel no le contaría un secreto de ese tipo a Brian.

Voy a volverme loca. «¿Un secreto de ese tipo?», pero si ni siquiera sé de qué estoy hablando. De repente se me para el corazón y noto como si dentro de él se abriese una brecha. ¿Y si no sucede nada? ¿Y si lo único que pasa es que Daniel de verdad quiere volver a ser como antes? Quiere echarme de su vida.

Saco el móvil del bolso con los dedos helados y marco el número de la única persona en quien creo que Daniel podría confiar.

—Lamento haberle hecho daño a Marina —contesta Raff, antes de que yo diga nada.

—¿Cuándo le has hecho daño a Marina?

—¿No me llamas por eso?

—No, pero... ¿cómo qué lamentas haberle hecho daño a Marina? Creía que no habíais vuelto a veros desde lo de Italia.

—¿Por qué me has llamado, Amelia? —Rafferty Jones adopta su voz más formal, como si así pudiese detenerme. Pero no le servirá de nada y lo sabe.

—¿Qué diablos le pasa a Daniel?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —casi me grita y me desconcierta tanto que me olvido de mis preocupaciones por un instante.

—¿Estás bien, Raff?

—No, no estoy bien. —Respira despacio y me cuesta imaginarme al atractivo y siempre tranquilo inglés de pelo rubio tan alterado.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Raff se portó muy bien conmigo y ocupó el lugar de Daniel a mi lado cuando éste se negó a acompañarme a la boda de Martha. Es un amigo generoso y sincero y de haber sido capaz, habría intentado enamorarme de él. Pero no pude. En esa época yo ya estaba perdidamente enamorada de Daniel y cuando Raff conoció a Marina, también a él le resultó imposible fijarse en ninguna otra mujer.

—No —ríe con tristeza—, ojalá pudieras, Amelia.

—Lo siento. ¿De verdad le has hecho daño a Marina? —le pregunto en voz baja.

Entiendo perfectamente a qué se refiere. El daño al que alude no es físico, él jamás le pondría una mano encima a una mujer, la herida infligida es de una clase más difícil de curar. Y, a juzgar por su voz, por mucho daño que le haya hecho a Marina, se ha hecho más a sí mismo.

—Sí, de verdad. ¿Puedes cuidar de ella, por favor?

—Por supuesto. No te preocupes.

—Gracias. —Finjo no darme cuenta de que se le ha roto la voz un segundo—. ¿Qué pasa con Daniel?

—Me está ocultando algo. Durante el día está distante, arisco, autoritario, a la defensiva.

—Así es Daniel.

—No, él ya no es así, no conmigo.

—No puedo ayudarte, Amelia. Hace semanas que no lo veo, pero si quieres puedo llamarlo e intentar averiguarlo —se ofrece.

—No, no te preocupes.

Rafferty suelta el aliento y me lo imagino paseando de un lado al otro de su despacho.

—Mira, lo único que puedo decirte es que puedes confiar en él. Sea lo que sea lo que le ocurra, está loco por ti. Lo más probable es que esté preocupado por la boda — sugiere, en un intento de mejorarnos el humor a ambos—. Nunca pensé que vería a Daniel Bond casado.

—Tal vez tengas razón. —Lo dudo, pero le concedo a Raff ese alivio—. Tengo que dejarte, he llegado a la ONG y tengo que entrar.

—Claro. Cuida de Marina.

Cuelga antes de oír mi respuesta.

Me quedo unos segundos mirando el móvil y, tras negar con la cabeza, entro en el local.

Lo primero que me llama la atención, y me preocupa, es que Marina no está, así que la llamo en seguida. Me contesta con voz llorosa y la conversación que he mantenido hace unos minutos con Rafferty adquiere una nueva dimensión. Le digo que se acueste, que no se preocupe y que en menos de media hora estoy en el piso para escucharla, consolarla y cualquier cosa que haga falta. Ella insiste en que no, pero evidentemente no le hago caso.

Resuelvo unos cuantos asuntos pendientes y salgo de nuevo a la calle para ir a casa de Marina, el apartamento donde yo vivía cuando llegué a Londres.

Tras recorrer unos metros, vuelvo a coger el móvil para mandarle un mensaje a Daniel.

Voy a casa de Marina. No sé a qué hora volveré al trabajo o si iré directamente a casa...
—Detengo indecisa los dedos sobre el teclado—. *Te quiero* —escribo finalmente. Y le doy a enviar antes de poder cuestionármelo.

Unos segundos más tarde, el aparato vibra en mi mano.

Lamento haberme ido sin besarte.

La frase es tan sincera, tan desgarradora y esconde tantos sentimientos, que una lágrima me resbala por la mejilla.

—Oh, Daniel —susurro, acariciando la pantalla como si fuese su rostro.

Guardo el móvil en el bolso. Ese mensaje me hace dudar de mi teoría y le da más fuerza a la de Raff.

Tal vez lo único que realmente sucede es que Daniel está preocupado por la boda.

Llego a casa de Marina y mi maravillosa amiga me recibe en pijama y con una caja de pañuelos en la mano.

La abrazo y ella deja que lo haga. Cuando la suelto, me invita a entrar y me pide perdón por el desorden.

—No te preocupes, Marina. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué estás en pijama y con cara de haberte pasado horas llorando?

—No quiero hablar de ello. No puedo —se corrige, al tiempo que dos lágrimas se le escapan y se deslizan por sus mejillas.

—Está bien.

Me quito el abrigo y aparto unos cojines para sentarme en el sofá.

—Daniel me está ocultando algo.

—Oh, Amelia, es imposible que Daniel te sea infiel. —Se sienta a mi lado y me mira a los ojos.

—Lo sé. —Me quedo en silencio y tardo unos segundos en comprender que de verdad sé que Daniel no está con otra mujer—. Pero me está ocultando algo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Ella se me queda mirando largo rato, como si a través de mí pudiese encontrar la clave para desvelar los misterios del mundo.

—¿Vale la pena? —me pregunta al fin con mucha seriedad.

—¿El qué?

—Estar tan unida a alguien, ser capaz de ver dentro de él, dejar que se meta tan dentro de ti. ¿Vale la pena?

Lo pienso durante unos segundos. Marina no tomaría en serio mi respuesta si no lo hiciera.

—Sí, la vale.

—Eso me temía.

Me quedo con ella todo el día. Se niega a vestirse e ir al trabajo, aunque me promete que la fiesta de autocompasión ya ha terminado y que mañana volverá a ser la de siempre. Vemos un par de películas malísimas que dan en la tele, pedimos pizza y por la tarde la convenzo para repasar algunos gráficos que el lunes dejamos a medias.

Es un día raro, de eso no cabe duda, pero en cierta manera reconfortante. Estar con Daniel es muy intenso, no lo cambiaría por nada del mundo y estoy dispuesta a luchar contra lo que haga falta para pasarme el resto de la vida a su lado, pero comportarme como una chica de mi edad durante unas horas me relaja y me aporta cierta perspectiva que creía perdida.

—Te espero mañana. No me obligues a venir a buscarte —amenazo a Marina con cariño cuando me despido de ella con un abrazo.

—No, tranquila. Allí estaré.

—Y si algún día quieres explicarme qué ha pasado con Raff, supongo que sabes que puedes contar conmigo, ¿no?

—Lo sé. —Se pasa una mano por el pelo negro, ahora enredado—. Es sólo que de momento no quiero contárselo a nadie, ¿lo entiendes?

—Sí, sé de lo que me hablas.

Todavía recuerdo cómo se tambaleó mi mundo cuando Daniel me pidió lo que de verdad necesitaba.

Durante los primeros días no podía contárselo a nadie, e incluso ahora sólo les confío esa parte de mi vida a personas muy especiales.

A los demás no les importa.

Cojo un taxi para volver a casa. Podría ir andando, pero estoy cansada y me ha parecido ver a Frederick en la otra calle. Estoy paranoica. Sacudo la cabeza y la silueta

del antiguo chófer de Daniel desaparece.

Dentro del coche, aprovecho para mirar el teléfono móvil y veo un breve mensaje de Daniel.

Llegaré tarde. No te preocupes.

Este hombre es exasperante. Si apareciese ante mí en este preciso instante, no sé si le gritaría o le daría un beso. Probablemente ambas cosas.

Cuando llego a casa, me niego a seguir dándole vueltas al comportamiento de Daniel. Me desnudo y me pongo directamente el camisón para acostarme. Estoy exhausta, física y emocionalmente. Cierro los ojos y recuerdo su voz diciéndome que me necesita y que le dé tiempo.

Es lo que voy a hacer. No volveré a caer víctima de mis propios miedos.

Llegar a esa decisión me da la calma que me faltaba para dormirme.

Al cabo de varias horas, abro los ojos y me desvelo al notar la ausencia de Daniel. Miro el despertador y lo único que evita que me eche a llorar es que veo su reloj de pulsera encima de la mesilla.

Está en casa.

Siento tal alivio que una lágrima se desliza de todos modos por mi mejilla. Su lado de la cama no está deshecho, subrayando más dolorosamente aun si cabe que ni siquiera se ha acercado, a pesar de que ha entrado en el dormitorio para cambiarse.

«No está preocupado por la boda».

Aparto la sábana y, tras ponerme la bata, voy a su encuentro. Me noto la piel helada, es un frío que intenta echar raíces dentro de mí y se niega a abandonarme.

Daniel no está en el salón y tampoco en la cocina ni en la ridícula habitación de invitados donde al principio de convertirnos en amantes me insinuó que me quedase a dormir. Lo oigo respirar, moverse, incluso gruñir.

Está arriba, dando puñetazos a ese estúpido saco de arena. Lo utiliza para desahogarse, para dar rienda suelta a sus preocupaciones... para evitar contármelas a mí o que yo me dé cuenta de ellas.

Subo la escalera despacio, con la mente en blanco y el corazón demasiado dispuesto a desangrarse por ese hombre que insiste en mantenerme lejos de él. Llego al último peldaño y en cuanto veo a Daniel, una exclamación de sorpresa escapa de mis labios.

Tiene el torso desnudo y completamente bañado en sudor. Un mechón de pelo se le ha pegado a la frente y de la nuca le resbalan gotas por la espalda. Lleva unos pantalones largos de algodón, negros como siempre, y el calzado que le recomendó Brian para boxear. Tiene los nudillos vendados, pero dudo que a estas alturas la tela blanca lo proteja de algo.

—¿Vas a seguir aquí toda la noche?

Golpea el saco.

—¿Dónde has estado?

Otro golpe y otro silencio.

Suspiro y me acerco a la cama que sigue teniendo ahí, en el piso superior del dúplex. Me siento y sé que sabe que estoy en la habitación porque noto que cambia la intensidad de los golpes.

—Me estás haciendo mucho daño, lo sabes, ¿no? —Se detiene en seco y apoya la frente en el saco de arena—. Lo único que quiero saber es por qué. De verdad que puedo soportarlo, Daniel.

—He llegado hace unas horas. Estabas dormida.

Casi lloro al oír que me responde. Tenía miedo de que se mantuviese en silencio toda la noche.

—¿Por qué no te has acostado?

«Conmigo».

Aprieta los dientes y veo temblar un músculo de su mandíbula.

—Porque te habría tocado, te habría pedido que me besaras y que me hicieras olvidar.

—Daniel...

—Y no es justo para ti, Amelia. No lo es. Tú misma lo has dicho esta mañana. De noche no puedo evitarlo, mi cuerpo, mi mente, incluso ese corazón que no sabía que tuviera te necesitan. Necesito que me beses, que me recuerdes por qué estoy aquí. —Se aparta del saco y me da la espalda. Mueve los brazos frustrado y deduzco que se está quitando la venda de alrededor de los dedos—. Y soy un maldito egoísta, porque sé que si ahora me acerco a ti no me rechazarás, serás maravillosa. Y yo mañana volveré a mantener las distancias.

—¿Por qué?

—Porque tengo que protegerte.

—¿De qué, maldita sea?

—Todavía no lo sé. —Se acerca a mí y tiembla cuando se arrodilla en el suelo ante mí—. Una parte de mi ser me pide a gritos que me aparte de ti, que me vaya lejos o que te obligue a abandonarme, y me está matando no hacerle caso. Pero no puedo porque sé que si me alejo de ti moriré y volveré a convertirme en el hombre que era antes.

—Daniel —le acaricio la mejilla—, no sé de qué me estás hablando. Deja que te ayude.

—No. Sólo necesito un poco más de tiempo. Un poco más. Por favor, Amelia.

—Está bien. —Suspiro y me seco una lágrima con el dorso de la otra mano—. ¿Quieres boxear un poco más?

Me muero por insistir en saber qué pasa, cuál es ese horrible secreto del que me está protegiendo, pero sé que le ha costado mucho arrodillarse delante de mí y confesarme que está dispuesto a luchar contra sí mismo para quedarse conmigo. Así que le he preguntado esa tontería con una leve sonrisa.

—No. —Se incorpora y me pasa una mano por el pelo—. Quiero acostarme a tu lado y dormir, ¿puedo? —Me tiende la mano.

Se la cojo y bajamos juntos a nuestro dormitorio.

Daniel entra en el baño un segundo y oigo correr el agua.

Minutos más tarde, sale recién duchado y con otros pantalones de algodón. Se mete en la cama, apaga la luz y me rodea la cintura con un brazo.

Es la primera vez que estamos juntos en una cama con el único propósito de dormir. Yo dormía a diario con mi ex-prometido y no le daba especial importancia al hecho, sin embargo, ahora me resulta un gesto de lo más íntimo, casi mágico, y ver que Daniel está dispuesto a compartirlo conmigo me llena el alma.

—¿Está bien así? —me susurra, pegado al oído—. No pretendo nada —añade algo incómodo, tras pegar la mitad inferior de su cuerpo a la mía. Sabe que nada podrá evitar que note su erección presionándome las nalgas—. Solamente quiero dormir.

—Así está perfecto —le aseguro con el mismo tono de voz—. Buenas noches, Daniel.

—Buenas noches.

Cuando me despierto de nuevo, vuelvo a estar sola, pero en esta ocasión lo hago con una sonrisa en los labios y no con lágrimas. Daniel sale del cuarto de baño en ese mismo instante, con una toalla enrollada a la cintura.

—Hola.

No puedo creer que se sonroje.

—Hola —le contesto.

¿También yo me he sonrojado? Probablemente, a juzgar por el calor que siento en las mejillas.

—Voy a vestirme.

Lo observo con descaro mientras elige la ropa y se la pone. Descubro que me resulta increíblemente sensual verlo abrocharse los botones de la camisa. Me fascinan todos y cada uno de los movimientos de sus dedos.

—Hoy es la cena de la ONG. —Cojo aire antes de continuar—. Yo tengo que asistir, y me gustaría mucho que vinieras conmigo, Daniel.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No puedo, Amelia. Además, no quiero ir a un sitio donde lo más probable es que me encuentre con alguna vieja amistad del pasado. No tengo ganas de estar cara a cara con un conocido del viejo Daniel Bond. Ahora no.

La sinceridad de esa confesión me obliga a concederle una tregua. Volveré a retomar el tema de la cena más tarde, cuando hablemos a mediodía con cualquier pretexto. Una gota de agua le resbala por el torso y pierdo el hilo de mis pensamientos.

—Mañana es la fiesta de Jasper, del inspector Erkel —le digo, cuando recupero la voz.

Él tensa los hombros. Lo intenta disimular, pero no lo logra.

—Me acuerdo.

Se anuda la corbata.

—¿Te conté qué celebran?

—No.

—Al parecer, Jasper encerró a Nathan en una de las celdas de la comisaría y que cuando fue a sacarlo, Nathan lo besó delante de todo el mundo.

Daniel sonrío y a mí se me encoge el estómago.

Tengo la sensación de haber realizado una proeza.

—Es un recuerdo bonito, supongo. —Termina de anudarse la corbata, se da media vuelta, se acerca a la cama y se sienta a mi lado—. Tú y yo también tenemos algunos, ¿no? No todo ha sido malo.

—Por supuesto que tenemos buenos recuerdos.

Se levanta de la cama sin dejar que lo toque o le dé un beso y se dirige hacia la puerta.

—¿Sabes cuál es uno de mis preferidos? —me sorprende deteniéndose y preguntándome.

—No, ¿cuál?

—Anoche.

Falta una hora para la cena de la ONG, que hemos organizado para dar las gracias a nuestros colaboradores y para recaudar fondos para nuevos proyectos. Es la primera vez que se celebra y, aunque tanto Marina como yo sabemos que va a salir bien, estamos muy nerviosas.

Ella porque Raff y James van a asistir.

Yo porque Daniel no.

Esta mañana casi hemos discutido por este tema y él ha optado por rehuirme durante el resto del día.

Ahora estoy sola en casa, frente al espejo del baño, repasándome el maquillaje. Lo tengo impecable, nadie diría que he estado llorando.

La rotunda negativa de Daniel de esta mañana me ha recordado una de las épocas más dolorosas de nuestra relación: cuando se negó a acompañarme a la boda de Martha, una de las abogadas de Mercer & Bond y que ahora es una gran amiga.

Entonces no quiso venir conmigo porque quería reducir lo nuestro a sexo, negar que existía algo mucho más profundo e intenso entre los dos.

Pero ¿y ahora? ¿Por qué no quiere acompañarme a esta estúpida cena?

No tiene sentido.

Daniel me ama, me necesita. Es imposible que eso haya cambiado y sin embargo últimamente noto que intenta distanciarse... Es como si los muros que existían alrededor de su corazón y de su alma se estuvieran levantando de nuevo. Como si no los hubiera derribado del todo, y eso me está matando.

Nos está matando a los dos.

Me seco una lágrima y me aparto furiosa del espejo.

Se lo he preguntado, le he preguntado por qué se está alejando de mí y él niega

que lo esté haciendo. Lo único que he conseguido arrancarle es que no le gusta que trabaje en la ONG, pero eso es absurdo. Completamente absurdo.

Salgo del cuarto de baño y me dirijo a la terraza.

Después del accidente de Daniel, y de que él empezase con la rehabilitación, hizo instalar un gimnasio en el piso superior del dúplex y mientras los técnicos realizaban los cambios necesarios, descubrí que Daniel también es propietario de la terraza de su lujoso edificio.

Ahora tengo allí mi invernadero de paredes de cristal, en el que empiezan a crecer algunas plantas.

Me gusta estar ahí, me proporciona paz cuando siento que los demonios del pasado de Daniel vuelven a acecharnos. Sé que es absurdo, su tío está muerto y ya no corremos peligro, pero aún tengo escalofríos cuando pienso en lo que podría haber pasado. En lo que podría haber perdido.

Sé que es absurdo que vaya al invernadero así vestida, pero necesito estar allí unos segundos. Si Daniel no va a estar conmigo esta noche, necesito todas las fuerzas que pueda conseguir.

La brisa del atardecer me eriza la piel en cuanto llego a la terraza; el invernadero está en un rincón, pero primero me dirijo a la barandilla para contemplar la ciudad.

Tal vez debería irme. Suspiro. Pero algo en mí me grita que tengo que quedarme aquí un poco más...

Oigo el sonido de la puerta de metal al abrirse y aguanto la respiración un segundo. Se me acelera el corazón cuando el aire vuelve a entrar en mis pulmones impregnado del olor de Daniel.

Ha venido.

Y está asustado.

Lo sé sin siquiera mirarlo.

—Creía que te habías ido —dice entre dientes.

Sé que está apretando la mandíbula y que no se refiere sólo a la cena.

—Jamás me iré. —Suelto despacio el aliento. Ha dado un gran paso al venir aquí. Las palabras de esta mañana todavía me duelen y es obvio que a él también—: No sé contra qué estoy luchando, Daniel.

Se acerca a mí, pero no me toca, sino que se detiene a mi espalda. Noto el calor que desprende su cuerpo y casi puedo sentir las yemas de sus dedos deslizándose por mis brazos, pero permanece inmóvil.

—No estás luchando contra nada.

—Sí, Daniel, y necesito que me ayudes. Necesito que me dejes estar contigo de verdad.

—¿Todo esto es por lo de la cena de esta noche?

Él sabe que no y su pregunta delata que he dado en el clavo, que intenta mantenerme alejada. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pretende?

Si se lo pregunto directamente lo negará y no habrá servido de nada que haya venido a buscarme.

Porque Daniel ha venido a buscarme.

Me necesita, comprendo de repente. Pero antes de hacer nada al respecto también necesita contarme un poco más de la verdad.

—¿Por qué no quieres que vaya a esa cena? —pregunto despacio—. Porque por eso te has negado a acompañarme —afirmo—, porque crees que así yo tampoco iré.

Nada. Silencio.

Yo sigo con la vista fija en las calles de Londres. Me muero de ganas de mirarlo, de ver sus ojos negros y sentir que me recorre con ellos. Pero tengo que aguantar un poco más.

—Yo iré igualmente, Daniel. Lo haré porque es importante para mí y tú no me has dado ningún motivo lógico por el que tenga que quedarme.

—Hoy hace un año.

Me duele que cambie de tema, pero voy a permitirselo. A veces necesita hablar

de otra cosa para llegar a la que de verdad quiere contarme.

—¿De qué?

—Del primer fin de semana que pasamos juntos. —Se queda en silencio y me da un vuelco el corazón cuando se pega a mi espalda y me rodea con los brazos—. Esto es para ti.

Me habla al oído y cuando abro los ojos (los he cerrado al sentir que me abrazaba) veo una pequeña caja con un lazo encima de la baranda. El torso de Daniel sube y baja detrás de mí y se le tensan los brazos mientras yo abro la cajita.

—Una rosa —susurro, pasando los dedos por la diminuta flor.

—Es un esqueje del rosal de mi madre, el que tengo plantado en el jardín de la casa de campo —me explica ausente.

Todavía desconozco la historia de ese rosal, pero recuerdo perfectamente el rostro de Daniel cuando me habló de él hace un año y sé que este regalo significa mucho más de lo que ahora puedo comprender.

Necesito ver a Daniel, necesito tocarlo y besarlo. Me vuelvo entre sus brazos y lo miro.

—Es precioso —digo y me humedezco los labios.

—He pensado que podrías plantarlo en tu invernadero.

—Claro.

Levanto una mano y se la paso por el pelo. Él cierra los ojos y suelta el aliento. Y la tensión desaparece levemente de sus brazos.

—Te acompañaré a la cena.

Levanto las cejas confusa y él abre los ojos. Esto sí que no me lo esperaba.

—Pero nos iremos cuando yo lo diga —prosigue él—. Y no te apartarás de mi lado en ningún momento.

—¿Qué pasa, Daniel? —Vuelvo a acariciarle el pelo, pero esta vez me sujeta la

muñeca, impidiéndomelo.

—Y nada de preguntas. Éstas son mis condiciones.

¿Condiciones? Se me retuerce el estómago. Si vuelve a comportarse como antes es que de verdad está sucediendo algo muy grave.

Por suerte, ahora le conozco y sé cómo actuar. Él tal vez seguirá sin contarme la verdad, pero necesita que le recuerde que ya no somos unos desconocidos que se sienten atraídos —muy atraídos— el uno por el otro.

Ahora es mío.

Y yo soy suya.

—¿Vendrás conmigo a la cena? —le pregunto con una leve sonrisa, deslizando los dedos entre su pelo.

—Sí —suspira sin darse cuenta.

—De acuerdo, pero antes voy a dejar nuestra rosa en el invernadero.

Le han brillado los ojos al oír «nuestra rosa» y se aparta de mí para dejarme pasar. Caminamos juntos hacia la construcción de cristal y me abre la puerta. Una vez dentro, coloco el esqueje en un recipiente apropiado y guardo la cajita junto a los guantes. Él sigue en silencio, tenso de nuevo, de pie a unos pasos de distancia.

Daniel tenía miedo, ahora lo sé. Miedo de que me negase a aceptar sus condiciones. Miedo de que me hubiese ido. Miedo de que averigüe la verdad.

Pero voy a averiguarla. No voy a permitir que me aleje de él, ni que se enfrente solo a lo que sea que lo haya obligado a volver a comportarse como el Daniel inaccesible de antes.

Pero ahora no... Ahora necesita otra cosa: recordar que me pertenece.

Noto su mirada fija en mí.

—Cierra los ojos, Daniel.

Enarca una ceja y me reta. Oh, sí, voy a recordarle que es mío. Lo necesita más

que respirar.

—Cierra los ojos, Daniel. Ahora.

Baja los párpados y suelta despacio el aliento. Me acerco a él y le pongo una mano sobre el corazón. Le late muy de prisa y puedo sentirlo bajo la palma. Lo empujo suavemente y sus pies retroceden sin que tenga que pedírselo, hasta apoyar la espalda en la pared de cristal del invernadero.

Estoy frente a él. Daniel sigue con los ojos cerrados, pero aprieta con demasiada fuerza la mandíbula. Está conteniéndose y eso no me sirve; necesito tener toda su atención. Le desabrocho el botón del cuello de la camisa.

Coge aire. Otro botón. Lo suelta. Acabo con el resto de botones y luego deslizo las manos por debajo de la tela para tocarle la piel.

Le desabrocho el cinturón y el botón de los pantalones, pero no intento tocarlo. Sencillamente, me acerco lo suficiente como para poder susurrarle al oído.

—¿Te acuerdas de lo que sucedió ese fin de semana? —Espero a que él asienta—. Me vendaste los ojos y me enseñaste el placer que podía sentir si me ponía en tus manos. —Le doy un beso en la mandíbula—. Me dijiste que lo único que tenía que hacer era confiar en ti. —Otro beso, mientras deslizo la mano por su torso—. Obedecerte. —Lo siento temblar y apoyo la palma en su esternón—. Obedecerte y entregarme a ti.

Vuelve a acelerársele el corazón y me pongo de puntillas para morderle el lóbulo de la oreja.

—Me vendaste los ojos, me dijiste que no me moviera y... —Le doy un beso en el cuello y dejo los labios un segundo contra su piel para notar su respuesta—. ¿Sabes qué, Daniel? Fue maravilloso. —Me aparto un poco—. Pero ahora ambos necesitamos más. Tenemos más, ¿no crees?

He dejado de tocarlo y él sigue sin abrir los ojos. Tiene las palmas de las manos apoyadas en la pared de cristal y casi no puede respirar. Sea lo que sea lo que me está ocultando, lo está carcomiendo por dentro. Y me necesita.

—Mírame, Daniel.

Abre los ojos y veo que los tiene completamente negros.

—No puedes seguir así —susurro.

—Ayúdame —me pide, valiente y asustado.

A los dos nos falta el aire unos segundos.

—De acuerdo —acedo y él sonrío con cierta tristeza—. Yo también te necesito —me apresuro a confesarle, porque no quiero que se arrepienta de haberme hecho esa petición—. Siéntate aquí.

Le señalo la única silla de metal que tengo en el invernadero. Daniel se sienta, apoya las manos en los muslos y no hace ademán de ir a abrocharse la camisa. Me acerco a él y me coloco a su espalda. Primero le acaricio el pelo con suavidad y poco a poco noto que va relajándose y entregándose a mis caricias.

—Eso es, tranquilo, Daniel, confía en mí. Coloca las manos detrás de la silla —le pido.

Él mueve los brazos despacio y se sujeta una mano con la otra detrás del respaldo. No intenta tocarme, aunque sus dedos rozan mis muslos.

Me aparto y cojo una de las cuerdas que tengo en el invernadero. Es delgada, Daniel puede romperla si así lo quiere, y le rodeo las muñecas con ella. La tensión de sus hombros se afloja con cada vuelta que da la cuerda y verlo me sacude por dentro. Tanto que incluso me tambaleo físicamente y tengo que apoyarme en la mesilla donde guardo los utensilios de jardinería para no caerme. Me corto al poner la mano encima de unas tijeras abiertas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Daniel de inmediato, completamente alerta—. ¿Te has hecho daño, Amelia?

Me llevo el dedo índice a los labios.

—No es nada, sólo me he cortado.

—Déjame verlo ahora mismo —me ordena.

Mis pies avanzan antes de que yo pueda procesar sus palabras. Sus ojos están fijos en mi mano.

—Enséñame la herida.

Dejo de chuparme el dedo y se lo muestro. Daniel inspecciona el corte con suma atención.

—No soporto que te hagas daño —dice entre dientes y separa los labios para capturar mi dedo entre ellos, igual que antes he hecho yo. Desliza la lengua por la herida y succiona levemente, capturando una gota de sangre que brota de mi piel. Despacio, vuelve a abrir los labios y echa la cabeza hacia atrás para apartarse—. Ya está. Ahora estás dentro de mí.

«Oh, Daniel».

—Siempre estoy dentro de ti.

Le acaricio la mejilla y le tiembla un músculo de la mandíbula. Con los brazos atados detrás del respaldo de la silla, todo su cuerpo vibra con una emoción que deja el deseo en ridículo.

—No, no es cierto —afirma furioso.

—Claro que lo es —insisto y me dispongo a demostrárselo.

El vestido de noche que he elegido para hoy tiene un corte en el lateral que me permite libertad de movimientos y me siento encima de Daniel. Le coloco ambas manos en el torso y dejo que se acostumbre a mi tacto. Le arde la piel y a mí también. No ha apartado la mirada de la mía ni un segundo y he visto cómo el fuego que arde en ella crece hasta nuevos límites.

—Siempre estoy dentro de ti —le repito, justo antes de besarlo.

Lo hago con rabia, por haber dicho esa estupidez, y con dolor, porque me hace daño que esté intentado alejarse otra vez de mí. Y lo beso también con el amor que no podría contener aunque lo intentase. Él me devuelve el beso con los mismos sentimientos y noto que tira de los brazos como si quisiera, o necesitase, romper las ataduras.

Levanto una mano y busco la pequeña peineta que me sujeta el pelo. Cuando la encuentro, tiro de ella y la sujeto entre los dedos. Muevo las caderas suavemente encima de Daniel. Muy, muy despacio, y él responde levantando las suyas.

Me detengo y lo miro a los ojos.

—No... Por favor. —Las palabras han escapado de sus labios.

Inclino la cabeza y lo beso. Porque quiero hacerlo.

Porque en sus besos siempre se entrega a mí y me confiesa lo que tanto le cuesta decirme con palabras. Suavizo el beso y le acaricio el pelo. Los latidos de su corazón aminoran, pero siguen siendo demasiado rápidos.

—Tranquilo —le susurro, pegada a sus labios, antes de pasarle la peineta por el torso.

Él se estremece cuando las afiladas puntas le arañan la piel. Vuelvo a besarlo, mi lengua recorre el interior de su boca mientras presiono la peineta contra sus pectorales. Me besa frenético y con la mano libre que me queda le acaricio la cara.

Noto el instante exacto en que una de las puntas de la peineta se clava en su piel y dejo de besarlo. Me aparto y él abre los ojos. Sólo me ve a mí, en este momento soy el centro de su mundo.

Él es el mío siempre.

Veo resbalar una gota de sangre por su piel y la capturo con el dedo en el que antes me he cortado. Dejo caer la peineta al suelo y me acerco la gota de sangre a los labios.

Daniel no puede dejar de mirarme.

Deslizo la lengua por ella y, antes de que él recupere el aliento, lo beso otra vez. Ahora estamos el uno dentro del otro. Para siempre.

Paso las manos por el torso desnudo de Daniel y las deslizo por sus brazos hasta encontrar la cuerda. Tiro de los nudos y le suelto las muñecas.

—Dime por qué me has regalado un esqueje de ese rosal. Dime la verdad.

—Quiero atarte a mí —confiesa—. Quiero que te resulte imposible abandonarme. Mi madre siempre cuidaba ese rosal, nunca lo abandonó.

—No voy a abandonarte nunca, Daniel. Te amo.

Cierra los ojos y de repente se da cuenta de que no tiene las manos atadas. Las

coloca en mi cintura y me sujeta con fuerza.

—Esta mañana hemos discutido —me dice, antes de darme otro beso.

—Lo sé.

Mueve las caderas y me retiene con fuerza encima de él.

—La última vez que discutimos me abandonaste —me recuerda.

—Me echaste de tu lado —puntualizo yo—. ¿Es lo que estás intentado hacer ahora?

Abre los ojos y me mira. Durante un segundo, creo que va a responderme que sí.

—Necesito estar dentro de ti. Dime que puedo estar dentro de ti. Ahora. Por favor.

El modo en que me mira, esa desesperación se me mete bajo la piel.

—Hazlo. Sí. Yo también te necesito.

Sé que no hemos resuelto nada, que sigue ocultándose algo muy importante... Pero cuando estamos juntos todo tiene sentido.

Desliza una mano bajo mi vestido y se estremece al tocarme.

—Dímelo, Amelia. Ordénamelo.

Sujeto su rostro entre las manos.

—Entrégate a mí, Daniel, porque yo soy tuya desde el principio.

Mueve la mano entre nuestros cuerpos y entra en mi interior. Mi cuerpo lo aprisiona. El suyo se rinde y empieza a estremecerse. Me mira y sus ojos son los míos.

—Te amo, Daniel. Nada de condiciones.

Deja una mano en mi cintura y la otra la lleva a mi nuca para tirar de mí y besarme.

Cuando se aparta, susurra:

—Te amo, Amelia. Nada de condiciones.

Suspiro aliviada por primera vez en muchos días.

Daniel me ama, no ha podido seguir conteniendo las palabras y por fin he vuelto a oír las. Me ama y todo va a salir bien.

Al final de la noche, cuando nos acostamos al volver de la cena, me doy cuenta de que Daniel no ha llegado a explicarme por qué no quería que ninguno de los dos fuésemos a la cena. A pesar de lo precioso que ha sido que me regalase un esqueje del rosal de su madre, sé que ese gesto le ha servido para seguir ocultándome el motivo.

Y tampoco ha llegado a decirme contra qué estoy luchando, y vaya si estoy luchando contra algo; mi enemigo desconocido ha levantado todas las barreras durante la cena.

Daniel ha estado encantador, seductor, amable, ha ejercido de perfecto anfitrión... y lo ha hecho todo con la misma frialdad con que se comportaba antes. No ha mostrado ninguna emoción en ningún momento. Incluso me ha sujetado por la cintura igual que lo vi sujetar a una estúpida rubia el día que lo conocí en Mercer & Bond.

Revivo el escalofrío que he sentido en el restaurante, mientras me presentaba a unos posibles donantes como su «preciosa novia» y aparto las sábanas para levantarme de la cama. Descuelgo la bata y me la pongo antes de salir al salón. Una vez allí, me acerco a la ventana y dejo que mi mirada se pierda por las calles de Londres; tal vez en ellas encuentre alguna respuesta, porque el hombre que duerme a mi lado se niega a dárme las.

La luna brilla en el cielo y pienso en el invernadero y en la rosa que dentro de unos meses florecerá en él.

Daniel va a volverme loca. ¿Cómo puede hacerme ese regalo tan lleno de sentimiento, decirme que me necesita, entregarse a mí con completo abandono y luego presentarme como si fuese sencillamente una mujer más?

Y mañana, ¿qué sucederá mañana, volverá a ser distante durante el día y a necesitar me desesperado cuando llegue la noche?

No tiene sentido, por más vueltas que le doy, no tiene sentido.

—¿En qué piensas?

La voz ronca de Daniel me acaricia la espalda.

—En ti. Estoy intentado descifrarte.

—Ya lo has hecho, Amelia. Vamos, vuelve a la cama.

—No, yo también lo creía, pero no. De hecho, creo que ni siquiera he logrado arañar la superficie. Pero no importa —afirmo casi para mí misma, antes de darme media vuelta para mirarlo—, voy a seguir intentándolo. Averiguaré lo que significa cada capa y no pararé hasta conocerte tanto que no sabrás dónde empiezas tú y dónde termino yo.

—¿Y si no te gusta lo que averiguas...?

«Así que efectivamente me estás ocultando algo. Oh, Daniel».

—Eso es imposible, amor. —Me acerco a él y le pongo una mano en el pecho. Daniel sólo lleva unos pantalones de algodón negro para dormir—. Pero en el caso de que eso suceda, en el caso de que dentro de ti exista algún secreto horrible, nos enfrentaremos a él juntos.

Me mira y sé que no me cree.

—Vuelve a la cama, Amelia.

—¿Sabes qué? Tú también tienes mucho que aprender sobre mí, si de verdad crees que lo que acabo de decirte no es cierto. Te he dicho que te amo y sabes que jamás se lo había dicho a otra persona. Dios, Daniel, iba a casarme con otro hombre al que no se lo había dicho nunca. A ti en cambio te lo digo constantemente. El amor que siento por ti es tan abrumador que me llevó tiempo entenderlo y sí, cometí un error al principio, pero cuando sufriste ese accidente y te quedaste en coma, me juré a mí misma que si te despertabas jamás volvería a negarlo.

—Yo nunca he negado lo que sentimos.

—No, pero ahora estás intentando limitarlo. Puedo sentirlo, Daniel.

—Tal vez sea mejor así. —Se cruza de brazos—. Tal vez ese amor del que hablas es demasiado intenso, demasiado exigente.

—No crees eso. Tú nunca has creído eso y que seas capaz de decirlo ahora sólo me demuestra que estás asustado.

—No estoy asustado.

—¿Ah, no? En el invernadero me has dicho que me amabas, estabas dentro de mí y has dicho que me amabas.

Asiente y aprieta los dientes.

—Lo sé.

—Dímelo ahora, aquí mismo, sin necesidad de que el deseo te lleve al límite. Mírame a los ojos y dime que me amas.

—Todo esto es absurdo. —Se da media vuelta, dispuesto a volver al dormitorio y sé que no puedo permitirselo.

—Te amo, Daniel.

Se detiene.

Me acerco a él y me pongo de puntillas para susurrarle al oído de nuevo que lo amo. Una y otra vez, en voz baja, acariciándole el lóbulo de la oreja con la lengua y el hombro desnudo suavemente con la mano, pero sin tocarle el resto del cuerpo. Daniel está tenso y con los puños cerrados.

—Para. —Cierra los ojos—. Si me lo dices una vez más, te arranco el camisón y te follo aquí de pie.

—Oh, sí, saca al viejo Daniel Bond a ver si así me asusto y me voy. ¿Tanto miedo te doy, Daniel?

—Déjame ir, Amelia.

—Te amo —vuelvo a susurrarle.

—Por favor. Basta. No vuelvas a decírmelo.

—¿Acaso crees que si dejo de decírtelo dejaré de sentirlo? —Tensa los hombros—. Eso es exactamente lo que piensas —susurro—. Está bien, tú ganas. No volveré a decírtelo, de hecho, no te lo diré hasta que me supliques que lo haga. Pero seguiré sintiéndolo y tú también.

Paso por su lado y entro en el dormitorio antes que él. A pesar de lo furiosa que estoy, al menos ahora conozco mejor uno de sus temores y sé cómo combatirlo.

Sin darle tregua.

Y esta noche es el momento ideal para empezar la batalla.

En cuanto la espalda de Daniel toca el colchón, me doy la vuelta y le sujeto las manos por encima de la cabeza. Sin decir nada, cojo el cinturón de la bata, que segundos antes he dejado preparado en la mesilla de noche, y le ato las muñecas al cabezal. La luz está apagada, pero entre las cortinas penetra la claridad de la ciudad y puedo encontrar lo que busco sin problemas.

Aunque todavía no me hace falta.

Me siento a horcajadas encima de él y lo beso con toda la rabia y el amor que sus miedos me obligan a contener. Nuestras lenguas se pelean y nuestros dientes chocan entre sí. Es un beso sumamente erótico y posesivo y los dos luchamos por salir vencedores de ese encuentro, mientras la pasión nos domina a ambos. Gimo, Daniel me muerde el labio inferior y yo le tiro del pelo de la nuca para apartarlo.

—Quieto.

—No.

Levanta las caderas en un gesto claramente sexual.

Vuelvo a tirarle del pelo.

—Te he dicho que te estés quieto.

Respira entre dientes y el torso le sube y baja apresuradamente, pero no vuelve a mover las caderas. Sin apartarme de encima de él, busco la vela y la caja de cerillas. Cuando prendo la vela, Daniel se muerde el labio inferior y en el momento lanzo la caja de cerillas al suelo, sus pupilas se oscurecen bajo la llama.

—No deberías haberme provocado —susurro, acercando la vela a su torso sin tocarlo.

—Tú a mí tampoco.

—¿Qué te he hecho yo? —le pregunto fingiendo inocencia, mientras muevo suavemente las caderas encima de él y dejo que una gota de cera caliente le caiga en el hueco del cuello.

—Amelia. —Echa la cabeza hacia atrás y tensa todo el cuerpo.

—¿Qué te he hecho?

Otra gota, que le derramo despacio en medio del torso.

—No lo sé —confiesa furioso y muy excitado al mismo tiempo. Abre los ojos y me mira fijamente—. No lo sé y no me das tiempo a recomponerme ni a pensar.

—No quieres pensar en nada. —Aguanto la vela con la mano derecha y con la izquierda le tiro del pelo para volver a bajarle la cabeza hasta la cama—. Sólo en lo que sientes por mí. Dime por qué.

—No.

Sujeto la vela con la mano derecha y la alejo del cuerpo de Daniel para no hacerle daño, mientras inclino la parte superior de mi cuerpo para besarle la mejilla. Él intenta apartarse y yo le muerdo el lóbulo de la oreja. Se queda completamente quieto y deslizo entonces la lengua por su cuello.

—Dime por qué.

—Dios, Amelia, no puedo pensar. Necesito estar dentro de ti ahora mismo.

Me incorporo y derramo unas gotas de cera encima del musculoso pecho que oculta el torturado corazón de Daniel y muevo de nuevo las caderas.

—Por favor, Amelia.

Me aparto despacio y dejo la vela en la mesilla de noche. Después, me acerco y le quito los pantalones del pijama. Vuelvo a sentarme encima de él y sujeto su erección para deslizarla en mi interior con un único y certero movimiento. Éste es súbito,

intenso, brusco, lo que ambos necesitamos. Daniel arquea la espalda y echa la cabeza completamente hacia atrás. Tensa los brazos y los músculos se le marcan bajo la piel.

Llevo la mano derecha a su nuca y vuelvo a tirarle del pelo.

—Dime por qué, Daniel.

No me muevo, su miembro se estremece dentro de mí y yo tengo tantas ganas de besarlo y de decirle que lo amo, como de pedirle a gritos que deje de alejarse de mí.

Daniel mueve las caderas y arquea la espalda hacia atrás.

—Porque cuando pienso en ti sólo pienso en ti. —Tira de los brazos con tanta fuerza que rompe el cinturón de raso de la bata—. ¡Maldita sea, Amelia! No hay sitio para nada más. Bésame.

Lo hago y él me rodea con los brazos. Estamos completamente pegados, su sudor me resbala por la piel y los extremos de la cinta que le cuelgan de las muñecas me hacen cosquillas en la espalda. Levanta las manos y las dirige a mi rostro. Interrumpe el beso y con sus ojos negros fijos en los míos, susurra:

—No dejes que me aleje de ti. No me lo permitas.

—No lo haré.

Tiene la frente apoyada en la mía, gesto que yo imito y, sujetando también su rostro entre mis manos, lo obligo a besarme.

Lo último que pienso antes de quedarme dormida es que a mí me sucede lo mismo que a Daniel: si pienso en él, ya no hay sitio para nada más.

¿Es posible amar demasiado?

La casa de Jasper Erkel y Nathan Miller está a pocas calles del hospital donde Daniel estuvo ingresado cuando sufrió el accidente. Es una casa preciosa, sólo he estado en ella una vez y recuerdo que, cuando la vi, lo primero que pensé era que me había equivocado. En mi mente, un detective de la policía de Londres vive en un piso con muebles feos y no en una casa de ladrillo blanco, verja negra y con un buzón de hierro forjado.

Pero como he aprendido estos últimos meses, la gran mayoría de personas o de situaciones que valen la pena no son lo que parecen.

Este mediodía he ido a almorzar con Marina y cuando entrábamos en la cafetería he vuelto a tropezarme con Frederick. Él tenía una excusa, por supuesto, y ésta era completamente lógica. Iba de camino a su gimnasio, que por casualidad está cerca de la sede de la ONG.

Marina insiste en que estoy paranoica y yo he acabado dándole la razón, pero no porque creyera que la tenía, sino porque no quería seguir hablando del tema.

Además, se suponía que ese almuerzo era para hablar de ella, de la estupenda cita que tenía esa misma noche con James, el misterioso, enigmático y muy atractivo asesor de la petrolera.

Si no llevara meses recibiendo esa misma clase de miradas por parte de Daniel, me asustaría ver el modo en que James mira a Marina cada vez que la ve. Pero a diferencia de los de Daniel, los ojos de James Cavill parecen seguir buscando.

No quiero decirle a Marina que tenga cuidado, ella sabe cuidarse, y lo cierto es que después del daño que le hizo Raff, todavía es más cautelosa que antes.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Daniel, mientras vamos hacia la casa del inspector. Hemos aparcado a pocos metros de distancia y la noche, aunque fría, es agradable.

—En Marina.

—¿Le ha sucedido algo?

—No, bueno, no lo sé. Esta tarde, poco antes de que tú vinieras a recogerme — Daniel ha insistido en hacerlo—, James Cavill ha entrado en su despacho. Tenían una cita, creo.

—Creía que te gustaba James, creo recordar que lo definiste como «muy atractivo».

—Y lo es. —Veo que Daniel enarca una ceja—. Si te gustan los hombres tipo James Bond. ¡Oh, lo siento!

Daniel se ríe.

—No, no te preocupes. La verdad es que me siento halagado de que nunca me hayas comparado con él.

—Siempre has sido especial.

—Gracias.

Estamos frente a la casa de Jasper y Nathan, mirándonos a los ojos como si fuera la primera vez que bromeamos mientras paseamos. Y casi lo es.

—Si James Cavill te gusta, ¿qué tiene de malo que salga con Marina? —Daniel reanuda la marcha y me abre la verja negra.

—Nada, pero mientras ellos dos estaban en el despacho, también ha entrado Raff.

—¿Y?

—Nada. Tú has venido a buscarme y nos hemos ido. Y yo ahora estoy preocupada por Marina.

—Si tan preocupada estás, llámala o mándale un mensaje.

—Te parece una tontería.

—Me parece que Marina sabe cuidarse sola y que estaba con un hombre con el que te dejé ir a una boda.

—¿Me dejaste?

—No he terminado —me interrumpe—. Raff es el mejor hombre que conozco. Si él estaba con Marina, seguro que ella está bien.

—De acuerdo.

Subo los escalones y llamo al timbre. Oigo unas pisadas acercándose y una suave canción saliendo del interior de la casa.

—Pero te equivocas en una cosa. —Me vuelvo y miro a Daniel, que se ha quedado un escalón por debajo del mío.

—¿En qué?

—El mejor hombre eres tú.

—¡Amelia, qué alegría verte! —El efusivo recibimiento de Nathan, seguido de un abrazo, le impide a Daniel contradecirme.

Ahora soy yo la que sonrío.

Saludamos a Nathan y a Jasper y los felicitamos a ambos. Al principio de la velada Daniel está tenso e incluso tengo la sensación de que Jasper y él intercambian un par de miradas extrañas, pero a medida que avanza la noche charla con más gente e incluso mantiene una larga conversación con un juez muy amigo de Erkel.

Yo, mientras, me acerco a Nathan.

—¿De verdad besaste a Jasper delante de toda la comisaría? —le pregunto, al ver que estamos relativamente solos junto a la chimenea.

—No era toda la comisaría, pero sí, lo besé. Los hombres como Jasper y Daniel son expertos en levantar barreras tan altas que después ni ellos mismos pueden saltarlas y nos corresponde a personas como tú y yo derribarlas.

—¿Y si construyen muros o levantan barreras más rápido de lo que nosotros podemos derribarlas? —susurro mirando a Daniel, que sigue charlando con el juez.

—Amelia —Nathan me toca el antebrazo—, ¿sucede algo?

Estoy tentada, muy tentada de contárselo, pero traicionaría a Daniel y le prometí que confiaría en él y le daría tiempo.

—¿Te has equivocado alguna vez con Jasper? ¿Alguna vez has creído que él necesitaba algo cuando en realidad era justo lo contrario?

—Sí, una vez —me contesta y durante unos segundos la alegría de antes lo abandona por completo y sus ojos adquieren el tono del hielo que flota en su copa.

—¿Y?

—Fue muy doloroso para ambos, pero aprendí que tengo que hacer caso a mis instintos, a mi corazón, a lo que hay aquí dentro. —Se lleva una mano al pecho—. Aquí sabes lo que de verdad necesitáis, tanto Daniel como tú.

Tiene razón. Es mi mente la que está confusa, la que tiene miedo de estropear las cosas o de pedir demasiado.

Vuelvo a mirar a Daniel, contemplo primero su rostro y luego deslizo mi mirada por su torso hasta llegar a sus brazos y a sus manos.

Miro la cinta.

Daniel es mío y no permitiré que ni siquiera él intente olvidarlo.

—Creo que mis consejos no te hacen ninguna falta, Amelia —añade Nathan en voz baja con una sonrisa—. Ve con él, te espera.

En ese instante, tras oír su tono firme, entiendo perfectamente que Jasper Erkel, uno de los hombres más imponentes que conozco, se le haya entregado en cuerpo y alma.

Mis pies han empezado a dirigirse hacia Daniel antes de que el resto de mí pudiese comprender del todo que lo estaba haciendo. Con cada paso que doy hacia él se me acelera más el pulso y el corazón me sube a la garganta y late en mis oídos.

No me detengo, paso por su lado y lo miro a los ojos.

—Discúlpame un segundo —oigo que dice Daniel con la voz ronca.

Me sigue.

Subo la escalera, no voy a entrar en la intimidad de mis amigos, sencillamente necesito unos minutos a solas con Daniel. Me detengo en el último escalón y en cuanto

él me alcanza, enreda los dedos en el pelo de mi nuca y tira de mí para besarme. Tiene la espalda contra la pared y con un brazo me rodea la cintura mientras con la otra mano juega con mi cabello.

Le tiemblan los labios, su lengua acaricia la mía una y otra vez y los suspiros desaparecen entre los dos.

—No puedo dejar de besarte —confiesa, apartándose sólo un segundo.

El resto de su cuerpo permanece inmóvil, la única fuerza que ejerce es para sujetarme y tocarme con la delicadeza de alguien que tiene entre sus dedos algo frágil y maravilloso. Sus besos podrían ser una definición del placer en sí misma, una seducción en la que, cuando empieza, podrías ahogarte. Me posee con un beso y puede destruirme negándomelo.

Este beso, el de este preciso instante, es distinto. Es frenético, desesperado, hambriento. Triste. Apasionado.

Romántico.

—No puedo dejar de besarte —susurra de nuevo—. Cuando he visto cómo me mirabas, he sentido... Dios —farfulla, apoyando la frente en la mía—. He sentido que tirabas de mí. Mi cuerpo ha reaccionado sin pensar, dispuesto, ansioso, desesperado por seguirte. Esto es lo que necesito. —Me besa de nuevo, su lengua me recorre trémula el labio inferior—. Lo necesito tanto.

—Yo también.

Bajamos la escalera cogidos de la mano y al llegar al vestíbulo le pido que me espere ahí. Voy por nuestros abrigos y mientras los recupero de debajo de un montón que hay encima de un sofá, veo que Jasper y Nathan me han visto. Éste levanta la copa que tiene en la mano a modo de despedida y Jasper se toca ligeramente el cuello de la camisa, dejando que vea durante un segundo la cinta de cuero que lleva y que convierte su relación en la más parecida que conozco a la mía.

Les sonrío levemente y regreso al lado de Daniel.

—Voy por el coche —me dice él—. Tú espera aquí.

—De acuerdo.

Sale decidido y yo espero unos minutos antes de salir al portal para ver si llega. Tarda demasiado.

Tarda demasiado.

Hemos aparcado muy cerca y a esas horas no hay apenas tráfico. Ya debería estar aquí. El corazón me late con fuerza y unas gotas de horrible sudor frío resbalan por mi espalda. Vuelvo a entrar en la casa y busco frenética a nuestros amigos.

—¡Jasper, Nathan!

Jasper es el primero en verme y entiende de inmediato que algo va mal.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Daniel?

—Ha ido a buscar el coche, pero... —ni siquiera puedo decirlo—... tarda demasiado. Le ha sucedido algo.

—Tranquila. Iré a buscarlo. ¿Te quedas con ella, Nate?

—Por supuesto. —Nathan me rodea los hombros con su brazo mientras Jasper coge su abrigo y sale corriendo en busca de Daniel.

Vuelvo a sentirme tan impotente y furiosa como cuando Jeffrey Bond me amenazó con aquella pistola.

Pero esta vez es incluso peor, porque no temo por mí, sino por Daniel.

Minutos más tarde, minutos que sin duda a mí me han parecido horas, oigo la voz de Daniel discutiendo con Jasper. Salgo frenética a su encuentro.

—¡Tienes que decírselo! —le dice Jasper.

—¡No!

—Si no lo haces tú, lo haré yo, Bond, te lo advierto.

—¡No te metas en esto! —Daniel intenta coger a Jasper por las solapas del abrigo, pero el inspector se lo quita de encima.

—¡También es su vida!

—¡He dicho que no, Jasper! ¡No voy a permitir que corra peligro! —Vuelve a acercarse al policía y esta vez sí logra sujetarlo—. ¡No puede saberlo!

—¡Tienes que decírselo! —insiste Jasper—. ¡La estás poniendo en peligro!

Daniel le da un puñetazo y Nathan recorre la distancia que los separa en cuestión de segundos. Sujeta a Daniel por el abrigo y lo aparta de Jasper.

—No te rompo la nariz porque yo habría hecho exactamente lo mismo si alguien hubiese insinuado que Jasper corre peligro, pero si vuelves a tocarlo, te acordarás de mí.

—Suéltame —masculla Daniel, amenazador.

—Estoy bien, Nate. No pasa nada —asegura Jasper poniéndose en pie—. Además, él sabe que tengo razón —lo reta, mientras se seca una gota de sangre de la comisura de los labios.

—¡Daniel! —Corro hacia él y le rodeo la cintura con los brazos—. ¿Qué ha pasado? ¿De qué está hablando Jasper?

—Bond... —sisea Jasper.

El resto de invitados han salido a observar el espectáculo, pero ahora que la pelea ha terminado y que es obvio que sólo nos incumbe a nosotros cuatro, vuelven al cálido interior de la casa.

—Bond —insiste Nathan.

—¿Qué está pasando, Daniel? —Le suelto la cintura y me aparto para mirarlo.

Daniel deja escapar el aliento entre los dientes y, recalcitrante, saca algo del bolsillo interior del abrigo.

—Esto estaba en el parabrisas del coche.

Arranco lo que parece una hoja papel doblada de sus dedos y al abrirla veo una foto mía y de Daniel. Es de esta misma noche, de cuando nos hemos detenido a charlar frente a la casa de Nathan y Jasper.

La foto es en blanco y negro y el rostro de Daniel está completamente rasgado, como si le hubiesen pasado por encima una tijeras con mucha rabia y determinación.

Una frase escrita en rojo, dice: «A la tercera va la vencida».

Me tiemblan tanto los dedos que la foto se me cae al suelo.

—Oh, Dios mío.

Daniel la recoge y vuelve a guardársela en el bolsillo.

—Deberías dármele para que busquen huellas en el laboratorio —le dice Jasper.

—Vete a la mierda, inspector. Sabes perfectamente que no las habrá.

—Mañana quiero veros a los dos en mi despacho. Es evidente que necesitas más vigilancia.

—¿Más vigilancia? —La cabeza me da vueltas.

—No. Ya te dije que me ocuparía yo del tema.

—¡Daniel! Oh, Dios mío, Daniel. —Las lágrimas me resbalan por las mejillas—. ¿Acaso pretendes que te maten?

Me mira y mi corazón se para para empezar a romperse en pedazos. Pedazo a pedazo. Segundo a segundo.

Eso es exactamente lo que Daniel pretende.

—Quieres que te mate, no sé siquiera de quién diablos estamos hablando, pero quieres que te mate. Te has rendido. —Me fallan las piernas y él se acerca para sujetarme—. ¡No, no me toques!

Se detiene en seco, como si mis palabras le hubiesen hecho daño.

—No me toques —repito en voz más baja, sujetándome de la verja. Jasper se da cuenta y se acerca a ayudarme—. No podría soportarlo.

—Amelia.

—¡¡¡Niégamelo!!! Mírame a los ojos y dime que no crees que mereces morir. —Silencio, lo único que oigo son mis esperanzas y mis sueños sollozando con la misma desesperación que yo—. Oh, Dios mío.

Me doy la vuelta en los brazos de Erkel porque no puedo seguir mirando a Daniel. Me está matando de verdad. El inspector me abraza y oigo su voz a lo lejos cuando se dirige a él.

—Llamaré a la comisaria y pediré que vengan unos técnicos a inspeccionar el coche. Yo tampoco creo que encontremos nada, aunque vale la pena intentarlo. Tú ve a casa y descansa, pero no entres hasta que Frederick haya inspeccionado el lugar.

O sea que Frederick también está metido en esto. No sé si echarme a reír o seguir llorando.

—¿Vienes, Amelia? —A Daniel le ha costado tener que formular esta pregunta delante de los otros dos hombres.

—No —contesto sin apartar la cara del torso de Jasper, porque si lo miro aunque sea un segundo, cambiaré de opinión y me iré con él. Y si me voy con Daniel ahora, pueden suceder dos cosas: discutimos y terminamos en la cama, entregándonos el uno al otro, con lo que mañana me odiaré a mí misma por haber cedido y a él por haberme mentido, o discutimos y rompemos nuestra relación para siempre.

Las dos opciones son demasiado dolorosas.

Insoportables.

—Amelia, por favor.

—No. —Me muerdo el labio inferior y me sujeto tan fuerte de la camisa de Jasper que a este paso terminaré rompiéndola.

—Deja que se quede aquí esta noche —sugiere entonces Nathan—. Tenemos una habitación de invitados y mañana por la mañana la acompañaré a vuestra casa.

Deduzco que Daniel asiente, porque un minuto más tarde oigo sus pasos alejándose por la calle.

El frío me cala los huesos, a pesar de que llevo el abrigo y de que Jasper sigue abrazándome. No dejo de temblar y las lágrimas siguen bañándome la cara. No sé cuánto rato llevo así, con el rostro escondido contra el torso de mi amigo, negando lo que sucede a mi alrededor, pero al final la voz de Nathan me obliga a volver a la realidad.

—¿Estás segura de que no deberías ir con Daniel?

No puedo creerlo. Parpadeo incrédula ante la pregunta de Nathan.

—Precisamente tú deberías entender mejor que nadie por qué no me he ido con él.

Nathan no se inmuta ante mi mal humor.

—Y precisamente tú deberías entender mejor que nadie por qué Daniel te ha pedido que lo acompañases. Te lo ha pedido, Amelia, y tú te has negado.

—¡Lleva semanas vigilándome en secreto, actuando a mis espaldas, mintiéndome!

—Si tan enfadada estás con él, ¿por qué diablos me estás gritando a mí? ¿Cómo quieres que Daniel confíe en ti si cada vez que se complican las cosas te niegas a estar a su lado?

—No me niego a estar con él, sólo necesito tiempo para pensar. Ha vuelto a mentirme.

Incluso yo pienso que empiezo a sonar como una cría.

—Ha vuelto a protegerte —interviene ahora Jasper—. Yo no estoy completamente de acuerdo con el método que ha elegido, pero lo cierto es que es su pasado y que le corresponde a él elegir cuándo y cómo quiere contártelo. Y en cuanto a que te haya mentido, ese hombre, Amelia, casi contrata a un ejército para protegerte.

—Yo no quiero que me proteja, yo sólo quiero estar a su lado.

—¿Entonces? —Nathan levanta ambas manos, confuso.

Me seco unas lágrimas.

—Estoy cansada —me justifico, descubriendo efectivamente que estoy exhausta—. Necesito dormir y Daniel también.

—Vamos, Amelia. —Erkel me pasa un brazo por los hombros—. Entremos en casa, te acompañaré a la habitación de invitados y procura descansar. Mañana, Nathan te acompañará a casa. Yo llevaré la foto a la comisaría y comprobaré si hay alguna

cámara de tráfico apuntando hacia donde habéis aparcado el coche.

—Jasper, ¿Daniel corre peligro? —Se me detiene el corazón sólo de pensarlo—. ¿Quién ha hecho esa fotografía, qué quiere?

—No lo sé. No creo que Daniel esté en peligro, pero sí creo que debería tener cuidado.

—Pensaba que después de la muerte de Jeffrey Bond ya no teníamos nada que temer.

—Yo también, Amelia —me contesta Jasper—, pero al parecer el pasado de Daniel es más complejo de lo que creíamos.

—¿De verdad crees que él no corre peligro?

Jasper suspira y saca el móvil del bolsillo.

—Aquí el inspector Erkel —se identifica—, manden un coche patrulla a la siguiente dirección —les da la de nuestro apartamento— y mantengan un dispositivo de vigilancia sobre el señor Daniel Bond. —Una pausa—. Sí, hasta nueva orden. Las veinticuatro horas. Buenas noches.

—Gracias, Jasper.

Nathan sube la escalera con nosotros y se añade a la conversación.

—Ese hombre, el que ha hecho las fotografías, no le va a hacer nada. No es lo que busca.

—¿Y qué busca?

—Hablar con él. Hacerle sentir su dolor.

Daniel (No puedes quedarte sin su punto de vista sobre esta noche).

Dejar a Amelia en los brazos de Jasper Erkel ha estado a punto de matarme, pero era lo que tenía que hacer.

Es lo que tengo que hacer, me repito, mientras me obligo a seguir andando calle abajo en dirección al coche.

Es lo que tengo que hacer. En el limpiaparabrisas no había sólo la fotografía que se ha quedado Erkel, había dos más: una de Amelia entrando en el London Hospital mientras yo estaba en coma y otra de ella y yo besándonos en el jardín de la casa de Hartford.

Ninguna de esas fotografías ha sido elegida al azar.

Ese maldito hijo de puta me está mandando un mensaje y ya ha llegado el momento de que le responda. Llevo semanas preparándome, reuniendo información sobre mis padres y Jeffrey Bond, sobre el misterioso Vzalo y sus inversiones, las legales y las que no lo son tanto.

Sé cómo ponerme en contacto con él. En principio iba a ser cauto y esperar, pero ahora que ha amenazado directamente a Amelia, todo me da igual. Si cree que puede acercarse a mí lo bastante como para hacerle daño a ella, ahora verá que yo también sé cómo hacérselo a él.

Lo único que me preocupa es que Amelia esté a salvo y no puedo imaginarme un lugar más seguro que el hogar del inspector Erkel y el agente Miller. Con ellos dos estará bien y si algo va mal... si algo va mal, la ayudarán a recomponerse y Amelia saldrá adelante.

«Quieres que te mate. Te has rendido».

Esa acusación se acerca demasiado a lo que he sentido a lo largo de estos días, desde que Martin Bond resurgió de entre las cenizas. Sí, hay una parte de mí que siempre se sentirá culpable por haber sobrevivido a mi hermana Laura, pero ahora que me he obligado a recordar mi pasado, también me he visto obligado a asumir que era

un niño. Mi hermana era mayor que yo y me protegió, hizo exactamente lo mismo que habría hecho yo de haber estado en su lugar.

Pero no lo estaba, sólo tenía once años.

Cuando llego a casa, veo que hay un coche patrulla aparcado en la esquina. Lo habrá mandado Erkel. En otras circunstancias me pondría furioso, pero esta noche tengo mucho que hacer y subo directamente a mi apartamento.

No me detengo demasiado, si caigo en la tentación de darme un poco de tiempo, llamaré a Amelia y volveré a pedirle que me entienda y que me perdone por haberle ocultado la verdad. Saco una maleta negra del armario y la lleno con lo imprescindible. La cierro y me dispongo a preparar mi primer mensaje para Martin.

Me dirijo a la caja fuerte que tengo instalada en el interior de un armario y, tras introducir la combinación, saco unas fotografías. Cuando sabes qué buscar, todo resulta más fácil y el gesto más inocente adquiere todo su sentido.

Son unas fotografías del día de la boda de mis padres, pero en la que cojo mi madre no está presente, mientras que mi padre está apoyado en una pared, charlando con su hermano, que le toca el brazo. Lo más interesante de esta fotografía es que mi padre lleva un anillo en la mano derecha, una especie de sello universitario que, curiosamente, es idéntico al que aparece en la mano de Vzalo en otra fotografía. Cojo la fotografía de éste y dibujo un círculo rojo alrededor de la mano con el anillo, después hago lo mismo con la fotografía del día de la boda y encima de esta segunda, escribo:

No vuelvas a acercarte a mí.

Guardo ambas fotografías en un sobre, cojo la maleta y me dispongo a abandonar el apartamento, pero antes me detengo un segundo y le escribo una nota a Amelia. La dejo encima de su almohada y en un gesto inconsciente acaricio la tela imaginándome que ella está allí.

No voy a contarle qué planes tengo, cuanto menos sepa, mejor. Seguro que insistiría en acompañarme y en estar a mi lado y entonces su vida volvería a correr peligro. Algo que evitaré a toda costa.

Me subo de nuevo al coche y conduzco rumbo a Hartford. El trayecto dura unas cuantas horas, así que dispongo de tiempo para pensar en los últimos flecos de mi plan. Quizá no debería hacerlo, a pesar de que llevo días investigando y reuniendo pruebas, todavía me falta mucha información. Son demasiadas las cosas que pueden salir mal. O

sencillamente no salir. Tal vez no logre sacar a Vzalo de su escondite, quizá todo esto quede en nada.

No, de un modo u otro todo va a terminar y esta vez será para siempre.

Mi primera parada es el cementerio de Hartford.

Detengo el coche y bajo con el sobre en la mano. Me dirijo sin dudarle a la tumba donde se supone que yace mi padre, ocupada en realidad por algún desconocido, y coloco el sobre encima de la lápida. Lo sujeto con una piedra y, tras asegurarme de que no saldrá volando, me voy de allí.

A ver cuánto tarda Martin en recibir el mensaje.

Vuelvo a meterme en el coche, lo pongo en marcha y emprendo mi viaje a Escocia. Allí visitaré a Natalia y luego iré a ver el maldito *Eden Fall* personalmente, y si tengo que derribar el maldito lugar para que Martin aparezca, lo haré. Porque a pesar de todo, a pesar de mi estúpido comportamiento de estas últimas semanas, a pesar de que me he ido y he dejado a Amelia bajo el cuidado y la protección de otro hombre, lo único que quiero es empezar el resto de mi vida con ella a mi lado.

Me detengo a descansar unas horas en un motel de la carretera. Duermo un poco, me ducho y prosigo viaje. He marcado el número de Amelia infinidad de veces en el teclado del móvil, pero ni una sola he llegado a presionar la tecla de llamada. Lo único que me permito es mandarle un breve mensaje al inspector Erkel comunicándole que me dirijo a Escocia y que no hace falta que sus hombres me sigan vigilando. Al final del mensaje, le pido que por favor siga cuidando de Amelia.

El tosco detective responde con un brevísimo «OK», pero por extraño que parezca, esas dos letras me parecen cargadas de significado y me tranquilizan. A media tarde, llego a mi segunda parada, la casa de Natalia Bond, mi abuela.

Aparco el coche al lado de unas jardineras y cuando salgo del vehículo el olor de las violetas me transporta de inmediato a mi infancia, a un dormitorio, el de Laura, donde siempre había un ramo de esas flores. En mis recuerdos veo a una mujer muy elegante llegar a casa, saludar a mi madre y evitar a mi padre y después acercarse a Laura y a mí con una sonrisa. Esa mujer aparece ahora, mucho más arrugada, frente a mí al abrir la puerta de su casa. Y es la misma que no impidió que sus dos únicos nietos quedasen en manos de un depravado.

Sale a recibirme y, aunque sigue siendo muy hermosa, ahora es sólo el espectro

de la que yo recuerdo.

Se queda inmóvil en la puerta, le tiembla la mandíbula y se lleva una mano a la cara para ocultarlo. Si no estoy equivocado, ha cumplido ochenta y siete años; tiene un aspecto frágil, pero en su mirada brilla algo muy intenso.

Tardo unos segundos en reconocerlo: remordimientos.

—Daniel —susurra.

—Hola, Natalia, ¿puedo pasar?

Ella asiente y se aparta de la puerta. Lleva un elegante vestido negro y un collar de perlas. Su maquillaje consiste únicamente en un poco de carmín en los labios.

Oigo el clic de la puerta al cerrarse. Natalia se vuelve despacio y sus ojos me recorren de la cabeza a los pies.

Había preparado cientos de preguntas para hacerle, me la había imaginado como una figura fría y distante, calculadora incluso. Sin embargo, delante de mí hay una anciana llena de dolor, soledad y tormento.

—¿Por qué?

Es lo único que necesito saber.

—No lo sabía.

—No me mientas. Si me mientes, me iré de aquí y no volverás a verme —afirmo entre dientes.

—Es la verdad. —Camina hasta un sofá y se sienta en él apesadumbrada—. Y eso es lo peor de todo, Daniel. No tengo ninguna excusa. Nadie me amenazó con nada, Jeffrey no me manipuló, al menos no de manera directa, sencillamente, no lo sabía. — Hasta ahora ha mantenido la cabeza gacha, pero la levanta y me mira a los ojos—. Tendría que haberlo sabido.

—¿Cuándo te enteraste? ¿Cómo? —Me siento en una butaca frente a ella—. Yo nunca llegué a contártelo, pero recuerdo perfectamente el día en que viniste a verme a aquel psiquiátrico donde me encerró Jeffrey.

—Me echaste.

—No quería verte. ¿De qué me servían entonces tus remordimientos? Laura ya estaba muerta y a mí me faltaban unos meses para alcanzar la mayoría de edad. Lo único que quería era irme lejos de allí y olvidarme de todo eso.

—Y vengarte. Oh, no me mires así, Daniel. Te vi los ojos esa mañana, el sentimiento que te mantuvo cuerdo allí dentro y que te ha impulsado todos estos años ha sido tu deseo de venganza.

No lo niego.

—¿Cómo descubriste la verdad?

—Espera un momento, por favor.

Natalia se levanta y se acerca a un mueble del salón, abre un cajón y saca una pequeña y vieja libreta de cuero rojo. El corazón se me para al verla; a pesar de que no logro identificarla del todo, sé que la he visto antes.

Mi abuela acaricia la cubierta como si fuese un gesto integrado en su memoria y tras suspirar despacio se acerca a mí y me ofrece el cuaderno.

—Por Laura.

Al oír el nombre de mi hermana, una imagen cristaliza con nitidez en mi mente: Laura sentada en el suelo de la biblioteca, con ese cuaderno rojo en el regazo.

Lo cojo con el corazón en un puño.

—Su diario —digo con reverencia.

—Debió de mandármelo antes de suicidarse. —Se le quiebra la voz, pero no derrama ni una lágrima—. Tardé más días de la cuenta en recibirlo, porque Laura lo mandó aquí y yo estaba en Londres, intentando encontrar la manera de que Jeffrey no te encerrase en ese hospital. ¿Te hicieron daño?

—¿En el hospital? —le pregunto, sorprendido al detectar verdadera preocupación en su voz—. No, allí no. Por eso accedí a quedarme. Lo único que tuve que hacer fue mentir, decir que lamentaba haber acusado a mi tío de haber violado a Laura durante años y de haberla empujado al suicidio.

—Oh, Dios mío, Daniel, si le hubiese llevado este diario a la policía —susurra abatida de verdad al volver a sentarse.

—No habría servido de nada. Laura ya estaba muerta y Jeffrey habría encontrado la manera de negar todas las acusaciones. —Acaricio yo también el cuero rojo—. ¿Puedo quedármelo?

—Es tuyo —dice sin más—. ¿Qué vas a hacer ahora? Jeffrey ya está muerto y tú tienes la posibilidad de ser feliz. No la desperdicies viviendo en el pasado, odiando unos fantasmas.

—¿Es lo que has hecho tú?

Natalia traga saliva y le tiembla el labio inferior, pero cuando me contesta lo hace con suma dignidad.

—No es fácil olvidar que has criado a un monstruo, a dos en realidad. Por muy despreciable que fuese el comportamiento de Jeffrey, yo seguía viéndolo regalarme un ramito de flores por mi aniversario, o jugando a pelota en el jardín. Pero cuando recibí el diario de Laura, me enfrenté a él y él... —le cae la primera lágrima—, él me miró como si mi opinión no le importase lo más mínimo, como si yo no fuese nadie. Años más tarde, recibí unos papeles de un abogado de Londres comunicándome que declaraban nula su adopción. Legalmente dejó de ser mi hijo, supongo que en realidad nunca lo fue.

—¿Y Martín?

Natalia me mira verdaderamente confusa.

—Martín murió con tu madre en ese accidente de coche.

No voy a contarle que estoy convencido de que ése no es el caso. Todavía no.

—¿Qué es Eden Fall?

Ella se queda sin aliento un segundo y después lo suelta despacio. Gira la cara hacia la ventana que hay al fondo de la sala de estar y empieza a hablar:

—La finca que Jeffrey y Martín compraron juntos para reunirse a escondidas. En una ocasión los oí hablar de ella —recuerda casi para sí misma—, estaban diciendo que por fin habían encontrado su paraíso. Tu abuelo fue quien lo descubrió. Llegó un día,

furioso, desencajado y con los ojos desorbitados. Se negó a contarme qué le había sucedido, pero unos días más tarde apareció Jeffrey, le dio un puñetazo y le dijo que si volvía a hacerles daño, lo mataría. Se gritaron, se insultaron, se pegaron. Jeffrey se fue de aquí con el labio ensangrentado y lo único que logré que me contase tu abuelo fue que lo había encontrado con Martin en una casa en Escocia y que los había dejado allí encerrados, diciéndoles que si tantas ganas tenían de estar juntos, podían estarlo para siempre.

—¿Has estado allí alguna vez?

—Una.

—¿Cuándo?

—¿De verdad quieres saberlo?

La miro a los ojos y asiento.

—Con tu madre, cuando se enteró de que estaba embarazada por segunda vez. Vino a verme desesperada, tu padre y ella habían discutido, él se había ido de casa y no lo encontraba por ninguna parte. La tranquilicé y le dije que no se preocupase, que seguro que Martin no tardaría en volver o en dar señales de vida. Pero pasaron los días y ninguna de las dos recibió ninguna noticia. Entonces, una mañana, ella me dijo que, en medio de la discusión, tu padre le había dicho que se iría a pensar al único lugar donde podía estar en paz. De inmediato pensé en *Eden Fall* y llevé a tu madre hasta allí. Tu abuelo había averiguado dónde estaba la casa y sabía cómo llegar.

—¿Qué pasó?

—Llegamos y tu padre no estaba solo. Jeffrey estaba con él. Tu madre ni siquiera llegó a hablarle, no habló con ninguno de los dos.

—¿No sucedió nada más?

—Jeffrey me sonrió y rodeó a Martin por la cintura delante de mí. No pareció sorprenderle lo más mínimo que nos hubiésemos presentado allí. Era como si nos estuviera esperando.

—Es lo más probable.

—Tu madre volvió a Hartford y cuando tú naciste y vi a tu padre a su lado,

pensé que habían solucionado las cosas. En eso también me equivoqué.

—Tal vez las solucionaron, pero sólo durante un tiempo.

Nos quedamos un rato en silencio. Natalia mueve nerviosa los dedos en el regazo.

—Leí que habías tenido un accidente de coche y que estuviste en coma — empieza—. ¿Estás bien? ¿Te has recuperado?

—Sí, supongo que sí.

—También leí que tu prometida estaba a tu lado.

—Sí.

Mi abuela suspira de nuevo.

—Mira, Daniel, sé que crees que tendría que haberte salvado, y tienes razón. Tendría que haber hecho muchas cosas de otra manera, pero ahora sólo soy una anciana a la que le gustaría recuperar la única familia que le queda.

La miro y en sus ojos veo la soledad que hasta que conocí a Amelia era mi perenne compañera.

—Gracias por recibirme, Natalia —le digo, poniéndome en pie. Ella también se levanta y es evidente que se siente abatida—. Y gracias por darme el diario de Laura.

Asiente y se dirige hacia la puerta para despedirme.

—De nada, Daniel.

Me detengo antes de salir. La estoy culpando a ella de un error que yo mismo cometí. Si yo no hubiese visto a Jeffrey atacando a Laura cuando lo hice, tampoco habría descubierto la verdad. Mi hermana consiguió ocultarnos a todos lo que sucedía.

—Me quedaré unos días en Escocia para resolver unos asuntos —le digo de repente—. Tal vez podríamos cenar juntos mañana.

—Me encantaría, Daniel.

De nuevo en el coche, me dirijo al hotel donde he reservado habitación y una vez más lucho contra las ganas que tengo de llamar a Amelia y contarle lo que ha sucedido. Si estuviera a mi lado, sabría exactamente qué decir para tranquilizarme, cómo tocarme. Pero no está y no me reuniré con ella hasta que no quede ninguna amenaza contra nosotros.

El diario de Laura me pesa en el bolsillo, las pesadillas que contiene seguro empeorarán las mías, pero por la noche, cuando empiezo a leerlo sentado en la cama, recupero también algunos buenos recuerdos de mi hermana. Y siento que comparto parte de la carga que durante años llevó ella sola sobre sus hombros.

Lo último que leo antes de cerrar los ojos es:

Daniel será magnífico. Está a punto de cumplir dieciocho años, sólo faltan unos meses y entonces podremos irnos de aquí. Sí, Daniel será magnífico.

Mañana iré a *Eden Fall*.

TERCERA PARTE

*De cómo un hombre y una mujer aprenden que su amor los hace más fuertes.
Indestructibles. Para siempre.*

PRÓLOGO A LA TERCERA PARTE

*Dos semanas sin Daniel
Amelia*

Cuando el sábado después de la fiesta Nathan cumplió su promesa y me acompañó a casa, descubrí que Daniel se había ido.

Me gustaría poder decir que me sorprendió, pero la verdad es que no, aunque eso tampoco significa que me lo esperase. Me bastó con abrir la puerta para saber que no estaba y que si miraba en el armario de nuestra habitación, una de sus maletas negras tampoco estaría.

Nathan se ofreció a quedarse, pero yo le pedí que me dejase sola. Él me dijo que me llamaría más tarde y que, por supuesto, si lograba averiguar algo, mandaría alguien a buscarme.

No averiguó nada, tal como Jasper y él ya temían, pero sí que me llamó para preguntarme si necesitaba algo. Igual que me ha llamado cada día durante el resto de la semana.

Hoy se cumplen dos semanas desde nuestra horrible discusión y sigo sin saber dónde está Daniel.

Habría podido averiguarlo, no me habría costado demasiado. Sé que Jasper lo sabe, o que tiene una idea muy aproximada de su paradero, pero no se lo he preguntado. Todavía no he acabado de asimilar todo lo que me contó sobre lo que Daniel había estado haciendo esas últimas semanas.

Todo empezó la noche de nuestro regreso de Hartford, con un estúpido mensaje telefónico, y empeoró al día siguiente cuando Jasper le entregó a Daniel un expediente con información sobre él, su accidente y también el accidente que había acabado con la muerte de sus padres.

Un momento, me corrijo, con la vida de su madre, porque, al parecer, el padre de Daniel todavía está vivo.

Y Daniel me ha estado protegiendo de él, de ese demonio de su infancia que creía exterminado para siempre y que no deja de renacer de entre las cenizas.

Una pesadilla.

La que Daniel tuvo esa noche y se negó a contarme y de la que ha intentado dejarme al margen, como si yo fuera una estúpida muñeca de porcelana, incapaz de protegerlo y de cuidarlo, de mantener alejados los demonios.

Estoy furiosa, y dolida, y más furiosa.

Y muerta de miedo.

El inspector Erkel se ha disculpado más de mil veces por haberme dejado fuera al principio y el agente Miller ha disfrutado recordándole que él siempre opinó que tenían que contármelo. La intención de Erkel era buena y, además, como también se encargó de recordarme, legalmente sólo tenía obligación de contárselo a Daniel.

Mientras yo he estado buscando desesperada alguna explicación para el extraño y distante comportamiento de éste, él ha estado investigando por su cuenta. Reviviendo los horribles maltratos que sufrió a manos de su tío Jeffrey, las pesadillas que todavía desconozco de su niñez, y lo ha hecho para protegerme. O eso cree él.

Yo sigo creyendo que Daniel quiere morir, que busca el modo de castigarse por haber sobrevivido a su hermana Laura y por haberse atrevido a ser feliz durante un instante. Lo único que me hace dudar es la nota que encontré encima de mi almohada.

Volveré. Llevo la cinta y volveré. Si te has ido, no descansaré hasta encontrarte y lograr que me perdones.

Tengo el papel doblado en mi bolsillo. Siempre lo llevo encima, incluso ahora, aunque ya no sé si sirve de nada.

Dos semanas sin recibir ni una noticia suya, sin una llamada, sin nada.

Dos semanas.

No sé por qué diablos sigo aquí.

Tendría que volver con Marina. Pienso en mi mejor amiga y en lo que me contó el otro día sobre Raff y James.

Suspiro. Tal vez tendría que buscarme un piso para mí sola.

Sí, mañana mismo leeré con atención la sección de alquileres del periódico.

Doy un par de vueltas en la cama y abro los ojos.

Son las tres de la madrugada.

Odio estar aquí sin Daniel. Odio este silencio. No oír su respiración a mi lado es probablemente la peor tortura que podría haber imaginado.

Y vivir sin sus besos.

La noche que se fue, pensé que volvería al cabo de unas horas y me quedé sentada en el sofá, esperándolo, mirando la puerta, convencida de que aparecería de un momento a otro.

No volvió.

No sé qué me pasa, siento como si la piel no pudiera contener las emociones que siente mi cuerpo.

Todo esto es absurdo.

Llevo semanas aquí sola y nunca me había sentido así.

Va a volver, lo presiento.

O tal vez mi corazón me está jugando una mala pasada. Será mejor que beba un poco de agua y me tranquilice. Me levanto de la cama y salgo del dormitorio; no he querido dormir en la cama del piso de arriba.

Daniel se ha ido y me niego a pensar que hemos acabado, por eso me he quedado en su cama.

En nuestra cama.

Camino hasta la ventana, las luces de la ciudad me hacen compañía y recuerdo

algunos de los momentos que él y yo hemos vivido en este salón.

Algunos son maravillosos, intensos, profundos. Otros dolorosos.

La puerta se abre.

Daniel.

No tengo que volverme, sé que es él. Es el único que hace que se me pare el corazón.

No puedo respirar, tengo miedo de hacerlo y de despertarme en la cama.

Tal vez todo esto sea solamente un sueño y cuando vuelva a despertarme estaré de nuevo sola, con las mejillas mojadas por las lágrimas.

—Amelia.

Su voz me eriza la piel.

Daniel está aquí y yo tengo que verlo. No voy a perder ni un segundo más, quiero verlo, dejar que su presencia se deslice dentro de mí y se pegue a mi piel, a mi sangre. Le he echado tanto de menos.

—Has vuelto... —Es lo único que soy capaz de decirle.

Está más delgado y debajo de los ojos tiene unos círculos negros, pero desprende toda la fuerza de siempre.

Incluso más.

—Necesitaba verte. Necesito besarte... Necesito...

No puedo más.

Me acercó a él y le cojo la cara entre las manos.

Noto su incipiente barba y tiemblo al experimentar algo tan íntimo. Quiero volver a sentir su sabor, no quiero imaginármelo ni un segundo más.

Deslizo la lengua entre sus labios, que ceden indefensos ante mí. Lo beso con

todo el amor y la rabia de estas semanas y un gemido —¿mío? ¿suyo? ¿nuestro?— se desvanece entre los dos.

—Lo siento —dice, con los ojos absolutamente en llamas. Me ha mordido el labio y me sujeta como si no pudiera soportar la idea de soltarme.

Esta vez ha sido él quien ha decidido irse y me pongo furiosa al recordarlo.

—No lo sientas, Daniel. —Necesito tenerlo conmigo otra vez. Quiero que volvamos a ser uno. Recordarle que no podemos vivir si no estamos juntos—. No lo sientas y dime que no volverás a irte.

—Tienes que creer que nunca pensé... —Me besa el cuello y su respiración entrecortada me acaricia la oreja—... Nunca creí poder amar así.

Daniel

No tendría que haber vuelto, tendría que haberme quedado en Escocia para siempre. Tarde o temprano habría aprendido a estar sin ella, o al menos a soportar su ausencia. Sujeto el volante con fuerza y aprieto a la mandíbula para contener las náuseas. Se me retuercen las entrañas solamente de pensar en otra mujer. El sudor frío que me empapa la frente me demuestra que jamás seré capaz de hacerlo y soy lo bastante listo como para saber que tengo que dejar de engañarme.

Conduzco hasta el garaje de mi dúplex en Londres y el peso que me ha oprimido el pecho durante estas últimas semanas desaparece de repente.

Estoy cerca de Amelia.

Todo sigue igual y durante un segundo, mientras detengo el motor del Jaguar, me imagino cómo serían las cosas si no me hubiese ido esa noche. Si hoy estuviese volviendo del bufete y no de una separación que se me ha hecho eterna.

Y que quizá tendría que serlo.

Me quedo dentro del coche con las luces apagadas, los fluorescentes del parking confieren una luz extraña, casi irreal, a mi entorno.

—Pon el coche en marcha, Daniel —me digo, con la frente apoyada en el volante.

Pero mi mano sujeta el tirador y abre la puerta del vehículo y todo mi cuerpo —y mi corazón— me lleva la contraria.

Al entrar en el ascensor, se me tensa la espalda. Aquí he besado a Amelia, aquí ella me ha enloquecido de deseo.

El corazón me golpea las costillas con fuerza. Antes desconocía la existencia de este órgano y sin embargo ahora guía mi comportamiento... al menos respecto a Amelia. Cierro los ojos y respiro profundamente.

Mi estado empeora, me excito. Más de lo que ya lo estaba. Huelo su perfume y la imagino delante de mí, sonriéndome, deslizado un dedo por el hueco del cuello de mi camisa. Dios, estoy a punto de...

Las puertas de acero se abren y la campanilla me avisa de que he llegado a mi destino.

Camino decidido hasta mi apartamento y abro sin darme la posibilidad de detenerme, sin desviar la vista hacia la cinta que me rodea la muñeca.

El dúplex está a oscuras, la única luz proviene del enorme ventanal del fondo y, sin embargo, mis ojos no tienen ninguna dificultad en encontrar a Amelia.

Está de pie frente a la ventana, dándome la espalda.

No me ha dicho nada, pero sé que se le ha detenido el corazón al percibir mi presencia.

A mí me ha sucedido lo mismo.

—Amelia —digo en voz baja, sin darme cuenta.

Cada sílaba tiembla en mi garganta y me noto la boca seca al terminar de decirlo.

Ella se da media vuelta y cuando sus ojos se detienen en los míos, comprendo que he sido un estúpido al pensar que podía verla un segundo y marcharme de nuevo.

—Has vuelto...

—Necesitaba verte. —Trago saliva y soy incapaz de moverme—. Necesito besarte... Necesito...

No termino la frase, Amelia está delante de mí, con sus labios contra los míos.

Me sujeta la cara entre las manos y siento cómo le tiemblan. Su lengua se desliza en mi boca y un gemido desaparece entre los dos.

—Lo siento —murmuro, apartándome un segundo.

Le he mordido el labio y la sujeto por la cintura como si mis manos fueran grilletes.

—No lo sientas, Daniel —me dice, mirándome fijamente—. No lo sientas y dime que no volverás a irte.

—Tienes que creer que nunca pensé... —Le beso el cuello y mi respiración entrecortada le acaricia la oreja—... Nunca creí poder amar así.

Amelia

—No vuelvas a echarme de tu lado, Daniel —le exijo entre besos—. Otra vez no. No puedo soportar estar sin ti.

—Yo tampoco.

Le rodeo la cintura con los brazos y escondo el rostro en su pecho. Cuánto le he echado de menos. Me estremezco y vuelvo a llorar.

—Lo siento, Amelia. Oh, Dios, lo siento. —Le tiemblan las manos al acariciarme la espalda—. No llores, por favor.

—Siento no haberme ido contigo esa noche de casa de Jasper y Nathan. Lo siento mucho —digo, con la voz también trémula.

—No, no. Reconozco que me puse furioso y que cuando vi que Erkel te abrazaba, estuve tentado de arrancarle los brazos, pero lo entiendo. O creo que he llegado a aceptarlo.

—Cuando vi que no volvías con el coche, me asusté tanto, y cuando llegaste con esa fotografía y comprendí que llevabas días mintiéndome, ocultándome la verdad después de que nos habíamos prometido no volver a hacerlo... Me enfadé y quise hacerte tanto daño como tú me estabas haciendo a mí.

Daniel suelta despacio el aliento y me da un inseguro un beso en la cabeza.

—Te mentí y por desgracia creo que volvería a hacerlo. Si sé que estás en peligro, te protegeré. Siempre. Por cualquier medio que sea necesario.

—Daniel, pero no sabes si estoy en peligro. Según Jasper, lo más probable es que seas tú quien lo corre. —Me estremezco y Daniel me abraza más fuerte—. Tendrías que habérmelo contado y no ordenarle a Frederick que me siguiese a todas partes, o pasarte la noche hurgando tú solo en las heridas de tu pasado en busca de una pista para encontrar a Martin.

—Gracias por no llamarlo «mi padre».

—¿Lo ves? —Me aparto y lo miro a los ojos—. Yo te entiendo y puedo ayudarte. Cuando tú no estás, no sirvo para nada. No puedo pensar, no puedo dormir, ni siquiera me importa respirar. Pero cuando estás —le sujeto de nuevo la cara entre las manos—, todo tiene sentido.

—¿Y si esto es lo que acaba con nosotros? ¿Y si destruyendo a Jeffrey y a Martin termino convirtiéndome exactamente en un hombre como ellos? —Se aparta y me da la espalda—. ¿Y si me abandonas después de descubrir toda la verdad?

—Daniel...

—Entonces no me quedará nada, ni siquiera yo mismo. No quiero morir. —Se da media vuelta y vuelve a mirarme. Tiene los ojos negros y brillantes y reflejan su desesperación por hacerme entender—. Esa noche, frente a la casa de Erkel, me acusaste de querer morir.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque veo en tu interior y sé que sigues creyendo que no mereces estar aquí, que mereces un castigo horrible por haber sobrevivido y que la muerte es la única manera de ajustar cuentas.

—¿Con quién?

—Con tu hermana, con el destino. —Me seco una lágrima—. No lo sé. Pero mírame a los ojos y dime que no crees que morir sería el castigo perfecto para ti.

—No, no lo creo. El castigo perfecto para mí sería, es, perderte a ti. Por eso me fui, porque sé que si yo desaparezco, tú estarás bien.

—¿Y tú?

—Tú estarás bien, eso es lo único que importa.

—Yo no estaré bien sin ti, Daniel. Ni ahora ni nunca. Te amo. —Él no dice nada, a pesar de que lo veo apretar con más fuerza la mandíbula—. ¿Te fuiste para castigarte?

—No, me fui para evitar que ese monstruo volviese a sacar una fotografía tuya, para devolverte tu vida.

—Sin ti no la quiero.

—Amelia, por favor.

—Entonces, si sigues empeñado en mantener las distancias, ¿por qué has vuelto?

Estamos de pie en el salón, frente a esa ventana que tantas veces ha sido testigo de nuestros sentimientos.

Cierro los puños a los costados y me digo que tengo que estar preparada para escuchar su decisión. Él en ningún momento me ha dicho que no vaya a volver a marcharse.

Coge aire y luego lo suelta despacio.

Se acerca y, deteniéndose ante mí, se arrodilla. Es como si sus piernas se negasen a seguir soportando su peso. Levanta los brazos lentamente, parece que apenas pueda moverlos, y me rodea con ellos la cintura. Apoya la cara en mi estómago y frota suavemente la mejilla.

Está llorando.

—Para suplicarte que me digas que me amas.

—Oh, Daniel. —Le acaricio el pelo y él me abraza con más fuerza—. Te amo, te amo.

—Perdóname, Amelia. Por favor.

—No... No tienes que pedirme perdón. No de esta manera.

—Tenías razón. Aunque no me lo dijeras, seguía sintiéndolo. —Suspira—. Pero he echado tanto de menos oírlo.

—¿Dónde has estado, Daniel?

—He estado en el infierno, en *Eden Fall*.

—¿Eden Fall?

—La casa que Martin y Jeffrey compraron en Escocia para estar juntos. La casa donde mi abuela descubrió que sus dos hijos eran amantes y donde mi abuelo decidió encerrarlos durante días. No sé qué pasó, Natalia, mi abuela, no recuerda todos los detalles. Dice que ha intentado olvidarlos. Pero cuando Martin y Jeffrey salieron de esa casa, habían cambiado.

—No, Daniel, no hace falta que me lo cuentes ahora.

Está a mi lado, ha vuelto y estoy convencida de que esta vez es para siempre. El resto puede esperar.

—Quiero contártelo. No digas nada, solamente escucha y cuando termine dime que seguirás a mi lado.

—Daniel.

—En *Eden Fall* comprendí que todos los hombres tenemos un infierno. El mío es estar sin ti. No me condenes a eso.

—No, amor mío. —Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas mientras le acaricio el pelo.

—Martin y Jeffrey siguieron siendo amantes y visitando *Eden Fall* a escondidas. Mi abuela lo sabía, pero fingía no saberlo, y cuando mi abuelo murió, decidió disfrazar esos recuerdos y vestirlos de otra manera en su mente. Debió de suceder algo, qué lo ignoro, pero Martin conoció a mi madre y decidió convertirla en su principal víctima; la sedujo hasta que ella se enamoró de él y aceptó contraer matrimonio. Entonces Jeffrey se puso furioso y se fue a vivir unos años fuera de Inglaterra, pero cuando Laura era pequeña, volvió con un plan: seducir a mi madre y vengarse así de Martin. Jeffrey cortejó a mi madre y se la llevó de fin de semana a *Eden Fall*. Lo organizó todo a la perfección para asegurarse de que Martin los pillara en la cama.

—Daniel...

—Pero Martin perdonó a mi madre y ese juego tan enfermizo continuó con una pieza más: yo. El día que mi familia y yo sufrimos el accidente de coche, mis padres estaban discutiendo sobre *Eden Fall*. Lo había olvidado, pero ahora me acuerdo de todo. Recuerdo que años más tarde le pregunté a Jeffrey qué era *Eden Fall* y él me contestó «un montón de cenizas».

»Según Natalia, incendió la casa tras el accidente, dos noches después del funeral de Martin. Pero he estado allí y el edificio sigue en pie. Jeffrey sólo quemó una parte, un pequeño cobertizo. No quiero saber por qué. Tampoco sé cómo diablos sobrevivió Martin al accidente ni a quién pertenece el cadáver que Laura y yo incineramos en su lugar. Y no sé cómo fue que Martin se convirtió en Vzalo, pero puedo imaginármelo.

»Natalia me ha contado que los adoptaron a los dos en Rusia, que se los veía tan unidos que no se atrevieron a separarlos, aunque mi abuelo y ella en principio sólo habían pensado adoptar un niño. Tal vez en realidad siempre se ha llamado Vzalo, o quizá sea el jodido nombre que tenía su juguete preferido, pero se llame como se llame, sigue vivo y me odia. Y quiere destruirme.

»Y el mejor modo de destruirme a mí es haciéndote daño a ti.

Se me detiene el corazón y la esperanza que he sentido al ver a Daniel se apaga.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Has venido para despedirte? ¿Quieres que te perdone para poder seguir adelante sin mí?

—No, no. —Niega con la cabeza y a través de la ropa noto que tiene la frente empapada de sudor—. No puedo. Te necesito, Amelia. Cuando puse un pie en *Eden Fall* supe que mi infierno es estar sin ti y que sin ti sucumbiré a él de un modo u otro. Jamás me convertiré en un monstruo, eso lo sé, pero dejaré de sentir y volveré a menospreciar la vida.

»Pero tienes que saber la verdad, tienes que saber que la sangre de esos despreciables corre por mis venas y teniendo en cuenta cómo me comportaba antes de conocerte, es más que evidente que es así. Quiero que sepas que intentaré protegerte por todos los medios, incluso de mí si es necesario, y que te necesito para derrotar a Martin.

—¿Sólo para eso?

—No, no sólo para eso. Te necesito para vivir, Amelia. Sin ti no soy capaz de hacerlo y no quiero intentarlo. ¿Y sabes qué? Si el infierno existe, entonces también existe el cielo... —Traga saliva—. Y yo he estado allí, pero sólo entre tus brazos. Quiero seguir sintiéndolo, aunque sólo sea un día más.

—No me importa quiénes sean Martin y Jeffrey, tú no tienes nada que ver con ellos, por mucho que insistas en compararte. El hombre que conocí hace un año no era malo, Daniel, era un superviviente. Hiciste lo necesario para sobrevivir, para seguir con

vida y esperarme. Y por eso te estaré siempre agradecida. A pesar de lo que has dicho, yo sin ti no estaría bien. Estaría muy lejos de estar bien. Levántate, por favor, y ven conmigo a nuestra cama. Podemos hablar de esto mañana, o pasado, o cuando tú quieras, mi respuesta será siempre la misma.

—Cuál...

—Que te amo, Daniel, y que estaré siempre a tu lado.

Me inclino hasta encontrar su cara y lo beso. Daniel se pone en pie sin dejar de besarme y me coge en brazos para llevarme al dormitorio. Cuando entramos, me deja otra vez en el suelo con cuidado.

Busco su cuerpo con las manos para desabrocharle los botones de la camisa y cuando le toco la piel, noto que se estremece. Lo acaricio despacio con las yemas de los dedos y se aparta tras respirar entre dientes.

—Es demasiado, Amelia. Demasiado.

Lo miro a los ojos y comprendo a qué se refiere. Está tan excitado que su erección se marca bajo los pantalones.

Tiene los iris negros como una noche de tormenta y la piel cubierta de sudor. Está haciendo un enorme esfuerzo para contenerse mientras todo su cuerpo le está exigiendo que se rinda y le deje sentir placer.

Si lo beso una vez más, perderá el control. Si lo toco, perderá el control. Y Daniel no necesita eso.

—Tumbate en la cama, amor. —Entrelazo los dedos con los suyos y lo acompaño hasta allí.

Daniel se sienta primero en un extremo y yo le quito los zapatos amorosamente. Él observa mis movimientos fascinado y en silencio. Después le quito el pantalón y la camisa y lo empujo levemente para que se tumbe en la cama.

—Amelia, por favor... —susurra sin darse cuenta.

Yo me quito la bata y me quedo sólo en camisón y antes de volver a acercarme a la cama, abro uno de los cajones y cojo un abanico de plumas. Me lo compré hace semanas, una tarde, después de hablar con Martha sobre «objetos imprescindibles para

la noche de bodas». No quiero el abanico entero, sólo una pluma. Tiro del extremo con cuidado y la extraigo de la varilla.

—Cierra los ojos —le pido, sin mostrarle la pluma.

Me doy media vuelta y veo que ha accedido a cumplir mi petición. Nathan tenía razón, pienso durante un breve instante, tengo que hacerle caso a mi corazón, él sabe lo que Daniel necesita.

Me siento en la cama al lado de él y lo observo fascinada. Me duele mirarlo, sobre todo al pensar que he estado a punto de perderlo por tercera vez.

Deslizo la pluma primero por su torso y se queda sin aliento. No dice nada y noto que se obliga a relajarse.

—Déjate llevar, Daniel, conmigo estás a salvo.

—Lo sé —responde.

Vuelvo a acercar la pluma y le acaricio con ella un antebrazo; se le eriza la piel y su erección tiembla en los calzoncillos.

—Insistes en pensar en el dolor, pero a ti lo que de verdad te hace perder el control es el amor, Daniel.

Abre los ojos entre sorprendido y asustado y me mira.

—No, nunca he sentido tanto placer como cuando me entrego a ti.

—Te entregas a mí siempre, Daniel, no sólo cuando te ato o te muerdo, ni siquiera cuando utilizamos el fuego de las velas. Tú pones tu placer en mis manos —le digo en voz baja, acercándole la pluma al interior del muslo—. ¿Y sabes cuándo lo pierdes? —Niega con la cabeza—. Cuando te digo que te amo, o cuando te beso —le paso la pluma por el costado—, o cuando te acaricio la mejilla.

—Dios, Amelia. —Aprieta los dientes y echa la cabeza hacia atrás.

—Desnúdate del todo, Daniel.

Se quita los calzoncillos al instante. Llevo la pluma hasta su miembro y se lo acaricio muy despacio.

—Ahora mismo, no quieres que rodee tu erección con un anillo de cuero para impedir que sigas excitándote o que eyacules, lo que deseas de verdad es que me acerque y te dé un beso.

Con la pluma le acaricio los testículos.

—No quieres que te apriete o que te haga daño de ninguna manera, quieres que te acaricie.

Deslizo la pluma por encima del muslo hasta su rodilla.

—Quieres que te ame, Daniel, que cuide de ti.

Levanto la pluma y detengo las leves caricias y él arquea la espalda y levanta las caderas buscándolas. Lo premio bajando la pluma de nuevo y pasándosela por la frente y después por las mejillas y el cuello.

—Es lo que necesitas, Daniel: delicadeza, amor, pasión... conmigo.

Le paso la pluma por el costado hasta llegar a la axila y sigo por el brazo.

—No te excita la violencia, ni los juegos de cama sin sentido. Te excitas tanto porque me amas y porque sabes que te amo. Te excitas tanto, hasta el límite de perder el control, porque sabes que conmigo estás a salvo.

Le deslizo la pluma primero por una ingle y después por la otra y luego de nuevo por encima del pene. Las reacciones del cuerpo de Daniel son tan hermosas que hasta me cuesta respirar en su presencia.

—Conmigo no tienes que reprimir nada, ningún gemido.

Le acaricio el ombligo con la pluma y gime.

—Ningún deseo.

Le dibujo los músculos del abdomen.

—Ninguna emoción. Tú y yo podemos serlo todo para el otro, puedes dominarme siempre que quieras porque te pertenezco. —Veo que flexiona los dedos y sigo—: Puedes besarme y obligarme a contener un orgasmo porque soy tuya.

La pluma está ahora en su clavícula, recorriéndosela despacio.

—Puedes entregarte a mí siempre que tú quieras porque me perteneces. Puedo atarte, quemarte, morderte, porque eres mío.

Se la paso por el esternón y Daniel arquea de nuevo la espalda.

—Pero ahora mismo, en este preciso instante, sólo tengo que hacer una cosa para darte placer.

Aparto la pluma y espero unos segundos a que su respiración se tranquilice y abra los ojos.

—¿Sabes cuál?

Me mira con ojos brillantes. Nunca antes se los había visto tan sin defensas como ahora, nunca antes habían reflejado tantos sentimientos.

Me acerco a él sin poder evitarlo y susurro pegada a sus labios.

—Decirte que te amo.

Daniel se estremece y empieza a eyacular. Sus brazos me rodean con fuerza. Echa la cabeza hacia atrás en silencio y se le marcan los tendones del cuello de un modo incluso doloroso. Se sacude descontrolado, aunque al mismo tiempo puedo sentir el dominio que ejerce sobre sus músculos. Hasta que no puede más y se rinde por completo.

—Te amo, Amelia. Te amo.

Tira de mí hasta que nuestros labios se encuentran y sigue besándome durante todo el orgasmo. Y también cuando deja de mover las caderas.

—Te amo, te amo, te amo.

Lo repite sin cesar mientras aparta las sábanas y nos mete a los dos debajo sin soltarme.

Respira despacio y creo que se ha dormido. Debe de estar exhausto después de todo lo que le ha sucedido estos días, pero Daniel me sorprende haciéndome una pregunta totalmente inesperada.

—¿Has anulado la boda?

Le pongo una mano en el torso y me incorporo para mirarlo.

—No.

La sonrisa que aparece en su rostro es contagiosa.

Levanta la mano con cinta en la muñeca y me acaricia la cara.

—Gracias —susurra.

—De nada.

—¿Cuándo es?

—Dentro de unas semanas —le contesto, jugando con el vello de su pecho—.
¿Necesitas decirme algo más?

—Sí.

Lo miro y espero.

Y espero.

—Daniel, ¿qué necesitas?

—Que me hagas el amor.

—Ven aquí. —Me tumbo en la cama y le tiro de un brazo para que quede encima de mí—. Bésame, bésame con todas tus fuerzas y lo haremos juntos. Creo que empieza a dársenos bien.

Unas semanas más tarde

Daniel

No tendría que haber accedido a esto. Tendría que haber ido con Amelia ante el alcalde y cobrarme uno de los favores que éste me debe. A estas horas ya estaríamos casados y en Italia. Y en la cama.

—¿Estás nervioso, hijo?

Tardo unos segundos en entender que alguien me está hablando a mí. No estoy acostumbrado a que me llamen de esa manera: «hijo», y ese tono paternal me resulta totalmente desconocido.

—No —contesto.

Es verdad. No estoy nervioso. Impaciente, sí. Incluso molesto por toda esta parafernalia, pero no estoy nervioso. Cada vez que me late el pulso, noto la cinta alrededor de la muñeca y me basta para saber que, al menos en eso, mi relación con Amelia es como tiene que ser.

—No tienes motivos para estarlo —prosigue el desconocido—. Soy Frank, el tío de Amelia.

—Encantado —digo, estrechándole la mano que él me ha tendido.

—Si no estoy mal informado, el novio tiene que esperar a la novia frente al altar.

Al decirlo, Frank me mira enarcando una de sus cejas blancas, al mismo tiempo que se enciende un cigarrillo que tiene entre los labios.

—Yo la esperaré aquí.

Los dos estamos frente a la pequeña iglesia donde Amelia y yo vamos a casarnos, junto a unos arbustos repletos de flores que hay en la entrada. Frank me sonrío y da una calada.

—Creo que ya están aquí. —Se saca el cigarro de la boca y señala un coche negro que avanza despacio hacia nosotros. Apaga el cigarrillo contra una de las piedras del muro de la iglesia y se despide—: Nos vemos dentro.

En realidad, apenas le he oído. Todos mis sentidos están pendientes de Amelia. Mis ojos sólo ven que por fin ha salido del coche y que lleva el vestido más sensual y hermoso que he visto nunca. Su sonrisa me quita el aliento y cuando me mira... me da absolutamente igual lo que dicte el protocolo. Ella es mía y tengo que recordárselo.

Necesito volver a sentirlo.

Camino decidido hacia Amelia mientras noto que me queman los pulmones al coger aire, porque lo único que quiero hacer es oler su perfume. Aprieto los puños y el corazón me golpea las costillas. El padre de Amelia se aparta de mi camino y su madre y su hermano me miran confusos, pero no me importa. Nada me importa.

Sólo ella.

Le sujeto la cara entre las manos. El calor de su piel penetra en mis palmas y se extiende por todo mi cuerpo.

Amelia suspira un segundo antes de que mis labios devoren los suyos por completo.

Ella también necesitaba besarme. Su sabor, que ahora ya forma parte de mí, me tranquiliza y enloquece al mismo tiempo. Jamás tendré suficiente. Nunca llegará el día en que no necesite besarla. Mi lengua recorre el interior de su boca con desesperación y un gemido escapa de mi garganta para terminar perdido entre sus labios.

Amelia coloca las manos en mi cintura, por debajo de la chaqueta negra, y sus dedos me sujetan las caderas al mismo tiempo que me muerde el labio inferior.

Dios.

Me estremezco y aprieto los párpados con fuerza para contener el deseo que amenaza con ponerme de rodillas en ese mismo instante.

Amelia me suelta el labio despacio y antes de apartarse, siento que desliza la lengua por encima de la marca que han dejado sus dientes. Me acaricia suavemente la espalda. Ella sabe que necesito sentir ambas cosas: la intensidad de nuestro deseo y la fuerza de su ternura.

Suelto el aire por la nariz sin abrir aún los ojos y Amelia susurra:

—¿Entramos juntos?

Parpadeo y la miro. ¿Cómo es posible que alguna vez haya pensado que era capaz de vivir sin ella? Trago saliva antes de contestar.

—Sí, juntos.

Me sonrío y yo me aparto para ofrecerle mi brazo.

Haré todo lo que me pida.

Estas últimas semanas han sido difíciles, pero han merecido la pena. Hemos discutido más de una vez, pero en todas las ocasiones nos hemos reconciliado. Amelia ha querido que le cuente todo lo que he averiguado sobre Martin y *Eden Fall*, y después me ha obligado a contárselo a la policía. Si no fuera porque el condenado inspector Erkel y el agente Miller empiezan a caerme bien, no lo habría hecho.

También están invitados a la boda y se han sentado en el lado del novio, como si fuéramos amigos, cerca de Rafferty y del misterioso James Cavill al que por fin conozco. Marina está sentada en el lado de la novia y los dos fingen no mirarla.

El inspector Erkel, Jasper, como él insiste en que lo llame, ha retomado la investigación sobre Martin Bond, alias Vzalo, pero de momento la pista más fiable es *Eden Fall*. Sin embargo, aunque tienen la finca vigilada, nadie se ha acercado por allí en mucho tiempo. Excepto yo.

Amelia me pidió que invitase a Natalia a la boda, pero me he negado. No quiero ningún recuerdo de mi pasado en nuestro día. Todavía no sé si alguna vez lograré perdonar a mi abuela por no habernos salvado a Laura y a mí de las garras de Jeffrey. Será mezquino de mi parte, pero la culpa del suicidio de Laura y eso me impide pasar página. Al final, y porque Amelia me lo pidió, accedí a visitarla de nuevo en Escocia, pero esta vez con ella.

La ceremonia es breve, gracias a Dios, porque yo sólo tengo ojos para Amelia y me muero de ganas de besarla de nuevo y de quitarle este vestido que parece estar a punto de derretirse bajo mis dedos.

—Sus votos, Daniel —me recuerda el sacerdote.

Miro a Amelia. El resto de gente desaparece a mi alrededor y me olvido por completo de lo que había pensado decirle.

—Yo, Daniel, me entrego a ti y sólo a ti, Amelia. También te doy mi corazón, mi alma y mi vida. Ninguna vale demasiado, pero son tuyas. Para siempre.

—Oh, Daniel. —Amelia, mi Amelia, se pone de puntillas y me besa—. Gracias —susurra al apartarse—, cuidaré muy bien de ellas.

—Lo sé.

Creo que el sacerdote nos declara marido y mujer, pero yo tengo ya a la mía entre mis brazos y la estoy besando con todas mis fuerzas. Estar aquí con ella ha estado a punto de costarme la vida y quiero besarla hasta convencerme de que realmente lo hemos logrado.

Cuando nos apartamos, vemos que estamos rodeados de gente sonriente que quiere felicitarnos. Los primeros son los padres de Amelia, que me abrazan y me recuerdan que ahora somos familia y que puedo y debo contar con ellos. Luego el tío Frank y el hermano de Amelia, Robert, que me estrecha la mano y mantiene un poco las distancias. Todavía está enfadado porque su hermana no nos presentó hasta hace apenas unos días y no sabe si puede confiar en mí.

No me importa. Amelia sí confía en mí.

Rafferty se acerca y nos felicita dándonos un fuerte abrazo a los dos, a Amelia le da también un beso en la mejilla, pero finjo no verlo. James Cavill es menos expansivo y reconozco que hay algo en este hombre que me inquieta, aunque no logro precisar qué es exactamente.

Por su parte, Marina también nos felicita, igual que Patricia, mi socia, y que Martha.

No hay nadie más porque no nos hace falta nadie más. Y cuando entro en el coche y veo la alianza en la misma mano en que llevo la cinta, pienso que lo de casarnos ha sido la mejor idea que he tenido en mucho tiempo.

Amelia

Señora de Daniel Bond, no puedo dejar de repetirlo en mi mente. Daniel y yo hace mucho que nos pertenecemos y nuestra boda no ha cambiado nada al respecto, pero reconozco que no puedo evitar sonreír cada vez que alguien me llama así. Como cuando hemos vuelto a nuestro apartamento:

—Buenas noches, señor y señora Bond, y felicidades por la boda —nos ha saludado el portero.

Daniel le ha estrechado la mano y yo lo he abrazado.

Al pobre hombre casi le da un infarto al ver cómo lo miraba Daniel.

Ahora estamos ya solos en el ascensor, igual que el día que lo conocí, aunque, por suerte, las cosas han cambiado. Y mucho.

—Los ascensores te sientan muy bien —le digo, recorriéndolo con la mirada.

Ese traje negro le queda de infarto y desde que el sacerdote nos ha declarado marido y mujer es como si Daniel desprendiese un aire de satisfacción más intenso que antes.

Me sonrío.

—A ti también, señora Bond. —Desliza los ojos por mi cuerpo y su mirada es casi una caricia—. Estás preciosa.

Llevo un vestido blanco de encaje hasta las rodillas.

Después del gran fiasco que fue mi primera boda, no quería casarme vestida de princesa. Además, Daniel no se ha enamorado de una princesa de cuento de hadas, se ha enamorado de mí.

Noto su mirada fija en mi escote e, instintivamente, llevo allí mi mano. Me está desnudando con la mirada y se le ha acelerado la respiración. Lo veo apretar la mandíbula y flexionar los dedos y siento esas reacciones dentro de mí.

No llegaremos al apartamento.

—Para el ascensor.

Daniel enarca una ceja.

—Para el ascensor —repito—. Ahora.

Él pulsa el botón que detiene la maquinaria.

—La alarma saltará dentro de cinco minutos —dice, sin dejar de mirarme.

Me acerco a él, que se ha quedado inmóvil junto a los botones y le tiro de la corbata.

—Dame las manos.

Las levanta al instante. Su torso le sube y baja agitado, como cuando está al límite del deseo. Le ato las muñecas y, poniéndome de puntillas, le desabrocho los botones del cuello de la camisa.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —le pregunto, mientras le beso la piel que ha quedado al descubierto.

—Cuatro minutos. —Ha tenido que tragar saliva para poder responderme.

—Bien, Daniel, eres mío y voy a hacer contigo algo que llevo semanas queriendo hacer. —Le lamo la oreja y él se estremece—. No puedes moverte. No puedes hacer ruido. —Le beso el cuello y termino hundiendo suavemente los dientes en su piel—. Tú asegúrate de avisarme antes de que se acabe el tiempo. No quiero que salte la alarma. ¿Entendido?

—¿Pretendes que esté pendiente del reloj mientras me tocas?

—Eso es exactamente lo que pretendo, Daniel.

Estas últimas semanas han sido difíciles, pero las hemos superado juntos. De noche, él se ha estado conteniendo. Cree que no lo he notado, pero sigue tratándose como si estuviese hecha de porcelana o como si ya no necesitásemos entregarnos el uno al otro.

Pero nada ha cambiado, no hemos perdido nada, al contrario, hemos ganado. Es maravilloso que Daniel pueda hacer el amor sin necesidad de sentir dolor, un sueño que en ocasiones había temido no alcanzar, pero es innegable que sigue necesitando entregarse a mí. Y yo a él. Lo noto en cómo me mira, en cómo flexiona los dedos sobre las sábanas, en cómo se le oscurecen los ojos.

No sé si lo ha estado reprimiendo porque cree que ya no deseo esa faceta de él, de nosotros, o si lo ha hecho porque ha querido mantener esa clase de distancia antes de la boda. Sea cual sea el motivo, es una estupidez.

Daniel me necesita y yo a él y ha llegado el momento de recordárselo.

—El reloj, no lo olvides.

Le paso la lengua por el esternón, mientras le suelto el cinturón y le bajo la cremallera de los pantalones.

Coloco una mano encima de su erección en el mismo instante en que lo muerdo en el pecho.

—Amelia —gime.

Le beso el mordisco y muy lentamente me pongo de rodillas ante él. Aparto la tela de los calzoncillos y, despacio, le paso la lengua por la punta del miembro.

Daniel tiembla al sentir mi aliento en la piel y entonces rodeo su pene con el calor de mis labios.

Él intenta mover las caderas, pero yo se las sujeto para retenerlo contra la parte trasera del ascensor. Mi lengua traza círculos en su prepucio y mis labios se aseguran de no dejar ni un centímetro sin acariciar.

Daniel se estremece y oigo que golpea la pared con la hebilla del cinturón al mover los brazos.

—Ayúdame, Amelia, por favor.

Ah, aquí está el Daniel que ha intentado esconderme estos días. Por fin.

Sigo lamiéndolo, clavándole las uñas en la cintura cada vez que intenta mover un milímetro las caderas.

—Por favor, Amelia, por favor. Ayúdame. —Retrocedo tanto como puedo sin dejarlo escapar de mis labios y cuando oigo que se queda sin respiración, vuelvo a cubrirlo con el calor de mi boca—. Por favor, ayúdame, ayúdame.

Suelto su erección y levanto la cara para mirarlo.

—Dime qué necesitas y te ayudaré, pero dime la verdad.

—Quiero hacerte el amor.

—Y yo a ti, pero no es lo que necesitas ahora, Daniel. —Le muerdo encima de la cadera un segundo y cuando se estremece, vuelvo a apartarme—. Te amo, Daniel. A ti con todas tus facetas, a ti de verdad. No quiero esta versión contenida que intentas darme. No es de la que me he enamorado. No es la que necesito. Y tú tampoco.

—Yo... No puedo pensar, Amelia. Dios. —Apoya la cabeza en la pared del ascensor—. Dame un minuto, Amelia.

—No, date prisa, dime qué quieres de verdad.

Deslizo la lengua por su erección una vez más.

—Dios —exclama de nuevo—. Quiero que vuelvas a coger mi miembro entre tus labios y que me digas que no puedo correrme. —Cierra los ojos como si sus propias palabras fueran a llevarlo al límite—. No quiero que me sueltes las manos y quiero que me tumbes en la cama y sigas besándome. Quiero que enciendas la vela blanca y me excites más con la cera y con tus besos. Y quiero que, cuando esté al límite, me obligues a retroceder y volver a empezar. Otra vez. Y cuando esté loco de deseo, cuando tiemble del esfuerzo que haya tenido que hacer para no terminar, cuando tenga los músculos de las piernas agarrotados de lo mucho que haya tenido que contenerme para no moverme, cuando tenga el pecho cubierto de sudor y de tus besos, entonces quiero que te sientes encima de mí y me introduzcas en tu interior.

Es a mí a quien están a punto de llevar al orgasmo sus palabras.

—¿Y entonces podré darte permiso para que termines dentro de mí?

—No —se humedece los labios—, pero tú sí te correrás.

—¿Y después?

—Después me obligarás a mirarte mientras te mueves encima de mí hasta volver a excitarte, me obligarás a decirte qué siento exactamente con cada una de tus caricias y entonces, y sólo entonces, me darás permiso para correrme.

Daniel le da al botón de subida.

Las puertas del ascensor se abren en nuestro piso y me pongo en pie de un salto. Me tambaleo un poco, pero logro recuperar el equilibrio a tiempo. Le subo la cremallera del pantalón y tiro de él, cogiéndolo de la mano.

—Pues entonces eso es exactamente lo que haremos, pero antes...

Cierro la puerta de nuestra casa y lo llevo al dormitorio sin decir nada más.

—¿Qué haremos antes?

—Tú nada. —Hago que se siente en el extremo de la cama—. Yo voy a desnudarme delante de ti y tú tienes que mirarme. Si cierras los ojos, pararé, pero tranquilo —me acerco a él y le desabrocho de nuevo el pantalón—, puedes correrte cuando quieras, siempre y cuando me lo pidas antes. Y después haremos todo lo que necesites.

—¿Me lo prometes? —Me mira con sus ojos negros.

—Te lo prometo.

Me llevo una mano a la cremallera del vestido, pero él me detiene.

—¡No! Por favor —pide—. El vestido no.

Bajo las manos hasta las medias y enarco una ceja.

—Sí, las medias sí. —Suspira aliviado.

Me quito los zapatos y me bajo las medias lo más lentamente que puedo. Después, deslizo las manos bajo el vestido y me quito también la ropa interior. A juzgar por cómo Daniel aprieta la mandíbula, he eliminado la prenda acertada. Levanto las manos y me suelto el pelo. Él gime.

—¿Sí, Daniel?

—Acércate, por favor.

Lo hago despacio y me detengo frente a él sin tocarlo.

—Siéntate encima de mí.

Sonrío mientras levanto una pierna y después la otra para sentarme a horcajadas en su regazo.

—¿Qué más, Daniel?

Echa la cabeza hacia atrás y tira de las manos, que sigue teniendo atadas a la espalda.

—Ponme dentro de ti —dice entre dientes—. Ahora. Por favor.

Meto una mano entre nuestros cuerpos y sujeto su erección. Daniel lleva puestos los pantalones y los calzoncillos así que su pene apenas puede moverse. Lo deslizo dentro de mí y me quedo completamente quieta a pesar del placer que se extiende de inmediato por el interior de mi cuerpo.

—¿Y ahora?

—Dios, Amelia, deja de torturarme. Soy tuyo, deja que me corra, por favor. Y prométeme que después me harás todo lo que te he pedido.

Le rodeo el cuello con los brazos y le doy un beso en los labios. Daniel intenta resistirse, una noche me confesó que mis besos son lo que más le hacen perder el control, pero no se lo permito. Le separo los labios con la lengua y no dejo de lamérselos y mordérselos hasta que cede y me deja besarlo con la pasión que ambos necesitamos.

Muevo las caderas ligeramente y las de él tiemblan para mantenerse inmóviles. Le acaricio el pelo de la nuca y pego mi torso al suyo.

—Por favor, Amelia, por favor. Deja que me corra ya —gime, interrumpiendo el beso.

Le doy otro cargado de más deseo aún que el anterior.

Yo tampoco puedo más. Ver que lo he recuperado y que es mío para siempre, y que se está entregando a mí con tanto abandono es más de lo que puedo soportar.

Interrumpo el beso y acerco los labios a su oreja.

—Voy a correrme, Daniel, necesito correrme y sentir que te corres conmigo. —Le acaricio la nuca—. Vas a hacerlo muy bien. —Mueve la cabeza en busca de mi mano—. Córrete, amor mío. —Tengo que abrazarme a él con todas mis fuerzas de lo fuerte que

es su orgasmo—. Así, Daniel, así. Más.

—Amelia —gime, apretando los dientes—. Mi Amelia. Mi Amelia. —Hunde el rostro en mi cuello y me muerde.

—Daniel.

Cuando los dos dejamos de temblar, nos quedamos allí sentados. Él tiene la frente apoyada en mi clavícula y yo le rodeo el torso con los brazos. Me aparto y lo sujeto de los hombros para poder mirarlo a los ojos.

—Gracias por volver a ser tú —le digo, antes de besarlo.

—Gracias por no dejarme seguir ocultándome —contesta.

Me levanto y él me tiende las manos para que lo desate.

—Oh, no, Daniel, esta noche no ha terminado. Y si de mí depende, no terminará nunca.

A la mañana siguiente, el timbre del teléfono móvil de Daniel nos sobresalta a ambos. Muy poca gente conoce ese número y si alguien ha decidido llamar el día después de nuestra boda es porque se trata de algo muy importante.

Yo tiemblo sólo con oír el timbre y Daniel se da cuenta y me abraza.

—Puedo no contestar.

—No, no puedes. Los dos sabemos que tienes que contestar.

Él suspira resignado y se levanta de la cama en busca del teléfono. Contesta de regreso al dormitorio.

—De acuerdo. Allí estaré.

—¿Ha sucedido algo?

Deja el teléfono encima de la mesilla de noche y se sienta a mi lado en la cama. Suelta despacio el aliento antes de mirarme.

—Nunca he terminado de contarte qué hice en Escocia.

Me incorporo hasta sentarme y me tapo con la sábana. Daniel está desnudo y veo cómo los músculos de la espalda le vibran tensos. Levanto una mano y lo acaricio despacio para recordarle mi presencia y decirle con mi contacto que puede contarme todo lo que quiera.

—Fuiste a ver a Natalia.

—No hice sólo eso. Busqué pruebas sobre Vzalo, sobre sus orígenes, cualquier cosa que pudiese demostrar que Martin y él son la misma persona y que merece pasarse el resto de la vida encerrado en una cárcel. Durante días no encontré nada determinante, nada específico, hasta que una noche, después de pasear por *Eden Fall*, tuve una pesadilla. Cuando me desperté, me di cuenta de que lo estaba enfocando mal, tenía que demostrar que Martin no había muerto en ese accidente y que en realidad nunca había existido, que siempre había sido únicamente Vzalo.

Se le eriza la piel y le doy un beso en el omoplato.

—Encontré a uno de los enfermeros que nos atendió la noche del accidente. Me explicó que mi madre murió en el acto y que Martín tenía una herida muy grave en el costado y el rostro desfigurado por los cristales. Laura y yo también estábamos heridos, así que nos convertimos en la principal prioridad del equipo médico, pero ese sanitario se quedó con Martín mientras éste estaba inconsciente. Al parecer, farfullaba en ruso; el enfermero lo entendía un poco, porque había tenido una novia de esa nacionalidad.

»De repente, apareció un hombre que no se identificó y que corrió al lado de Martín. El enfermero supuso que alguien lo habría llamado y no le dio más importancia.

Unas horas más tarde, cuando pasó a visitar a Martín éste ya no estaba en la habitación. Pero la firma del médico que aparece en el certificado de defunción es falsa.

—Oh, Daniel.

—Le conté todo esto a Erkel. A ti no, porque quería evitarte estos detalles escabrosos. Erkel ha averiguado que ese enfermero aceptó dinero a cambio de que Jeffrey se llevase a Martín de allí. Dice que lo hizo porque Martín iba a morir de todas formas y por el dinero, obviamente.

—¿Jasper ha llamado para decirte eso?

—Sí y también que han encontrado a Martín y van a arrestarlo. Tienen tantos delitos de los que acusarlo que pueden incluso elegir.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Indiferente —dice algo sorprendido—. Pensaba que cuando llegara este momento me sentiría aliviado, o que me herviría la sangre e iría a matarlo con mis propias manos.

—¿Y no sientes nada de eso?

Se vuelve y me mira a los ojos. Niega despacio con la cabeza y muy, muy lentamente esboza una sonrisa.

—No.

Se inclina y me da un beso. Separa los labios con dulzura y me rodea con los brazos para tumbarnos a los dos en la cama. Me acaricia la espalda desnuda debajo de la sábana y pega su cuerpo al mío.

—No voy a permitir que vuelva a meterse en mi cabeza —dice al apartarse—. Ahora y siempre lo único que me importa eres tú. Te amo.

Vuelve a acercarse a mí y sigue besándome, primero despacio y poco a poco con más fervor. Luego me acaricia la piel y se coloca encima de mí para hacerme el amor.

Es tan simple, tan elemental el modo en que nuestros cuerpos encajan el uno en el otro. Nos movemos suavemente y no dejamos de besarnos ni de mirarnos y cuando Daniel empieza a eyacular dentro de mí, alcanzo yo también el orgasmo.

Nos quedamos abrazados, él todavía con la respiración entrecortada y yo juego con el cabello que se le ha pegado a la nuca.

—Martin y Jeffrey destruían todo lo que tocaban, incluso a sí mismos. El daño que nos hicieron a Laura y a mí tenía como objetivo hacérselo el uno al otro. No pretendo entenderlo, ni mucho menos justificarlo, pero en su particular y retorcida historia de amor, cuando Jeffrey abusó de mí y de Laura lo hacía para vengarse de Martin, del hombre al que había amado y que lo había traicionado. No quiero volver a acercarme a esa clase de odio. Te tengo a ti y he recuperado el recuerdo de mi hermana.

—Y a ti mismo —añado, emocionada al oírlo hablar así.

—Y a mí mismo —reconoce, dándome un beso.

Oímos vibrar el teléfono y Daniel vuelve a hablar.

—Erkel me ha dicho que me mandaría un mensaje para confirmarme que tenían a Martin en comisaria.

—¿Quieres ir?

Silencio.

—No, la verdad es que no. —Coge aire y veo que va a decirme algo más—. El día que volví de Escocia, lo hice decidido a no volver a alejarme nunca más de ti y de nuestro futuro. Te echaba tanto de menos, me dolía el cuerpo por tenerte tan lejos, no podía ni pensar de las ganas que tenía de verte, de tocarte, de besarte. Y entonces me di

cuenta de que lo único que me mantenía alejado de ti era yo mismo. Mis miedos, por fundados que fueran, podíamos superarlos juntos. En cambio la distancia, el engaño, sí que podía separarnos para siempre. Me sentí como un estúpido por no haber confiado en ti ni en nosotros.

»Hice la maleta sin pensarlo dos veces y abandoné el hotel. Sin embargo, cuando estaba en el coche, pensé que aún tenía que hacer una última cosa antes de volver a tu lado, así que giré y fui a *Eden Fall* por última vez.

—Daniel... —Intento apartarme, pero él me abraza con fuerza.

—Me quedé sentado en el coche unos minutos. No sé cuántos, la verdad. Quizá incluso fueron horas, hasta que de repente cogí una de las viejas fotografías que había encontrado esos días, una en la que aparecían Jeffrey y Martin juntos de jóvenes y escribí en el dorso. Salí del coche y dejé la fotografía entre las rejillas de una de las ventanas de *Eden Fall*. Luego volví a meterme en el coche y conduje hasta aquí.

—¿Qué escribiste?

—«Yo no destruí tu paraíso, fuisteis vosotros. No te acerques al mío» —recita de memoria.

—¿Crees que Martin la vio y la leyó?

—No lo sé, pero no me importa. Y no quiero volver a verlo, no quiero oír sus excusas sobre por qué permitió que Jeffrey abusase de Laura y de mí, o sobre cómo mi abuelo les destrozó la vida. Para mí, Martin Bond murió hace años en un accidente de coche. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, probablemente demasiado, y aunque no me arrepiento de nada, no quiero volver a pasar por eso.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

Afloja los brazos despacio y me mira a los ojos.

—Quiero irme de luna de miel.

Es la primera vez que volvemos a la casa de la Toscana desde que nos reconciamos. Daniel no me ha dicho nada, pero no me ha soltado la mano durante todo el vuelo y sé que él también está nervioso.

La noche que pasamos allí meses atrás marcó un antes y un después en nuestra relación y reconozco que se me acelera el corazón siempre que pienso en lo que compartimos en la habitación de esa casa.

Fue a partir de esa noche cuando Daniel se atrevió por fin a pedirme lo que necesitaba.

—¿Estás bien? —me pregunta, tras besarme los nudillos antes de entrar en el coche que ha venido a recogernos.

—Sí. —Le sonrío e intento ocultar mi nerviosismo.

Pero él se da cuenta.

A veces tengo la sensación de que Daniel está tan conectado a mí que sabe lo que siento incluso antes que yo.

—No tienes motivos para estar nerviosa, Amelia. —Se inclina hacia mí y me besa el cuello—. Esta vez no voy a dejar que te vayas. —Después me coge la mano y besa mi alianza.

Durante un segundo se afloja la banda de acero que siento que me rodea el pecho y vuelvo a respirar. Sé que tiene razón, pero también sé que ni él ni yo somos las mismas personas que estuvimos en esta casa hace unos meses.

El trayecto en coche es muy breve. El paisaje de la Toscana es precioso, aunque mis sentidos no pueden absorberlo, porque lo único que sé es que Daniel está sentado a mi lado y que no deja de acariciarme el brazo.

—Ya hemos llegado. Bienvenidos, señor y señora Bond. —El chófer nos abre la puerta y se ocupa del equipaje, mientras a mí se me eriza la piel al oír mi nombre de casada.

Supongo que ya tendría que estar acostumbrada, pero estuve tan a punto de perder a Daniel que me temo que me llevará un tiempo. Toda la vida.

Entramos en la casa y, aunque ya la he visto antes, dedico unos minutos a observar los preciosos detalles que llenan cada rincón. Me he distraído y lo próximo que noto son los brazos de Daniel rodeándome la cintura desde atrás.

Respira hondo y noto cómo le sube y baja el torso al suspirar.

—Te propongo una cosa —me dice en voz baja al oído—, ponte un bañador y un vestido y nos reunimos aquí en cinco minutos.

Me vuelvo entre sus brazos y, tras darle un beso en los labios no tan largo como me gustaría, lo miro a los ojos.

—¿No subes a cambiarte conmigo?

Me suelta y aprieta la mandíbula un segundo. Me vuelve loca cuando hace eso.

—Si subo contigo, no saldremos de la habitación hasta dentro de varios días. — Se pasa las manos por el pelo y suelta el aliento entre los dientes—. Y me gustaría enseñarte algo.

—Está bien —acepto, pero me acerco a él y poso mis labios contra los suyos, deslizando la lengua entre ellos. Daniel me sujeta por la cintura y por fin me da ese beso que llevo tanto rato esperando.

Al terminar, retrocede un poco y se da media vuelta.

—Yo me cambiaré en el baño de invitados —dice, cogiendo una bolsa del equipaje—. Cinco minutos, Amelia. O subiré a buscarte.

Confieso que me siento tentada de sobrepasar el límite de tiempo, pero al final me apresuro a cambiarme, porque sé que si Daniel ha acertado nuestros besos es porque de verdad quiere llevarme a algún sitio.

Cuatro minutos y cincuenta segundos más tarde, bajo la escalera y me encuentro con él en el vestíbulo. Lleva un bañador negro y una camiseta del mismo color y también gafas de sol. Me cuesta verlo así, sin sus trajes impecables, aunque podría acostumbrarme. La camiseta le realza los músculos de la espalda y deja a la vista sus antebrazos, por los que paso los dedos hasta entrelazarlos con los de Daniel.

Él tira de mí sin decirme nada y salimos de la casa.

Unos minutos más tarde, cuando ha decidido que está preparado para hablar, vuelvo a oír su voz:

—Esta casa dispone de una playa privada.

—Oh. —¿Qué otra cosa podría decir?

—Nunca he estado allí con nadie y necesito verte sobre la arena. Llevo meses imaginándote.

Trago saliva y lo único que soy capaz de hacer es apretarle los dedos con más fuerza.

Llegamos a la playa y decir que es preciosa sería quedarse corto. Parece un lugar sacado directamente de mis sueños, de los sueños en los que siempre aparece Daniel.

Cuando llegamos a la arena, él me suelta la mano y se vuelve. Entonces, sin decirme ni una palabra, me sujeta la cara entre las manos y me besa apasionadamente.

Siento sus dedos en mis mejillas y la fuerza de sus labios separando los míos para meterse dentro de mí. Su cuerpo se pega al mío y siento el vello de sus muslos acariciándome las piernas.

—Daniel —susurro.

Él me suelta y, de nuevo en silencio, sale corriendo hacia el mar mientras se quita la camiseta. Se zambulle entre las olas. Entiendo que tenga que huir de la intensidad de lo que ambos sentimos, yo también me siento abrumada si intento controlar mis reacciones hacia él, aunque eso no significa que vaya a permitirselo.

Me quito las sandalias con cuidado y también el vestido y durante unos segundos observo los musculosos brazos de Daniel derrotando a las olas. Entro en el agua tan decidida que ni siquiera he pensado si estará fría. Sé que él sabe que estoy aquí porque la reacción de su cuerpo lo delata.

—Ven aquí, Daniel —le digo con voz firme, mientras me da la espalda.

Él se detiene un segundo y se pasa las manos por el pelo para apartárselo de la frente.

—Ven.

Se zambulle y unos segundos más tarde emerge delante de mí. Las gotas de agua salada le resbalan por la cara y el torso y no deja de mirarme a los ojos. Tiene la respiración entrecortada y no es de nadar.

—La playa es preciosa —le digo y levanto una mano para acariciarle la mejilla.

Él se aparta levemente durante un segundo y después cierra los ojos y disfruta de la caricia.

—Necesito tranquilizarme, Amelia —susurra entre dientes—. Llevo demasiado tiempo imaginándote aquí.

—No pasa nada. —Deslizo la mano hasta su pecho—. Conmigo no tienes que contenerte, Daniel.

Sé que necesita estar conmigo con la misma intensidad con que yo necesito estar con él.

Los dos estamos de pie, a mí el agua me cubre hasta la cintura y a él sólo hasta arriba de los muslos. Me pongo de puntillas y enredo los dedos en su pelo para tirar de él y darle un beso.

Daniel responde con el abandono que necesita. Dejo una mano en su pelo y mientras lo beso y le recuerdo que es mío deslizo la otra por su espalda.

Se estremece.

—Abrázame, Daniel.

Él tiene los puños cerrados a los costados y los brazos se le ven tensos del esfuerzo que está haciendo.

—Abrázame —le repito, mordiéndole el labio inferior.

Por fin siento sus brazos alrededor de mi cintura, pero aun así sigue conteniéndose.

Le clavo las uñas de una mano en la espalda mientras con la otra le tiro del pelo para que deje de besarme.

—Tienes dos opciones, Daniel. —Espero a que me mire antes de seguir. Él respira agitado y le doy el tiempo que necesita. Quiero que me preste atención—: O me explicas exactamente en qué consisten tus fantasías para que podamos hacerlas realidad... —se lame el labio inferior y un fuego intenso brilla en sus ojos—... o nos vamos de esta playa ahora mismo.

—Son más que fantasías, Amelia —confiesa y el corazón le late tan rápido que lo

siento contra mi piel—. Son cosas que deseo tanto que siento como si la piel me quemara, como si fuera a morir si...

Le pongo un dedo en los labios para silenciarlo.

—A mí me pasa igual. —Retiro el dedo y le doy un tierno beso, pero él me aprieta la cintura como si esa caricia hubiese estado a punto de llevarlo al límite—. Ahora estamos juntos, así que confía en mí. —Me aparto y le beso el torso, justo antes de deslizar los dientes por encima de una de las quemaduras de las velas—. Yo sé lo que necesitas... —Lo muerdo suavemente antes de darle otro beso—... Y es rendirte y dejar de reprimir este fuego. Eso es lo que necesitas. —Lo beso encima del corazón—. Y es lo que yo necesito.

—Amelia.

—Dime qué sueño es el primero que quieres hacer realidad —le ordeno, mirándolo ahora a los ojos. Los suyos me queman.

—Tú... —Traga saliva—... Yo... —Tiembla—... La arena. Quiero hacer el amor en la arena. Quiero tumbarte en ella y meterme dentro de ti. Quiero sentir que estamos juntos y que nadie puede separarnos.

En ese preciso instante, viendo cómo me mira, sé que ha llegado el momento exacto. Ese que los dos recordaremos durante mucho tiempo.

—Nadie va a separarnos nunca, Daniel. Nací para estar contigo y moriré el día que no estemos juntos.

Los ojos se le llenan de lágrimas y me coge en brazos para besarme. Lo único que susurra entre beso y beso antes de entrar dentro de mí y hacerme el amor en la arena es que me ama.

Una y otra vez.

Y cuando terminamos de hacer el amor, hago realidad el resto de sus fantasías.

Royal London Hospital, unas semanas más tarde

Creía que nunca más volvería a poner un pie en la sala de urgencias de este hospital. Cierro los ojos con fuerza y me niego a abrirlos, porque no sé si seré capaz de afrontar la verdad. Tal vez si intento dormirme logre convencerme de que no ha sucedido, de que sólo es una pesadilla.

—¿Dónde está Amelia Bond?

La voz desgarrada de Daniel me llega desde detrás de la cortina azul que aísla el cubículo donde me han instalado.

—Señor Bond, su esposa se ha desmayado y ha...

¿He qué?

El sonido de la cortina al correrse resuena en mis oídos. No voy a poder seguir fingiendo. La mano con que aferro la sábana desaparece bajo el peso de la mano de Daniel.

—Amelia, cariño.

Me coge la mano y me la besa. Se lo ve agitado.

—Dime que estás bien, por favor.

No puedo negarle nada. Nunca he podido, así que abro los ojos y las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

—¿El bebé?

Si tengo que oír la noticia, prefiero que sea Daniel quien me la diga.

—Está bien. Los dos estáis bien. —No esconde que también está llorando y me da un beso en la palma de la mano.

Me siento tan aliviada que sonrío entre las lágrimas, que parecen inacabables.

Daniel también sonrío y se incorpora para besarme en los labios.

—Lo siento —suspiro yo—, creía que...

Él me pone un dedo en la boca para callarme.

—No pasa nada, tranquila.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —afirma rotundo.

Adivina que necesito toda su fuerza y me sujeta la cara entre las manos para darme otro beso. En éste no oculta nada, ni el miedo al enterarse de lo que había sucedido, ni el amor que siente por mí. Me muerde el labio inferior al apartarse y me sorprende. Esta faceta de él parecía haber desaparecido por completo.

—¿Dónde está Marina? Probablemente le he dado un susto de muerte.

Ahora que sé que el bebé y yo estamos bien, pienso en mi mejor amiga y en el miedo que debe de haber pasado al ver que perdía el conocimiento en nuestro despacho.

—Marina está bien, Raff ha venido a buscarla —me explica Daniel, acariciándome el pelo—. No tendrías que trabajar tanto.

Me tenso al oír esas palabras. Mi trabajo es uno de los pocos temas por los que Daniel y yo discutimos.

Básicamente, él no está de acuerdo con que ya no trabaje en Mercer & Bond, su bufete, o el «nuestro», como insiste en recordarme desde que nos hemos casado. No entiende que haya preferido iniciar una nueva carrera como abogada o asesora legal en la ONG que dirige Marina.

Yo he intentado explicarle que es lo mejor para los dos y que en realidad estoy descubriendo que me gusta más trabajar ahí y ayudar a gente real, que pasarme horas y horas repasando una fusión o metida en los pormenores del divorcio más caro de la historia del Reino Unido.

Daniel me ha dicho que puedo ocuparme de todos los casos de oficio que quiera, que incluso puedo abrir una sección nueva en Mercer & Bond y dedicarme a lo que más

me guste. Le está costando mucho entender, y aceptar, que prefiera tener una carrera profesional independiente de la suya. No me lo ha dicho, pero me temo que lo hace sentirse inseguro respecto a mí. A él. A nosotros.

Y eso me pone furiosa.

Supongo que es un tema que a los dos nos asusta y que saca a flote los miedos y las dudas que seguimos teniendo. Y por eso discutimos. Luego siempre hacemos las paces. Me sonrojo sólo de pensar cómo me pidió perdón la última vez, pero hay ocasiones en las que me aterroriza pensar que algún día no seamos capaces de hacerlo.

Hoy no puedo discutir con Daniel. Ahora necesito que me bese y que me abrace y que me diga que todo va a salir bien.

Lo miro a los ojos y le aprieto los dedos, que tiene entrelazados con los míos. Nuestros anillos de boda se rozan y él se acerca a mí para volver a besarme en los labios.

La cortina se mueve de nuevo y las arandelas de hierro chirrían al deslizarse por la barra. Daniel no apresura el beso, sino que lo termina en el instante exacto que ambos necesitamos.

—¿Cómo se encuentra, señora Bond? —me pregunta el médico, mientras lee el informe que sostiene en la mano.

—Cansada. —Trago saliva—. Asustada.

—Es normal que esté cansada. Le falta hierro y tiene una importante infección de orina. —Percibe la mirada de Daniel fija en él y se apresura a añadir—: Es normal en esta fase del embarazo. Voy a recetarle unos botellines de hierro y unos antibióticos muy suaves para la infección.

—¿El bebé está bien?

—Perfectamente. Ahora está de catorce semanas, señora Bond, tómese lo que le he recetado y haga un poco de reposo. Si no sucede nada inesperado, puede retomar su actividad normal dentro de dos días.

—Gracias, doctor —le digo a media voz. Tenía tanto miedo de recibir una mala noticia, que al comprobar que no me ha sucedido nada grave apenas puedo hablar.

—Gracias, doctor. —Daniel se pone en pie y le estrecha la mano al médico—. ¿Cuándo puedo llevarme a mi esposa de aquí?

—Ahora mismo. No hay ningún motivo para que siga ingresada. Ayúdela a vestirse y yo le dejaré firmados los papeles para el alta a una de las enfermeras.

—Doctor —digo yo, al recordar algo muy importante que quiero preguntarle—, ¿y en cuanto a las relaciones hay algún problema?

—Ninguno, usted y su marido pueden tener relaciones sexuales con toda normalidad.

«Normalidad». Daniel se tensa al oír esa palabra, aunque intenta ocultarlo, y a mí me da un vuelco el corazón al ver las sombras que aparecen en su mirada.

Se despide del médico y se acerca a mí. Me besa de nuevo y me abraza con fuerza. Cuando se aparta, me besa aún los pómulos, la nariz, la frente. Se lo ve inquieto. Tal vez demasiado.

—Tranquilo, amor, ya has oído al médico, estoy bien.

—Siento mucho no haber llegado antes. Tendría que haber estado a tu lado.

—No habrías podido hacer nada.

—Tendría que haber estado a tu lado —repite decidido.

Finjo no oírlo y le doy un beso en la muñeca, justo al lado de la cinta.

—Ayúdame a vestirme.

Mi petición lo distrae de su enfado consigo mismo y descuelga mi ropa del perchero que hay detrás de la cama.

Me viste con mucho cuidado, como si estuviese hecha de cristal y tuviese miedo de romperme, manteniendo incluso las distancias. El único gesto cariñoso que se permite, aunque en realidad me temo que sucumbe a él porque no puede evitarlo, es acercar los labios a mi incipiente barriga y besarla.

Prácticamente tengo que prohibirle que me saque de aquí en brazos y al final lo logro echando a andar sin él por el pasillo. Lo oigo refunfuñar a mis espaldas y

mientras se ocupa de recoger la receta y los papeles del alta, yo me dirijo decidida hacia el aparcamiento. No me cuesta encontrar su coche —ese Jaguar parece desprender el mismo magnetismo que su dueño— y me apoyo en el capó para esperarlo.

—No ha tenido gracia —me dice furioso al llegar a mi lado—. Tendrías que haberme esperado, te podría haber sucedido algo.

Abre el coche y lanza los papeles y mi bolso en los asientos de la parte de atrás.

—Querías llevarme en brazos como si estuviese paralítica. Sólo estoy cansada, puedo valerme por mí misma.

—Lo sé, pero precisamente tú tendrías que entender que necesito cuidar de ti.

—Ahora no querías cuidar de mí, querías comportarte como un neandertal.

—Entra en el coche.

Los dos lo hacemos y Daniel espera a que me haya abrochado el cinturón de seguridad antes de arrancar.

Sujeta el volante con tanta fuerza que los músculos de los antebrazos se le tensan y también aprieta la mandíbula.

—Cuando me ha llamado Marina y me ha dicho que ibais de camino al hospital —empieza él, pero tiene que detenerse y tomar aire antes de continuar—... No sé explicarlo. Han sido los peores momentos de toda mi vida.

—Estoy bien, Daniel.

Levanto la mano y le acaricio la mejilla. Él mueve la cara en busca de mi palma.

—Tienes que dejar ese trabajo, Amelia. Tienes que volver a Mercer & Bond para que pueda cuidarte. —Entra en el aparcamiento de nuestro edificio y sigue hablando—: O tal vez podrías quedarte en casa.

Respiro hondo antes de contestarle. Sé que en realidad no piensa esas cosas, que sólo lo dice porque todavía está asustado.

—Te prometo que iré con cuidado y que me cuidaré más, Daniel, pero no voy a dejar la ONG. Me gusta mi trabajo.

Él no parece escucharme y aparca en silencio.

Siempre ha necesitado tomarse su tiempo, así que no lo presiono. Detiene el motor del coche y sale para abrirme la puerta.

Se inclina e intenta cogerme en brazos, pero yo lo detengo con la mirada. Su carácter dominante está aflorando de un modo descontrolado y sé que tengo que detenerlo. Él no será feliz si no lo hago.

Daniel retrocede, pero aprieta la mandíbula y cuando recoge los papeles y mi bolso de los asientos traseros, cierra de un portazo.

Entramos en el ascensor, donde por fortuna estamos solos.

—Ayer hicimos el amor —dice entre dientes.

—Lo sé y fue maravilloso.

Intento entrelazar mis dedos con los suyos, pero Daniel se aparta. Un escalofrío me recorre el cuerpo y tengo un horrible presentimiento. Debo conseguir que deje de torturarse con lo que está pensando.

Las puertas del ascensor se abren y llegamos a nuestro apartamento. Antes, Daniel vivía allí solo y me costó mucho menos conquistar ese espacio que el corazón del hombre que lo habitaba.

—Es culpa mía. Si no necesitase lo que necesito...

Se me rompe el corazón al oírle decir eso.

—Ni una palabra más, Daniel. ¿De acuerdo?

—... no te habrías desmayado —termina, a pesar de mi advertencia.

Me acerco furiosa, pero él abre la puerta en ese instante. La cierro detrás de mí de un puntapié y lo miro decidida. Sé que Daniel me está evitando, que se está castigando, y no pienso permitirselo.

Levanto una mano y lo sujeto por la nuca.

Él se detiene de inmediato y se le acelera la respiración.

—Para, Daniel. No ha sido culpa tuya.

Me pego a su espalda y le tiro del pelo con fuerza, como sé que le gusta.

—Suéltame —dice entre dientes.

—No, no pienso soltarte hasta que dejes de decir estupideces. Ayer por la noche hicimos el amor y fue maravilloso. Nada de lo que sucede entre tú y yo tiene la culpa de que hoy me haya desmayado.

—¿Cómo puedes decir eso, Amelia?! —grita y se aparta de mí.

Nunca antes se ha comportado así, nunca ha rechazado mis caricias con tanta vehemencia.

—Daniel...

—Tengo que irme, Amelia, tengo que marcharme de aquí.

Se dirige a nuestro dormitorio y sale segundos más tarde con la bolsa del gimnasio. Va a boxear, pero en este estado, volverá con el labio y la ceja partidos. O algo peor.

Me coloco frente a la puerta, decidida a detenerlo.

Necesito a Daniel y él me necesita a mí y algo me dice que tengo que retenerlo. El mal presentimiento de antes corre ahora por mis venas y amenaza con ahogarme.

Se planta frente a mí y me mira fijamente. Podría apartarme con suma facilidad, pero él jamás haría algo semejante.

—Bésame, Daniel. Ahora.

Se inclina hacia mí al instante, con su boca dispuesta a devorarme. Me besa con rabia y deseo. Le tiembla el labio inferior, como siempre que quiere decirme que me ama, y me pasa la lengua por la marca que antes me ha dejado con los dientes. Le rodeo la cintura con los brazos y lo acerco a mí. Sus caderas se pegan a las mías y las mueve despacio, torturándose a sí mismo no dejando que su erección roce en ningún momento mi cuerpo.

—Quédate, Daniel.

Se aparta al notar que he dejado de besarlo y me sostiene la mirada. Despacio, sus ojos me recorren la cara, deteniéndose un segundo en mis labios. Él se humedece los suyos. Sigue bajando y, al llegar a mis pechos, se le entrecorta la respiración. Baja un poco más y cuando ve que sus manos me aferran las caderas y que prácticamente me ha levantado del suelo para que su erección presione contra mi sexo, me suelta como si lo quemase.

Nervioso, cierra los puños un par de veces y luego se pasa una mano por el pelo.

—Tengo que salir de aquí, Amelia. Por favor.

No puedo respirar, el corazón se me va a salir por la garganta al ver tanto dolor reflejado en su rostro. Por primera vez en mucho tiempo no sé qué hacer.

—Podría ordenarte que te quedases —le digo al fin, suplicando estar haciendo lo correcto.

—Esta vez no.

Me aparta con cuidado de la puerta, la abre y se va sin despedirse.

Me dejo caer de rodillas al suelo y me echo a llorar.

Sé que es imposible que pierda a Daniel, pero está tan preocupado por el embarazo, que apenas disfruta de la felicidad que debería estar sintiendo y eso me entristece profundamente. Si hay alguien en el mundo que merezca ser completamente feliz, esos somos Daniel y yo, decido, secándome las lágrimas, y voy a demostrárselo.

Daniel

No podía quedarme con Amelia ni un segundo más. Si hubiese seguido en el apartamento habría vuelto a besarla y la habría poseído allí mismo... Ni siquiera la habría desnudado. Perderme en el calor de su cuerpo, entregarme a ella es lo único que me mantiene cuerdo; pero el miedo atroz que he sentido al verla en esa maldita cama del hospital amenaza con ahogarme.

Y por eso me he ido.

Porque no quería rendirme, no quería besarla o acariciarla, quería poseerla y

recordarme a mí mismo, y a ella, que jamás voy a perderla. Jamás voy a dejarla ir.

—Eres un maldito egoísta. Su vida puede estar en peligro por tu culpa. Si algo sale mal en el embarazo, o si durante el parto le sucede algo, me volveré loco.

Saco la mano del bolsillo de los vaqueros y observo la cinta que me rodea la muñeca. Recuerdo el día en que Amelia volvió a ponérmela, la paz que sentí al saber que, por primera vez en toda mi vida, estaba justo donde quería estar, con la única mujer que he amado y amaré nunca.

«Y acabas de dejarla sola en casa», me riñe la voz de mi conciencia.

Me suena el móvil y tardo un segundo en responder.

—Daniel, vuelve. Por favor.

La voz de Amelia se me cuele en el alma y me estremezco. Mis pies han dado media vuelta sin esperar a que yo les diese permiso.

Si ella me lo pide, siempre volveré a su lado.

Siempre.

Entro en casa con el corazón palpitándome enloquecido. Amelia me rodea con los brazos nada más verme y me dice al oído:

—Te amo, Daniel. Lo siento.

La abrazo por la cintura y escondo el rostro en su cuello.

—Yo también lo siento, y te amo más que a mi vida.

—Todo va a salir bien, Daniel, ya lo verás.

—Lo sé, no permitiré que te suceda nada malo. —Me da un beso en los labios y luego me pregunta—: ¿Estamos bien?

Se me encoge le corazón siempre que veo dudar a Daniel. Le sonrío y le doy también un beso.

—Estamos mejor que bien —le aseguro—. Ahora, señor Bond, vas a cogermme en

brazos y vas a llevarme a la cama.

Él enarca una ceja y concentra toda su atención en mis labios.

—¿Y?

—Te tumbará a mi lado y dormiremos juntos. Y dejarás que te diga que te amo, y cuando me despierte, subiremos arriba y boxearás un rato.

—¿Y tú qué harás?

—Mirarte.

A Daniel le cuesta tragar saliva, pero lo consigue.

—¿Y después?

—No lo sé. —Me pongo de puntillas y le doy otro beso—. Pero seguro que se me ocurrirá algo.

—Seguro —afirma.

BREVE EPÍLOGO FINAL O CUARTA PARTE
LA FELICIDAD

18

El día que Amelia iluminó el último rincón oscuro de Daniel. Un recuerdo precioso que guardan como un tesoro y quieren compartir contigo.

Mi vida ahora podría ser muy distinta. Completamente distinta. ¿Sería feliz?, me pregunto. Sin duda, habría intentado engañarme y convencerme de que sí, pero no, no lo sería. Sin Daniel jamás sería feliz.

Lo amo tanto que cuando no estoy con él me duele incluso la piel y respiro de un modo distinto si no lo siento a mi lado. Puede sonar ridículo, lo sé, pero no me importa. En realidad, hace tiempo que dejó de importarme. Los peores momentos de mi vida los he pasado a su lado, pero cualquier mal momento con él es mejor que un segundo de felicidad en su ausencia.

Con Daniel he aprendido a ser yo misma y a amar con todo mi ser, no sólo con el corazón, sino también con cada centímetro de mi piel y de mi alma.

Suelto nerviosa el aliento. Me he imaginado este momento miles de veces y ahora que está a punto de hacerse realidad me tiemblan las manos y unas gotas de sudor frío se acumulan en mi nuca. Tal vez debería decírselo de otra manera, tal vez...

Sus brazos me rodean desde atrás por la cintura y sus labios se posan en mi cuello.

—Hola, Amelia —susurra, tras darme un beso.

Respiro despacio y cierro los ojos. No puedo evitar sonreír. Daniel está pegado a mí y noto su corazón latir despacio contra mi espalda. Como siempre, su presencia me abrumba, aunque el aroma que desprende me envuelve y me tranquiliza al mismo tiempo.

—Hola.

Noto su aliento en mi piel y sus labios depositan otro beso en mi clavícula.

—Vas a coger frío. —Me abraza con más fuerza un instante, para después soltarme y hacer que me vuelva entre sus brazos—. ¿Por qué me has pedido que viniera aquí?

Estamos en el parque que hay cerca de Mercer & Bond, su bufete; es uno de mis lugares preferidos de Londres, porque hay unos rosales que se parecen mucho a los que crecen en el jardín de la casa de Hartford.

Me pongo de puntillas y lo beso. Necesito hacerlo.

Sus labios tiemblan un segundo justo antes de unirse a los míos. Lo acaricio con la lengua, su sabor se mete por todos los poros de mi piel y él aprieta las manos en mi cintura. Su boca recorre la mía con intimidad, consciente de que nunca antes había besado así a nadie. Es un beso que nos demuestra que nos pertenecemos.

Daniel interrumpe este beso y, mirándome a los ojos, pregunta preocupado:

—¿Sucede algo malo, Amelia?

—No. —Me cuesta encontrar la voz.

—Estás llorando —señala él en voz baja, capturando dos lágrimas con sus dedos—. Me estás asustando. Dime qué sucede. Por favor.

—Estoy embarazada.

El mundo se detiene un segundo. Tiemblo de la cabeza a los pies y aparto la vista de Daniel, cuyo torso sube y baja pesadamente, como si le costase respirar.

Moriré si veo decepción o miedo en sus ojos.

Y entonces noto sus dedos en mi rostro, los siento firmes y decididos, sin rastro de incertidumbre. Me sujeta la cara entre las manos y me hace levantar la cabeza. Nos miramos un breve instante, pero el amor que brilla en sus ojos me quema y se graba en mí para siempre.

Daniel me besa, sus labios toman posesión de los míos y su respiración trémula baila con la mía. Su lengua me acaricia, me seduce, me entrego a ese beso y a todos los sentimientos que representa.

—Te amo, te amo —suspira cuando se aparta.

Luego vuelve a besarme una y otra vez, incapaz de detenerse o de dejar de tocarme. Me pega a él y siento que le tiemblan los brazos y las piernas.

—¿Estás contento? —le pregunto, apoyando la frente en su pecho.

Daniel suelta el aliento despacio, me acaricia el pelo y después me aparta para mirarme.

—No estoy contento, Amelia —veo el brillo de las lágrimas en sus ojos—, me siento feliz —susurra—. Y muerto de miedo. —Me regala una de sus escasas sonrisas—. Y creo que el corazón me va a estallar dentro del pecho de todo lo que estoy sintiendo, así que no se te ocurra dejarme ni ahora ni nunca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me besa otra vez, tiembla casi tanto como yo, pero a ninguno de los dos nos importa.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta, apartándose pero sin soltarme.

—Muy bien.

—¿Cuándo...? —Veo que se humedece los labios— ... ¿Cuándo lo supiste?

—Hace unos días —contesto.

—Creías que no iba a alegrarme.

—¡No! Te aseguro que no, Daniel, estaba nerviosa. Para mí también es algo completamente desconocido.

Cierra los ojos y me estrecha contra él.

—¿De verdad estás bien?

—De verdad.

El corazón le late muy de prisa y veo una gota de sudor deslizándose por su garganta. Le acaricio la espalda. Su respiración se acelera y flexiona los dedos en mi cintura.

—No puedo perderte.

—No me perderás.

—Te necesito.

Intento apartarme, pero él me retiene entre sus brazos.

—Vamos a casa.

—No, será mejor que vuelva al bufete. —Lo siento tensarse—. Tengo que serenarme.

—Tranquilo. —Le paso las manos por la espalda hasta llegar a su nuca, donde enredo los dedos en su pelo—. Ven conmigo a casa.

No lo suelto hasta que Daniel asiente; es un movimiento suave, casi imperceptible, pero después de hacerlo suelta el aliento entre los dientes y respira más tranquilo... mecido por mi voz. Con los dedos entrelazados, caminamos hasta la esquina más cercana, donde un taxi aparece casi por arte de magia. Daniel le da la dirección al conductor y durante el trayecto está completamente pendiente de mí, lo veo desviar un par de veces la vista hacia mi vientre. Y al hacerlo me aprieta los dedos.

El vehículo se detiene ante el portal y el conserje de nuestro edificio nos abre solícito la puerta. Lo saludo mientras Daniel se ocupa de pagar al taxista, pero en cuanto siento sus manos en mi cintura, echo a andar hacia el ascensor.

Un cosquilleo me recorre la piel, el corazón bombea sin cesar el nombre de Daniel en mi interior y mi sangre circula espesa y lenta por mis venas al sentir la fuerza que desprende el hombre que me abraza. El hombre que me ama.

Está apoyado en el cristal del ascensor, rodeándome desde atrás por la cintura, con mi espalda contra su torso.

Por fin detiene las manos sobre mi abdomen, una leve caricia que no oculta lo mucho que le tiemblan.

—Cuidaré de ti —promete en voz baja, casi reverente.

—Lo sé.

Las puertas de acero del ascensor se separan al detenerse y salimos sin decir nada más, con el futuro flotando entre los dos. Daniel respira profundamente al cederme el paso para que entre en casa.

—Tal vez deberías acostarte.

Oh, no, no va a convertirme en una muñeca de porcelana.

—No, Daniel. —Giro sobre mis talones y lo beso antes de que pueda decir nada más. Es un beso sensual, fuerte, lleno de toda la pasión que me ha enseñado a sentir. Le muerdo levemente el labio antes de apartarme, sólo para ver cómo se le oscurecen los ojos—. Tú eres quien deberías acostarse.

Vuelvo a besarlo, sus labios se separan al notar los míos y detiene las manos en mi cintura. Yo retiro las mías de su cuello y le desabrocho el primer botón de la camisa.

Daniel aprieta los dedos y un gemido se funde en nuestras bocas.

—Amelia.

—Quítate la ropa, Daniel.

Él enarca una ceja y me mira. Se humedece los labios y tiene los ojos completamente negros y tan brillantes que podrían iluminar cualquier oscuridad.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Necesitas estar dentro de mí. —Le pongo una mano en la mejilla y él vuelve la cara en su busca—. No puedes negarlo.

Ni siquiera lo intenta.

—Puedo contenerme —asegura.

—Yo no.

Le quito la chaqueta, que cae pesadamente al suelo, porque él mantiene los brazos inmóviles a ambos lados del cuerpo. Le desabrocho el segundo botón de la camisa, el tercero, el cuarto, tiro de la prenda para sacársela de los pantalones. Deslizo las mangas por sus fuertes brazos y detengo la mano un segundo encima de la cinta que le rodea una de las muñecas.

Daniel cierra los ojos y se estremece.

—Amelia...

La camisa también cae al suelo.

Levanto las manos y me bajo la cremallera del vestido. Me estremezco al sentir la mirada de Daniel recorriéndome la piel que va quedando al descubierto. Me quedo en ropa interior y me acerco a él. El calor que desprende su torso me acaricia y le pongo la palma en el pecho.

—Vamos, Daniel, ven conmigo.

Aprieta la mandíbula y, tras asentir, gira despacio hacia el dormitorio. Se detiene frente a la cama y me abruma comprobar lo imponente que es su espalda. Su afición a nadar le ha perfilado los músculos hasta convertirlos en mármol y el boxeo lo ha dotado de un magnetismo animal que me resulta irresistible. En cuanto lo toco, le oigo soltar el aliento y agacha levemente la cabeza.

—Eres perfecto, Daniel —susurro—. Vas a ser el mejor padre del mundo.

Un estremecimiento le recorre el cuerpo.

—Amelia.

Le doy un beso en la columna vertebral y lo rodeo hasta colocarme frente a él. Le desabrocho los pantalones y lo siento excitarse. No me dice nada, pero sé que está al límite. Lo desnudo y le acaricio la cara en busca de su mirada. Cuando la encuentro, me acerco a él y lo beso con ternura.

—Túmbate.

Flexiona los dedos y, durante un segundo, creo que va a tocarme. No lo hace, sino que, ejerciendo todo el autocontrol del que sé que es capaz, cumple mi petición y se tiende en la cama. Me acerco a él despacio, dejando que vea y sienta lo mucho que me afecta. En la mesilla de noche hay un pequeño jarrón de cristal con dos rosas muy especiales, las primeras que han florecido del brote que plantamos juntos hace unos meses en nuestro invernadero.

—Las rosas parecen delicadas —susurro, cogiendo una de las flores—, pero saben defenderse. —Me siento a horcajadas encima de él—. Sobreviven al invierno y al

mal tiempo —deslizo los pétalos por su torso— y atacan a cualquiera que intente hacerles daño. —Lo araño con una espina y sus manos me sujetan por la cintura. Sí, por fin, adoro que me demuestre que me necesita.

—Amelia, amor —gime—. No puedo más.

—Lo sé. —Me muevo suavemente encima de él—. Pero antes de hacerme el amor, tienes que prometerme una cosa.

—Todo, te lo prometo todo. —Me mira fijamente al tiempo que flexiona los dedos y tiembla debajo de mí.

—Vas a prometerme... —Muevo la rosa por su cuello, por su mejilla, y después vuelvo a bajarla por su esternón. Estoy tan absorta mirándolo que me olvido de la espina de antes y me la clavo yo en el dedo. Intento reprimir la mueca de dolor, pero Daniel se da cuenta y, sin decir nada, separa levemente los labios y me roba el aliento cuando captura la gota de sangre con la lengua y lame cuidadosamente la minúscula herida—. Vas a prometerme —prosigo— que vas a confiar a mí, en nosotros.

Asiente y levanta las caderas.

—Sí, Amelia. Hazme el amor, por favor. No puedo más —me dice, sujetándome la mano cerca de su boca.

—Dime que confías en ti y en mí, que sabes que somos para siempre.

Me incorporo lo necesario para poder convertir nuestros cuerpos en uno solo y, cuando entra dentro de mí, arquea la espalda y echa la cabeza hacia atrás.

—Amelia, muévete. Por favor.

—Dilo, Daniel.

Lame mi dedo, que tiene entre sus labios, y me sujeta por la cintura con ambas manos sin moverse. Está haciendo tanto esfuerzo para contener las reacciones de su cuerpo, para domar sus instintos, que se estremece violentamente.

—Dilo, Daniel.

—Confío en ti, Amelia, y sé que lo que siento por ti es para siempre —dice entre dientes, flexionando los dedos—. Para siempre. Una parte de mí formará para siempre

parte de ti.

Le acaricio la cara, tiene los ojos completamente negros, la frente empapada de sudor y, por primera vez, es completa y absolutamente mío.

Muevo despacio las caderas.

—Dios, Amelia.

Echa la cabeza hacia atrás.

Le hago el amor, me olvido de todo excepto de nosotros, excepto de nuestro amor. Nuestros cuerpos se entregan el uno al otro sin restricción, nos besamos y, cuando noto que sigue conteniéndose por mí, susurro:

—Te amo, Daniel.

Él grita mi nombre, lo arranca de su alma y se entrega a mí. Y yo a él. Para siempre.

Hoy

Abro los ojos, Daniel está dormido a mi lado y tengo la certeza de que, a pesar de la discusión de antes, ninguna pesadilla se ha colado en sus sueños. Yo no he podido dormir, pero he tenido un sueño maravilloso; he recordado el día en que le dije a Daniel que estaba embarazada.

Cada vez que lo recuerdo, entiendo un poco mejor lo asustado que está por mí. Sé que ya quiere con locura a la niña que hemos creado juntos y que crece poco a poco en mi interior y que, por ello, ahora no solamente teme perderme a mí, sino también a nuestra hija. Pero eso no sucederá jamás.

Noto que se despierta antes de oír su voz, pues le cambia la respiración y su aliento me acaricia la piel desnuda del hombro.

—Hola —susurro.

—Hola —susurra a su vez—, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien.

Clava los ojos negros en los míos, mientras con una mano dibuja círculos muy despacio en mi vientre.

—Siento lo de antes.

—Yo también —reconozco—. Llamaré a Marina y le diré que voy a bajar el ritmo. Estas últimas semanas han sido muy intensas. A partir de ahora, iré a la oficina por la mañana y descansaré por la tarde.

—Gracias. —Suspira aliviado y apoya la cabeza en mi pecho.

Le acaricio el pelo, sigue sorprendiéndome lo suave que lo tiene.

Daniel respira despacio y cuando inclino la cabeza veo que tiene los ojos cerrados. Está tranquilo. Una noche, cuando estábamos en la Toscana, me contó que nunca quería acostumbrarse a esta sensación de felicidad, que quería atesorarla para siempre, emocionarse todas y cada una de las veces que cerraba los ojos y se daba cuenta de que era feliz.

Me gusta creer que es lo que está haciendo ahora; darse cuenta de que es feliz.

Tal vez ahora sí pueda dormirme.

Los contundente golpes en el saco de arena, el leve crujir del suelo de madera del piso de arriba y la ausencia de Daniel en la cama me despiertan horas más tarde.

Me llevo una mano al vientre, una caricia que se ha convertido en mi ritual diario, y, tras imaginarme que acaricio la cabecita de Laura —vamos a llamarla igual que la hermana de él—, me incorporo y me pongo la bata que Daniel me ha dejado preparada en el respaldo de una de las butacas del dormitorio.

Detalles como éste siempre me aceleran el corazón.

A medida que subo la escalera, oigo la respiración entrecortada de Daniel. Boxear se ha convertido en una vía de escape para él, pero hacía mucho tiempo que no le oía exigirse tanto.

«Algo va mal».

Subo preocupada el último escalón y, al verlo, un gemido escapa de mis labios.

Tiene el torso desnudo y completamente cubierto de sudor. Las vendas blancas que le protegen los nudillos están casi negras del rato que lleva golpeando el cuero oscuro del saco, y algunas están salpicadas de sangre.

Tiene la frente empapada y el pelo mojado echado hacia atrás. Sus ojos negros son apenas una línea, pero desprenden tanto fuego y tanto odio que si esas emociones estuvieran dirigidas hacia mí, saldría huyendo despavorida.

—Daniel. —Pronuncio su nombre en voz baja, tras apartarme la mano de la boca, un gesto que he hecho sin darme cuenta—, ¿qué pasa?

Él golpea el saco de nuevo. Creía que no me había oído, pero lo veo apretar la mandíbula y girar levemente para colocarse delante de mí, protegiéndome así de cualquier golpe que se le pudiera escapar.

Le doy unos minutos y espero paciente sin apartar la vista de su espalda, acariciándolo con los ojos para que sepa que estoy aquí, a su lado.

Se detiene, echa los hombros hacia atrás y deja caer la cabeza. Suelta el aliento y flexiona los dedos. Todavía no se da la vuelta, camina hasta el saco de boxeo y lo detiene con ambas manos antes de apoyar la frente en el cuero.

Quiero acercarme a él, tocarle de verdad la espalda y deslizar mis manos por su piel. Besarle los omoplatos y rodearle la cintura con los brazos. Decirle de nuevo que le amo.

No lo hago, aunque lo haré en cuanto vea en sus ojos que me necesita y que está dispuesto a creérselo.

Se aparta del saco y se vuelve despacio, mientras se quita las vendas de los dedos. Yo sigo mirándolo y esperando.

—Ha llamado Erkel.

Ahí está, el odio y la rabia que lo han llevado a este estado provienen sin duda de esa llamada.

—¿Ha sucedido algo? —lo animo a continuar.

Camino hasta la cama que todavía ocupa parte de ese piso y me siento en ella. Confío en que Daniel hará lo mismo y se sentará a mi lado, y, efectivamente, no tarda en hacerlo.

Sigue sin mirarme a los ojos, su mirada no se ha apartado de las vendas, aunque se coloca lo bastante cerca de mí como para que nuestras piernas se rocen.

—Mi padre ha muerto.

—Oh, Daniel, lo siento.

—¿Por qué? —Levanta la cabeza y me mira. Le brillan los ojos y en ellos veo el rastro de las lágrimas—. Era un monstruo.

Levanto una mano despacio y se la acerco a la cara.

Me detendré si me lo pide, aunque me dolerá hacerlo. Él aprieta los dientes y deja de respirar, pero no se aparta.

Le acaricio la mejilla y suelta el aliento entre los dientes.

—Hubo una época en la que fue tu padre.

—Ya no me acuerdo.

—Claro que te acuerdas. —Le acaricio el pómulo y capturo una rebelde lágrima.

—Lo odio —insiste.

—Le quisiste.

—¡Maldita sea, Amelia! —farfulla, antes de abrazarme desesperado—. ¿Por qué diablos no puedo sólo odiarlo?

—Chis, tranquilo. —Le acaricio la espalda y dejo que me abrace tan fuerte como necesite.

—Lo han apuñalado en la cárcel. Un miembro de una mafia rusa. Erkel me ha dicho que ha muerto en el acto. —Intenta relatar los hechos con frialdad, a pesar de que el temblor que le recorre el cuerpo es innegable.

—Ya está, amor.

—He pensado que se lo tenía merecido —sigue Daniel—, que era exactamente lo que se había buscado: morir desangrado en una cárcel de mala muerte. Solo, sin nadie a su lado. Sin su querido Jeffrey.

—Oh, Daniel. —Le beso la mejilla, pero él hunde el rostro en el hueco de mi cuello.

—Y entonces me he acordado de un día en que fuimos los cuatro al lago, mamá, Laura, papá y yo. Y —se le rompe la voz, aunque se obliga a continuar—... y he notado que me escocían los ojos. Le he colgado a Erkel sin despedirme y he subido aquí.

—Es normal, Daniel.

—¡No, no lo es! Quiero odiarlo, lo odio. Ese hijo de puta convirtió mi vida en un infierno. —Me suelta y se pone en pie—. Dejé que Jeffrey abusase de Laura y de mí. ¡Mi hermana se suicidó por su culpa! ¡Tú estuviste a punto de morir por su culpa! —Me mira decidido a los ojos—. Yo soy así por su culpa.

Me pongo en pie de inmediato. El dolor que brilla en sus ojos hace que me

levante.

—No, Daniel, no. —Lo abrazo y él deja que lo haga, aunque sus brazos cuelgan inmóviles a sus costados—. No te hagas esto, amor.

—¿Por qué no puedo sólo odiarlo? —repite—. ¿Por qué?

—Porque eres demasiado valiente y demasiado fuerte como para esconderte detrás de algo tan cobarde como el odio, Daniel. Porque has sobrevivido y eres capaz de entender que en algún momento de su pasado, tu padre, que sin duda se convirtió en un monstruo, te quiso o sintió por ti y por tu madre y tu hermana lo más parecido al amor.

—Si nos hubiera amado una milésima parte de lo que yo te amo a ti, Amelia, habría sido incapaz de hacernos daño. Habría preferido morir antes que dejar que ese otro malnacido tocara a Laura. Lo habría matado con sus propias manos al enterarse de lo que había hecho. Y eso me asusta, Amelia, me asusta porque sé que eso es lo que habría hecho yo.

—Daniel. —Lo beso encima del corazón—. Tú jamás te habrías convertido en un asesino.

Coloca las manos en mis hombros y me aparta con cuidado.

—No puedo ni soportar la idea de que os suceda algo malo y no tengo ninguna duda, ninguna, de que si alguien os hace daño, le mataré.

—Oh, Daniel. Nadie nos hará daño. —Me pongo de puntillas y lo beso en los labios—. Nadie puede hacernos daño mientras tú estés aquí.

—Puedo ser un monstruo, Amelia, lo tengo dentro de mí.

Ése es el verdadero motivo, la causa del temblor que sigue recorriendo los hombros de Daniel.

—No, no lo tienes —afirmo, mirándolo, y prosigo antes de que pueda impedírmelo—. Habrías podido matar a tu padre, sabías cómo encontrarlo y podrías haber contratado a alguien para que se ocupase de él.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho ahora, que no tengo nada que ver con su muerte?

Enarco una ceja y le cojo de nuevo la cara entre las manos.

—Por esto. —Mis pulgares se llevan las últimas lágrimas—. Porque me amas y porque, estando contigo, he aprendido lo que es el amor de verdad. Un hombre capaz de dar tanto no es un monstruo y nunca lo será.

Él traga saliva y el brillo de sus ojos empieza a cambiar.

—Nunca dejes de creer en mí, Amelia. Por favor.

—Jamás.

—Yo nunca creí poder amar así —dice, como si fuese en verdad un milagro.

—Bésame.

Agacha la cabeza y lo hace. Nos tiemblan los labios, pero en cuanto nuestros alientos se rozan, nos olvidamos del mundo entero excepto de nosotros.

Sólo existimos él y yo.

Mi cuerpo se acerca al de Daniel y, justo cuando se tocan, su tensión empieza a desvanecerse. Me acaricia la espalda con dedos firmes y suaves a la vez. Me recorre la columna y se detiene en mi cintura.

Nuestros labios se niegan a separarse, pero él se obliga a alejarse. Me mira a los ojos, los suyos están algo desenfocados, confusos, y durante un instante me recuerdan a la versión joven de Daniel. Es absurdo, yo no lo conocía entonces, pero en mi corazón sé que así debía de ser cómo le brillaban entonces.

—Ya no tengo pasado —dice sorprendido.

Sonrío sin poder evitarlo, porque él me está sonriendo también.

—No, ahora tienes futuro.

Aprieta los dedos que tiene en mi cintura y me acerca a él.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por creer en mí, por enseñarme a amar, por darme lo que de verdad necesito.

—Oh, Daniel, tú has hecho lo mismo por mí.

Estoy llorando.

—No llores. He leído en alguna parte que no es bueno para la niña.

El comentario se sale tanto de la conversación que estamos teniendo que me hace sonreír de nuevo. Daniel se ha convertido en todo un experto en libros sobre el embarazo.

—Gracias por contarme lo de tu padre y no alejarte de mí.

Él asiente levemente y sin duda se acuerda de nuestra promesa.

—Tengo que llamar a Erkel y disculparme con él. —Carraspea un poco incómodo. Ocultar sus sentimientos sigue formando parte de su naturaleza, pero a mí ya no me oculta nada—. Supongo que tendré que ir a comisaría.

—A Erkel no le pasará nada por esperar un rato.

—No, supongo que no —contesta, mirándome intrigado.

—Además, ahora tienes que hacer algo mucho más importante.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Se le acelera la respiración y permanece en silencio.

Lo abrazo por la cintura y me pongo de puntillas para poder susurrarle al oído:

—Ahora vas a hacerme el amor, señor Bond.

Un escalofrío le recorre el cuerpo y aprieta los dedos encima del batín.

—Ordénamelo.

Unos meses más tarde

Marina, Raff y James me han traído un ramo de flores grande y precioso, pero parece pequeño comparado con los que Daniel insiste en enviarme a diario. Dice que no parará hasta que Laura tenga dieciocho años, u ochenta.

Yo me río y le digo que si sigue así, tendré que encontrar el modo de obligarle, y él me contesta que puedo intentarlo tantas veces como quiera.

Si soy un poquito más feliz, creeré que estoy soñando.

El llanto de Laura me recuerda que estoy despierta y empiezo a levantarme.

—Tú quédate aquí —me detiene Daniel, colocándome una mano en la rodilla—. Ya voy yo.

Le sonrío y él me besa en los labios antes de irse del salón, en dirección al dormitorio de nuestra hija.

Marina y Raff me miran incrédulos y James oculta una sonrisa.

—Si alguien me hubiera dicho que Daniel Bond iba a ser un padre tan devoto, me habría entrado un ataque de risa —asegura Raff, sin ocultar el cariño y la admiración que siente por su amigo.

—Me alegro tanto por ti —susurra Marina, cogiéndome la mano.

—Y yo por ti.

Entonces aparece Daniel con la pequeña en brazos.

—No quiere quedarse en la cuna.

La niña está completamente dormida y James no puede evitar reírse en voz baja.

—Deja que te dé un consejo, Amelia, ten otro hijo o Daniel perderá la cabeza del todo por Laura.

Él se limita a sonreír y a acariciar la cabecita de la pequeña durante unos segundos, hasta que, tras mirarme, les dice a nuestros tres amigos.

—Y vosotros, ¿cuándo pensáis contarnos vuestra historia?

MI DANIEL Y MI AMELIA

Nota De La Autora

La historia de amor de Daniel y Amelia me ha cambiado la vida. La he escrito desde la parte más íntima de mi corazón y te la he entregado para que la cuides y se quede contigo para siempre. No sé si lo he conseguido, pero ésa ha sido sin duda mi intención.

Con *Un día más* cierro su historia de amor, una historia de amor que puedes leer entera o sólo una parte.

Una historia llena de cambios y de retos, de pasión, de entrega y de rendición, pero sobre todo, de amor. Un amor tan fuerte que es capaz de derribar cualquier imagen preconcebida que tengas de él. Un amor tan intenso que quema en la piel y que crea emociones eternas.

Un amor que sólo puede existir entre dos personas fuertes y muy valientes, tanto, que son capaces de enfrentarse a todo, incluso a sus propios miedos, para amarse.

Daniel y Amelia son esas personas, su amor quizá sea único, pero no es irrepetible. Todos podemos sentirlo.

Espero que te hayas enamorado de ellos, que los ames tanto como yo, que te conquistasen en *Noventa días* y te hicieran sufrir en *La cinta*, que te sedujesen en *Todos los días* y te cautivasen en *Sin fin* y en *Por tus caricias*. Y que no puedas vivir sin ellos después de *Un día más*. Yo no podré, así que no voy a intentarlo.

Me despido de Daniel y Amelia, aunque no es para siempre. Podrás volver a verlos en *Nunca es suficiente*, aunque ya no serán los protagonistas. Ha llegado el momento de que Marina, Raff y James te cuenten su historia. Si una historia de amor a dos bandas te ha emocionado, ¿qué crees que sucederá cuando tres personas se enamoran tanto entre ellas que no pueden respirar si no están cerca?

Pronto lo sabrás.

Mientras, puedes seguir visitando mi página oficial, o mi Facebook, y leer escenas inéditas de Daniel y Amelia o empezar a conocer un poco mejor a Marina, Raff

y James y su historia de amor. Me encanta regalarte escenas románticas y apasionadas, besos inéditos y caricias sorprendentes, lo único que te pido a cambio es que, si te gustan, me dejes un comentario y que no recurras a la descarga ilegal de mis libros. La piratería nos está matando a todos.

Gracias por enamorarte de Daniel y Amelia y seguir su historia de amor; si les das una oportunidad, sé que Marina, Raff y James también te conquistarán. Recuerda que no existe nada más erótico que el amor.

Miranda Cailey Andrews

M. C. ANDREWS nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos: de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela, *Todos los días* y *Un día más*, así como los relatos *La cinta*, *Sin fin* y *Por tus caricias*, todos ellos publicados por Zafiro.